Tomo II, no. 1.—

Oct.
— 1921. —

EL MAESTRO

Revista de Cultura Nacional

DIRECTORES:

Enrique Monteverde y Agustín Loera y Chávez

OFICINAS: 1ª GANTE 3

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Neri

Registrado como artículo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO

REVISTA EDITORIAL INFORMATIVA

HISTORIA

HISTORIA UNIVERSAL — WILLIAM SWINTON

TEMAS DIVERSOS

SOCRATES

CRITON O EL DEBER DEL CIUDADANO — DIALOGO DE PLATON

LA INJUSTICIA DE LAS CONDICIONES SOCIALES — HENRY GEORGE

MEXICO Y PEREZ GALDOS — JOSE JUAN TABLADA

UNA CARTA DE GABRIELA MISTRAL

LITERATURA

COMO ANDA EL MUNDO — F. MARIE AROUET DE VOLTAIRE

CONOCIMIENTOS PRACTICOS

LA VENTILACION

APLICACIONES UTILES DE LA GEOMETRIA — JOSE ARTEAGA

LA ENSEÑANZA DEL DIBUJO

ENFERMEDADES DE LA VACA LECHERA — H. RUIZ STANFORD

SECCION DE LOS NIÑOS

ALADINO — ROSAURA ZAPATA

POESIA

SIETE PINTURAS EN LAS QUE SONRIE MI HOMBRECITO — CHANG-WU-KIEN

MARGARITA — ROSALIA DE CASTRO

SOY EL ARBITRO DE MI DESTINO — ERNEST HENLEY

LAMENTACION - SONETO — EDNA ST. VINCENT MILLAY

PIECECITOS ..... HIMNO AL ARBOL Y EL POEMA DE LA MADRE — GABRIELA MISTRAL

II, 1 oct. 1921

EL MAESTRO REVISTA DE CULTURA NACIONAL

UNIVERSIDAD NACIONAL

POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU

TOMO 2º NUM. 1

OCTUBRE 1921

MEXICO

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
Talleres Gráficos de la Nación.—Filomeno Mata número 8.
MEXICO, OCTUBRE DE 1921

2

REVISTA EDITORIAL INFORMATIVA

EL MENSAJE PRESIDENCIAL

La prensa mexicana ha comentado con unánime satisfacción, especialmente la prensa capitalina, el mensaje del Ejecutivo leído al inaugurarse las sesiones del Congreso de la Unión, el primero de septiembre último.

El Universal alaba en primer término "la precisión y claridad" del documento presidencial en lo relativo a Relaciones Exteriores. "El Presidente de la República" —dice el editorial de ese diario— "ha pronunciado las palabras justas, sin añadir nada ni nada omitir, y ciñéndose al sentir popular, pues que el Gobierno, en este asunto, no ha hecho más que normar sus actos por los dictados de una opinión pública celosa del honor y de los intereses de la patria." **Excelsior**, aunque llama "conflicto" a la cuestión de las relaciones con los Estados Unidos, halla satisfactorio a ese respecto el mensaje presidencial; "pero no lo es tanto," —dice— "en lo relativo a la paz interior. No queremos significar con esto" —añade— "que la estabilidad gubernamental esté amenazada por alguna facción rebelde, cualquiera que sea su matiz." A lo que teme **Excelsior** es a la democracia, y así dice: "Lo grave, lo gravísimo, lo casi inevitable, si no lo es del todo, es que esa anarquía blanca" (refiriéndose a ciertos disturbios locales que enumera) "es resultado de la tentativa de ejercicio de la Democracia" cuyas prácticas —continúa — el pueblo mexicano "es totalmente incapaz de comprender."

Visión menos estrecha demuestra **El Heraldo de México**, y se regocija diciendo que "buena decepción se llevarán en tierras extrañas quienes imaginaron que el informe presidencial sería un documento empapado en demagogía comunista, adverso a la democracia y el republicanismo."

Del bien digerido artículo editorial de **El Universal** sobre el mensaje del Presidente de la República, copiamos los siguientes párrafos:

"Asienta el señor Presidente que la dificultad principal de nuestro problema internacional radica en lo anómalo de nuestras relaciones con los Estados Unidos. Como consecuencia de ello, algunos países han adoptado una actitud de abstención; pero otros, en cambio, siguiendo la regla de Derecho Internacional, no sólo han reconocido a nuestro Gobierno y cultivado con México relaciones cordiales, sino que nos han distinguido y nos distinguen con honrosas muestras de cortesía internacional.

"Deseoso de restablecer la armonía total de nuestras relaciones con el extranjero, el Gobierno la ha procurado por medio de una política ajustada a los dictados de la ley y de la moral. No aceptó, ni podía aceptar, el Tratado de amistad y comercio insinuado o "informalmente" propuesto por la Casa Blanca, como requisito previo para otorgar aquel Gobierno el reconocimiento al nuestro. Sobre que dicho tratado no era justificable a la luz del Derecho Internacional, dado que México es un Estado cuya existencia y soberanía jamás han sido cuestionadas durante un siglo; su no aceptación traíanla implícita la circunstancia de contener estipulaciones contrarias a nuestra Constitución y la no menos atendible de su inutilidad, dado que México tiene capacidad para cumplir espontáneamente sus obligaciones y compromisos internacionales.

"Que la tiene y sabe practicarla, dedúcese claramente de la actitud asumida por el Gobierno en cuanto a los puntos fundamentales a que se contraía el referido proyecto de tratado que presentó la administración de Wáshington. Tres son las cuestiones que principalmente interesan a los derechos de los extranjeros en México; a saber: la reanudación del servicio de la deuda pública; la reparación equitativa de los daños causados por la Revolución, y la no retroactividad del artículo 27. Y esas tres cuestiones, por lo que a la política internacional de México respecta, ya han sido resueltas; primero, invitando a los banqueros extranjeros para que vengan a nuestro país a arreglar los asuntos pendientes relativos a la méncionada deuda; segundo, invitando a los gobiernos extranjeros a la formación de comisiones mixtas permanentes encargadas de conocer de las reclamaciones de sus nacionales; tercero, definiendo por ejecutoria de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, el carácter no retroactivo del famoso artículo 27.

"La puerta está, de consiguiente, abierta; y de nuestra parte hemos puesto y estamos dispuestos todavía a poner cuanto sea compatible con nuestro honor y nuestros derechos, a fin de apartar toda sombra de mala inteligencia. Así se desprende del documento que comentamos, el cual destaca, al tratar el problema internacional, por su serenidad, por su sinceridad, por su elevación, por su reposo. México —expresa el Presidente Obregón— anhela 'trabajar empeñosamente y en perfecta armonía con los otros países, para su propio provecho y para el mayor bien de la humanidad.'"

LA CUESTION DEL PETROLEO

EL Presidente de la República, en sus declaraciones a la prensa del 17 de agosto, se refirió nuevamente a la cuestión del petróleo, que es, quizá, el problema más importante de nuestro país.

A propósito del nuevo impuesto sobre las exportaciones de ese combustible, dijo el señor Presidente que no se derogaría, a pesar de la crisis; pues las industrias que se agotan en más o menos años, no deben protegerse por exenciones de impuestos a fin de que rindan las debidas utilidades al Erario, mientras estén en explotación.

Es preferible, pues, que el petró-

leo permanezca en el subsuelo hasta que, resuelta la crisis mundial, sea costeable su exportación.

El Presidente añadió que de disminuir los derechos al petróleo, no obtendría ningún beneficio la nación, y menos tratándose de una industria transitoria. Al contrario, opinó que era de lamentarse el no haber establecido este gravamen seis meses antes, lo cual pudo evitar la baja de precios, que llegaron a ser irrisorios.

En nuevas declaraciones el Presidente explicó la publicación de un decreto que manda cobrar los impuestos al almacenamiento del petróleo. Dijo que era un decreto viejo que se ponía en vigor para cobrar los Derechos, ya no sobre la exportación, que es mínima, sino sobre el almacenamiento. Es decir, como no se exporta debido a la crisis petrolera, y se sigue almacenando, los mismos anteriores impuestos se cobrarán sobre el almacenamiento, como quien dice, se cobran por adelantado los derechos de exportación.

La cuestión petrolera que desde varios años es motivo de discusiones internacionales y de desacuerdo con los explotadores, ha venido a agravarse transitoriamente por el nuevo impuesto y por la crisis mundial en el mercado del aceite. Para resolver algunos puntos referentes a esta cuestión, varios prominentes petroleros norteamericanos vinieron a conferenciar con el Secretario de Hacienda. Según el informe oficial del Secretario "el resultado de estas conferencias ha sido satisfactorio: sin perjuicio de los intereses ni de la política nacionalista de nuestro gobierno, se ha llegado a determinar un punto, de acuerdo favorable para ambas partes. Se ha convenido en una nueva reglamentación en el cobro del impuesto de exportación al petróleo, creado por decreto de 7 de junio último, fijando como fecha de pago hasta el día 25 de diciembre próximo, y previniendo que, en lo sucesivo, el pago de esos derechos se hará trimestralmente y no mensualmente como lo establece el decreto."

El señor Presidente de la República dió a la prensa las siguientes declaraciones sobre el mismo punto: "Creo que los arreglos a que se ha llegado serán altamente provechosos para el país, y demuestran la buena voluntad de que estuvieron animadas ambas partes para resolver las dificultades existentes en el curso de las conferencias.

"Desde luego, el hecho de que se reanudarán los trabajos en la región petrolera, es un motivo de satisfacción, e indiscutiblemente beneficiará a la República en general.

"Por lo demás, esto establece el precedente de que, para lo sucesivo, cualquiera dificultad que se suscite será tratada directamente con el Gobierno. Fácil es comprender que esto constituye también un gran adelanto en lo que se venía haciendo anteriormente."

Mr. Edward L. Doheny, presidente de una importante compañía petrolera y que estuvo en las conferencias a que nos referimos, declaró por su parte: "En nuestras negociaciones con los funcionarios mexicanos, fuimos tratados con toda clase de cortesías y se nos manifestó la mejor buena voluntad. Creo que este cambio de ideas nuestras con los funcionarios

mexicanos acarreará una mutua inteligencia que hará más fácil la resolución de los futuros desacuerdos que pudieran sobrevenir."

Como se ve, la situación creada por el nuevo impuesto a la exportación del petróleo, se resolvió de manera satisfactoria para los intereses del país y de las compañías. Y es de esperarse que con la misma buena voluntad se resuelva de una vez por todas este problema que es causa de malas inteligencias y serios conflictos.

EL SERVICIO DE LA DEUDA

EL C. Presidente de la República, en sus declaraciones a la prensa del 6 de agosto, se refirió a la reanudación del servicio de la deuda en estos términos: "El Gobierno Mexicano cumplió un deber moral al invitar a todos sus acreedores para que vinieran a México con el objeto de discutir las deudas pendientes. Esta invitación ha sido hecha dentro de los límites del honor y la dignidad del Estado, pues con ella hemos demostrado que estamos en la mejor disposición de pagar nuestros créditos y, por ello, solicitamos la cooperación de nuestros mismos acreedores, para solucionar estos asuntos. Son ellos los que deben resolver si vienen o nó, en la inteligencia de que una vez por todas, queda demostrada nuestra intención de liquidar nuestras deudas."

Como es sabido, el impuesto decretado recientemente al petróleo y que ha causado numerosas disputas, será aplicado íntegramente a la reanudación del servicio de la deuda, según el propio decreto, y aunque la abundancia de la producción de petróleo y por ende su bajo precio, ha venido a reducir las exportaciones y a restar los ingresos que debería producir el nuevo impuesto, el gobierno se mantiene firme en su propósito de pagar nuestras deudas; pues, en realidad, nada significa la cantidad de dinero que pueda tenerse acumulada en el momento, sino la plena seguridad de que los ingresos por concepto de petróleo suministrarán las cantidades necesarias para cumplir con nuestras obligaciones.

Además, el precio del petróleo reaccionará de un momento a otro, haciendo costeable la exportación, y el arreglo de nuestra legislación petrolera, conforme a principios de justicia y a los intereses nacionales, harán factible el servicio de la deuda.

Al redactar esta nota, deben de encontrarse ya en esta capital algunos banqueros estadounidenses que, correspondiendo a la invitación de nuestro gobierno, tratarán de la deuda con funcionarios de la administración. Los pasos que da el gobierno para cumplir con sus obligaciones internacionales, borrarán las dudas que pudieran abrigarse en el extranjero acerca de sus sanos propósitos y de su capacidad política.

UN DISCURSO DEL PRESIDENTE OBREGON

PARA despedir a las misiones diplomáticas que concurrieron a las fiestas del primer centenario de la consumación de nuestra independencia, el Gobierno mexicano ofreció un banquete en los salones del Palacio Nacional, la noche del 30 de septiembre.

El señor Presidente de la República, Don Alvaro Obregón, dió lectura, con tal motivo, a un discurso que ha sido comentado calurosamente por toda la prensa del país, pues los conceptos emitidos definen con la mayor claridad las ideas que respaldan la política de nuestro Gobierno. Por otra parte, la robustez del pensamiento, su espiritualidad y nobleza, nos hacen pensar en el Presidente Obregón como de un intérprete de bellos ideales. Exceptuando las fórmulas de rigor, copiamos el discurso del señor Presidente. Dijo:

"Antes de separarnos, y con la solemnidad que reclama la magnitud de esta hora, os ruego, en nombre del Pueblo Mexicano, cuyos sentimientos y anhelos espero interpretar fielmente, que aceptéis el encargo de transmitir a los gobiernos y a los pueblos de vuestros países un mensaje sobre lo que México piensa y sobre los propósitos que lo animan. Helo aquí.

"La definitiva liberación del espíritu colectivo es la conquista más grande que ha realizado el hombre en los últimos tiempos, al desvincular en absoluto los poderes divinos, en nombre de los cuales se han cometido desacatos a la humanidad y tantos errores pertenecientes ya, por ventura, al pasado.

"Han llegado los hombres al convencimiento de que son ellos los llamados a regirse a sí mismos y que, para llenar tan noble misión, los elegidos por sus semejantes necesitan rendir el más ferviente culto a la moral y subordinar siempre a ella los intereses materiales, para hacer así posible la distribución equitativa de los bienes con que la naturaleza dotó a la tierra.

"Nosotros creemos que la humanidad asiste actualmente al derrumbamiento de un pasado caduco construído por tiranías sobre base de fanatismo y prejuicios, y que bajo los escombros de esas formas envejecidas quedarán sepultados todos aquellos que intenten oponerse al derrumbamiento.

"Nosotros creemos que la humanidad entera surge a una nueva vida orientada por la más amarga de las experiencias, la experiencia de la última hecatombe europea, donde quedó demostrado el fracaso de la fuerza bruta, incapaz de dar una victoria ventajosa y definitiva a ninguno de los combatientes, ya que vencedores y vencidos se encuentran todavía perplejos ante la magnitud de los problemas que la tragedia ha creado. Y en el desarrollo de esta nueva vida, en el proceso de transición del viejo estado al estado nuevo, México será uno de los países que menos habrán de sufrir, porque la lucha de que ahora sale airoso trae, justamente, como una de sus principales finalidades, libertarlo de arcaicos prejuicios y darle una posición avanzada, propicia a una mayor armonía y a una mayor equidad sociales.

"Nosotros creemos que la moral, la inteligencia constructiva y generosa y la cultura son las fuerzas llamadas a gobernar el mundo en la vida moderna, y que no serán por cierto los países que construyan cañones de mayor alcance los que realicen las más grandes conquistas, sino aquellos que den a la humanidad pen-

sadores cuyo genio permita ahondar el porvenir y señalar las catástrofes que podrían nacer de la imprevisión y el egoísmo.

"Nosotros creemos que en la futura organización política y social de los pueblos quedarán abolidos los privilegios creados por los hombres y que sólo imperarán los impuestos por la naturaleza al distribuir desigualmente sus dones, pues la realización de ese ideal social traerá como consecuencia lógica el que cada sér humano ocupe el lugar que le corresponda por su inteligencia y su voluntad y obtenga en la lucha por la vida las ventajas a que le dan derecho esos mismos dones.

"Para colaborar en la nueva organización del mundo con el contingente que sus propios deberes y aspiraciones le exigen, México se propone levantar constantemente el nivel moral y mental de su pueblo, cosas de que ya da señales evidentes, aunque modestas, reduciendo sus presupuestos de guerra, licenciando regimientos y batallones, aumentando sus presupuestos de educación pública, alistando maestros y abriendo nuevos colegios. Y, en esta noble labor, el esfuerzo de México no se encerrará dentro de los límites de sus fronteras, sino que se saldrá de ellas para ir a trabajar con eficacia cerca de todos aquellos países que se encuentren en condiciones menos favorables para desarrollar esa labor y que crean, como México, que son los factores espirituales los que darán cuerpo a la grandeza de los pueblos y harán posible el bienestar humano."

JUNTA DE GOBERNADORES

DURANTE el mes de agosto se reunieron en esta ciudad hasta ocho gobernadores de Estados, para resolver algunos problemas locales que se encuentran íntimamente relacionados con la Federación.

Las conclusiones de esta junta fueron transmitidas al C. Presidente de la República, quien conferenció con los gobernadores sobre los puntos culminantes de su memorial. La tendencia primordial de la junta era obtener que, mediante una distribución equitativa de los impuestos, las entidades federativas resuelvan sus problemas económicos dentro de más amplias perspectivas. Las conclusiones de la junta piden, a este respecto, una disminución del impuesto federal de 50 por ciento, que no perjudica a la Federación y beneficia a los Estados y, en general, a los causantes. El señor Presidente manifestó a los gobernadores que esperaba la opinión técnica de la Secretaría de Hacienda para resolver este punto.

En lo referente a petróleo, los Estados y Municipios participarán de los impuestos federales.

Habiendo ofrecido los gobernadores su cooperación para resolver el asunto ferrocarrilero, el Presidente aceptó en principio y les dijo que esperaba la opinión de la Junta Directiva de los Ferrocarriles sobre la forma práctica de utilizar dicha cooperación.

El C. Presidente y los gobernadores trataron aún de otro punto interesante: las Jefaturas de Operaciones Militares. Los gobernadores pretendían se reglamentara la capacidad de

los Jefes Militares para evitar algunas molestias que surgen, por fortuna con rara frecuencia, entre éstos y los gobernadores. El Primer Magistrado expresó que en casos semejantes se procederá a reemplazar inmediatamente a los Jefes de Operaciones. Algún gobernador aclaró que, al tratar este punto, se referían solamente a una cuestión de principio, pues ninguno de los presentes tenían motivos de queja contra los Jefes de Operaciones en sus Estados respectivos.

La junta de Gobernadores a que hacemos referencia en esta nota, ha logrado, contando con la buena disposición del señor Presidente, algunas ventajas que aliviarán la situación de las entidades federativas, que suele ser penosa.

LA APERTURA DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE ESTUDIANTES

UNO de los actos más importantes que se verificaron con motivo del primer centenario de la consumación de nuestra Independencia, fué la reunión de un Congreso Internacional de Estudiantes en esta ciudad.

Las conclusiones del Congreso se determinaron dentro de un espíritu libertario que hace honor a la juventud: pensamientos llenos de esperanza para la humanidad, conceptos de fuerte revolucionarismo y métodos educacionales adecuados a las necesidades modernas, animan los acuerdos de los congresistas.

En la sesión inaugural, el Licenciado José Vasconcelos dió lectura a un discurso, que reproducimos por su verdadera importancia, reservándonos para más tarde el comentar los diversos actos del Congreso. Dice el discurso:

"En nombre de la Universidad Nacional de México, doy la bienvenida más cordial a todos los jóvenes representantes de países extraños y de países hermanos nuestros; a todos por igual, porque en el seno de nuestra Universidad todos los hombres de todas las razas, merecen la misma atención y el mismo aprecio, tal como lo proclamó hace más de un siglo la boca inspirada del primero de nuestros libertadores, el insigne Miguel Hidalgo, libertador de esclavos y precursor de naciones. No sólo ante nuestras leyes, también conforme a nuestras costumbres, las diferencias de color, patria y lengua se funden en una viva fraternidad, que proclama semejantes y hermanos nuestros a todos los que vengan animados de espíritu de bondad y de justicia. Os hago esta declaración de que os encontrais en un país libre, porque habéis sido invitados para deliberar y tendréis razón de inquirir, primeramente si vuestro pensamiento ha de poder expresarse sin cortapisas. Los estudiantes mexicanos seguramente se hubieran abstenido de invitaros si no supiesen que nuestro país en estos instantes es igual a ese símbolo que ya habeis visto en nuestra bandera, del águila que se levanta destrozando entre sus garras la serpiente. Os halláis libres y por lo mismo sentiréis vuestra propia responsabilidad y tendréis que obrar sinceramente durante toda vuestra actuación en este congreso. Yo estoy seguro de que procederéis con cordura, porque mi breve contacto con la juventud de estos tiempos me ha de-

mostrado que sois capaces de abordar los problemas llegando a su fondo y buscando las soluciones que los resuelven radicalmente, sin pagaros gran cosa del lucimiento exterior del discurso o de las opiniones momentáneas que vuestros actos produzcan. Todos vosotros de cerca o de lejos, habéis visto los estragos de la guerra, todos sabéis cómo mueren los hombres por ideales, turbios o altísimos, y eso ha dado a vuestra generación una lucidez de criterio y una gravedad de resolución que os convierte en hombres aunque todavía seais extremadamente jóvenes.

No hay detrás de vosotros ninguna fuerza que respalde vuestros actos, pero en cambio el porvenir, que es el tesoro de los jóvenes, abrumará bajo su peso a todo el que intente oponerse a las resoluciones generosas que tengáis a bien adoptar. Toda la obra de los que hoy ejercen poderío será completamente vana, si no es bastante generosa para contestar los ánimos juveniles, puesto que ninguna empresa perdura si las nuevas generaciones no la secundan y desarrollan. Adelantáos, pues, a vivir y a meditar vuestro tiempo, esta gloriosa era presente, venerable porque ha librado magníficas luchas por la conquista del bien y la justicia, y porque los hombres de hoy no nos cruzamos de brazos ante el desastre de los pueblos, sino que buscamos y seguimos buscando el camino de su redención. Creo que en vuestro tiempo, y hablo del mundo entero, no sólo de México, se han resuelto, por lo menos teóricamente, los hondos problemas sociales que han impedido hacer de este mundo una morada de paz y bienandanza; y creo que estas soluciones, aunque todavía sujetas a rectificaciones de detalle, hacen de vuestra época una edad comparable solamente a la de los primeros siglos del cristianismo, cuando se resolvieron los problemas del alma y se dejaron sentadas las bases de una justicia social verdadera.

A vosotros os va a tocar seguir poniendo a prueba y corrigiendo los principios de organización colectiva que la edad nuestra ha descubierto, como las antiguas tablas de la ley, entre el fuego de la justicia vengadora y la luz serena de la verdad que triunfa. Si, desgraciadamente, os toca contemplar también hogueras, ellas serán las de la acción que realiza el bien, pero la lucha de las ideas no será ya tan intensa y quizá llegaréis a gozar de los triunfos que proceden del desprendimiento, el conocimiento y la generosidad. Vuestra época será tal vez mejor, pero cada alma es su propia misión en un momento activo, y no existe cuando rememora sino cuando crea; por eso no es cuerdo añorar tiempos pasados, ni permanecer inmóvil en espera del futuro, porque el instante pasa, y el yo pasa con él, y quien no se identifica con su misión y su instante, no conoce lo que la existencia vale en hondura y no puede apreciar tampoco el significado del conjunto infinito. Yo amo mi presente como vosotros amaréis, si sois activos, la hora vuestra; por eso, aun cuando vuestra suerte vaya a ser mejor, no os envidio, como no podréis envidiarnos a nosotros, porque el vivir sincero no puede renegar de sí mismo. Mi generación no os envidia; confía en vosotros, y confía porque presiento que así que llegue la ocasión viviréis más intensamente y combatiréis, no por nuestra verdad, ni por vuestra

verdad, sino por la verdad absoluta que es inmutable y eterna.

Hay aquí jóvenes de todas las partes del mundo. Dirigiéndome primero a vosotros, nuestros huéspedes, debo deciros que, según ya tendréis noticia desde antes de venir a visitarnos, México es un país turbulento, donde la guerra se sucede a intervalos y la paz se consolida dificilmente; pero quizás no todos sabéis cuáles han sido los móviles de esas extrañas guerras, quizás no se os ha hecho notar que la guerra de hace cien años que en estos días se conmemora, tuvo por objeto, no sólo constituir una nacionalidad más entre tantas que ya hay bajo el sol, sino hacer un país libre de esclavitudes de todo género, manumitido políticamente y también económicamente, como lo proclamó el genio clarividente de José María Morelos.

Vuestra rápida información acaso no os ha dejado observar que el triunfo de la causa insurgente no lo aprovecharon los héroes sino que muertos ellos en el más noble de los martirios, la Iglesia Católica y las clases adineradas, las mismas que habían sacrificado a los héroes, robáronles la bandera así que convino a sus intereses, y consumaron la Independencia sin acordarse para nada de la libertad y la justicia.

Acaso no sabéis que a raíz de la Independencia y a pesar de la guerra de la Independencia, el clero católico era el propietario de más de las tres cuartas partes de la tierra cultivable de toda nuestra patria y que esas riquezas le servían para multiplicar los conventos, donde ni siquiera privaba la devoción sino la holganza; y para sofocar todo asomo de libertad reduciendo a esclavitud efectiva no sólo las conciencias, sino los cuerpos. Acaso no sabéis tampoco que para destruir este negro poderío, hubo una guerra sangrienta hasta dejar vencido el lema funesto de religión y fueros, que quería decir el privilegio y el abuso del militar y el fraile. Las armas liberales lograron separar la Iglesia del Estado, arrancando a la primera todos sus bienes para convertirlos en propiedad individual; y expulsando al invasor extranjero que era el aliado de la Iglesia. El héroe máximo de esta lucha se llamó Benito Juárez, el hombre cuya estatua habréis visto en todas las plazas de nuestras ciudades y aldeas. Pero quizás tampoco sabéis que después de unos cuantos años de paz fecunda, durante la cual se construyeron vías férreas como la de Veracruz a México y obras importantes de todo género, un cabecilla afortunado, el general Porfirio Díaz, asaltó el poder para constituir una dictadura que destruyó todas las antiguas libertades, y consumó alianza de intereses materiales con la clase de los grandes terratenientes, enriquecidos con las antiguas propiedades del clero y con tierras quitadas a los indios por la fuerza o por la astucia. Creció de esta suerte el póder de una clase propietaria que por tradición nada más cultiva lo suficiente para pagar sus vicios, dejando al peón de campo en la miseria, y una gran extensión de las tierras sin cultivo. De esta suerte el sufrimiento y el oprobio llegaron a su máximo; las clases intelectuales, bajamente dispuestas, ensalzaban al Dictador y los miembros del clero católico lo bendecían; pero el pueblo, el bajo pueblo rural, volvió a lanzar el

grito de guerra, y acaudillado por Francisco I. Madero, el apóstol magnífico, reanudó la vieja batalla, la batalla del bien contra el mal, de la libertad contra la opresión y la injusticia. Pensad en el más alto ideal político, teniendo que desarrollarse en un medio de desigualdades económicas tremendas, de divisiones profundas de clase y de clericalismo siempre en acecho y tendréis la clave de la historia de México: virtudes excelsas, frente a crímenes horrendos; noches sombrías, y auroras de gloria y de redención. Tal es el terreno en que os encontráis, que yo considero propicio para las discusiones graves. Yo estoy seguro de que sabréis aprovechar vuestras sesiones. La época de superficialidad en que los congresos de este género servían sólo para conquistar aplausos tan vanos que no podían dejar huella ni en el alma del halagado, pasó para siempre. Las circunstancias actuales del mundo exigen que los hombres de pensamiento trabajen con pureza de propósitos y acrisolada buena intención. Aunque sois jóvenes, se os pedirán cuentas exactas del esfuerzo que vais a emplear en estas deliberaciones. En todas partes se observará con interés vuestra actitud, y todos los hombres rectos y los oprimidos de todo el mundo esperarán con ansiedad el fruto de vuestros empeños. No sé qué vago presagio nos hace confiar en que respaldaréis la obra más avanzada de la generación que os precede, en que nos exigiréis que vayamos todavía más adelante, siempre adelante, en todos sentidos. Aunque vuestro programa quizás os ciñe a determinados puntos, en realidad no hay asunto de interés social que no podáis tratar y difícilmente encontraréis ocasión mejor que la presente para formular el mensaje de vuestros corazones. Algunos de vosotros venís de países adelantados: no vaciléis en dejar aquí la semilla fecunda. Otros venís de pueblos que, aunque aparentemente rinden culto a la justicia, en realidad mantienen despotismos feroces. El mundo entero necesita reformas. Poned todo vuestro entusiasmo al servicio de esas reformas. No os sintáis como si os halláseis en un festín; toda fiesta es triste, y seguirá siendo triste mientras siga prevaleciendo en el mundo la injusticia. Esta tierra en que os halláis necesita del trabajo y la fé de todos sus hijos, pero también el resto del mundo necesita de la acción humana noblemente orientada. Yo espero que vuestros acuerdos serán tan generosos que las votaciones tendrán que ser unánimes; pero si surgiesen cuestiones opinables o graves diferencias de criterio, yo creo que vuestro deber es no tomar votaciones por nacionalidades, sino por razas. Con este objeto los hispanoamericanos harán bien si discuten y resuelven en discusión privada todas sus diferencias a fin de presentar después sus acuerdos en bloque. Esto por sí sólo sería un noble ejemplo para los Gobiernos de la América Latina que hasta ahora no han procurado lograr igual uniformidad de acción.

Hay una infinidad de cosas que nosotros no podemos hacer y que vosotros veréis realizadas; por eso van hacia vosotros, jóvenes congresistas, nuestros mejores, nuestros más altos votos. Nuestro paso hacia adelante no es todo lo apresurado que nosotros deseáramos, pero al fin parece

que marcha y no hay más recursos que seguir impulsándolo y esperar que vosotros también contribuiréis a su avance. Cuando volváis, jóvenes extranjeros, a vuestras patrias cercanas o distantes, decid a los vuestros que aquí se está abriendo paso, aunque lentamente, la justicia; si os lleváis esa convicción nos sentiremos alentados, y habréis contribuído a una obra benéfica. Y vosotros, los de habla española, que no sois aquí extranjeros sino dueños, tan dueños como nosotros mismos, de este territorio que el destino ha puesto en nuestras manos, quedaos o volved a vuestras respectivas naciones, pero hacedles saber en todo caso lo que es este girón del alma hispánica: una tierra en que el ideal ha librado y sigue librando rudos combates con la injusticia.''

LA UNION CENTRO AMERICANA

DESDE los tiempos de la conquista hasta su independencia, en septiembre 15 de 1821, el territorio centroamericano formó el Reino de Guatemala. Dividíase en provincias que gozaban de cierta autonomía, pero sujetas todas a la autoridad superior del Reino: un Capitán General y una Real Audiencia, residentes en la ciudad de Guatemala. Pocos meses después de lograda, sin derramamiento de sangre, la Independencia, el partido Conservador que representaba la aristocracia colonial, deseoso de conservar para los suyos los privilegios que el sistema republicano les negaba, logró unir, aun a pesar de fuerte oposición de parte de los centroamericanos liberales, el antiguo Reino de Guatemala al Imperio Mexicano de Iturbide.

Duró esta anexión forzada dos años, al cabo de los cuales, la provincia de Chiapas y el distrito de Soconusco, que los centroamericanos consideraban suyos, quedaron bajo el dominio de México, perdidos para Centro América. Las cinco provincias restantes, es decir, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, constituyéronse en una república federal, adoptando, en 1825, una constitución a cuyos defectos se debió en parte el que la federación durase corto tiempo.

Nominalmente la República de Centro América existió hasta 1840, pero ya en 1839 estaba disuelta de hecho. De haber obrado el partido Conservador con patriotismo, con honradez, aun a pesar de la defectuosa constitución la unión de esos pueblos hubiera prosperado. De entonces hasta nuestros días, aunque los conservadores hace tiempo perdieron toda esperanza de establecer la monarquía, y sus antiguos anhelos ya no tienen fundamento, ha sido ese partido funesto para Centro América, como para todo el continente, y la causa principal de que los centroamericanos en vez de tener la patria grande que merecen, con la que han soñado todos sus grandes hombres, y con que sueña tradicionalmente su juventud de ahora, tengan pequeños, dolorosos y despreciados paisecitos.

En 1842 se celebró un Pacto de Unión Centroamericana bajo cuyas bases, primero en Nicaragua y después, en 1844, en el Salvador, organizáronse débiles gobiernos provisionales. La oposición a estos gobiernos de parte del Presidente de Guatemala

y del de Honduras, frustraron los esfuerzos casi logrados de los unionistas de entonces.

En 1853, el General Trinidad Cabañas, Presidente de Honduras, hombre valiente, probo y caballeroso, a quien se ha llamado el Bayardo centroamericano, convocó un Congreso Unionista en Tegucigalpa, su capital. Allí se pactó otra vez la Unión, pero las rivalidades entre los jefes de las otras repúblicas hicieron imposible el cumplimiento de este pacto.

De 1854 a 1856, unióse en las armas Centro América para combatir a los filibusteros yanquis que, llamados por un bando de nicaragüenses para triunfar con su apoyo sobre los conservadores, se habían hecho dueños y señores feudales de esa república y amenazaban con posesionarse de las otras cuatro. Derrotados los aventureros norteamericanos, el momento era propicio para cimentar la Unión. Pero quiso la suerte que en todos los cinco estados gobernaran los conservadores, y Centro América siguió fraccionada.

Veinte años más tarde, en 1876, se reunió en Guatemala un Consejo de Plenipotenciarios para tratar de la federación, y por tercera vez se firmó un pacto, pero bajo tan malos auspicios que su único resultado fué una guerra entre Guatemala, El Salvador y Honduras.

En 1884 los presidentes de esos tres estados juntáronse en Mongoy, Guatemala, y convinieron en hacer común su esfuerzo para unir a los cinco países. Pero el Presidente de Guatemala, desconfiando del de El Salvador, resolvió proclamar él mismo la Unión y luchar hasta conseguirla. En 1885 invadió a El Salvador con un fuerte ejército, lo que hizo que Nicaragua y Costa Rica, separatistas, se alistasen a combatirlo. En territorio salvadoreño se libraron varios combates, y al morir en uno de ellos, en Chalchuapa, el jefe de la empresa —el General Justo Rufino Barrios— fracasó el movimiento unionista.

Cuatro años después, en 1889, siendo presidente de El Salvador don Francisco Menéndez, reunióse en esa república una Conferencia de Plenipotenciarios que decidió celebrar reuniones semejantes cada año, hasta llegar, por medio de pactos y convenios, a la unión efectiva. Este plan, aunque una de dichas conferencias llegó a tener lugar, en 1892, y aunque prometía resolver la cuestión, no tuvo buen éxito ninguno, debido, como casi siempre, al separatismo conservador y a los celos, envidias y rencillas de los gobernantes.

En 1895 el entonces presidente de Honduras, Dr. Policarpo Bonilla, invitó a los otros presidentes a una conferencia unionista en Amapala. Concurrieron los de Nicaragua y El Salvador, quienes pactaron un convenio, uniendo a sus pueblos y formando la entidad política que se llamó República Mayor de Centro América. Durante dos años se hizo cargo de las relaciones exteriores de la nueva federación una dieta que consiguió el reconocimiento de su república por los países extranjeros. En 1898 se convocó en Nicaragua una Asamblea Constituyente que creó un Consejo Ejecutivo Provisional y llamó a elecciones para un Presidente y un Congreso federales. Se instaló el Consejo en Amapala, puerto hon-

ño del Pacífico, cercano a El Salvador y Nicaragua, pero pocos días después de su instalación, estalló un movimiento revolucionario separatista en El Salvador y quedó disuelta la República Mayor.

En 1917 el Presidente de Honduras, Dr. Francisco Beltrán, inició un movimiento unionista pacífico y logró que los otros gobiernos consintieran en enviar delegados a un congreso que se reuniría en Guatemala. Pero sobrevino el temblor de tierra que en ese año destruyó gran porción de la capital guatemalteca, por una parte, y por otra, Nicaragua, dominada por un gobierno conservador y vendida a banqueros norteamericanos, puso obstáculos insuperables a la Unión; de modo que nunca se reunió el congreso convocado.

Recientemente, en 1920, el Gobierno de El Salvador hizo suyo el ideal de Unión y a sus esfuerzos se debe que en enero de este año se haya reunido, en San José de Costa Rica, un Congreso de Plenipotenciarios centroamericanos que pactó la Unión de Centro América. Bajo ese pacto se formó un Consejo Ejecutivo Federal Provisional que convocó a la Asamblea Constituyente Centroamericana que acaba de reunirse en Tegucigalpa.

Según las últimas noticias recibidas en la redacción de **El Maestro**, Nicaragua y Costa Rica se han retirado del pacto, y Guatemala, El Salvador y Honduras se han unido formando otra República Mayor de Centro América, limitada así: Al Norte, México y el Mar de las Antillas; al Sur, el Océano Pacífico; al Este, Belice, el Mar Caribe y Nicaragua; y al Oeste, México.

Uno de los delegados por Nicaragua a la Asamblea reunida en Tegucigalpa, en vista de que su gobierno se retiraba, con más buen anhelo que buen juicio hizo una intentona de revolución contra los dominadores de Nicaragua, invadiendo el territorio de su patria con un grupo de cincuenta adictos centroamericanos. En un día apagó esa chispa revolucionaria el gobierno conservador de Nicaragua, pero se aprovechó de esa oportunidad para cerrar todas las escuelas de la República, pretextando considerables gastos de guerra que hacían imposible se gastase un centavo durante mucho tiempo en la instrucción pública de los nicaragüenses.

LOS TRATADOS DE PAZ ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y ALEMANIA, AUSTRIA Y HUNGRIA

EN agosto 24, 25 y 29 se firmaron los tratados de paz entre los Estados Unidos y Austria, Alemania y Hungría, respectivamente, por cuyos términos los países europeos otorgan al americano los mismos derechos que se vieron obligados a otorgar a los demás Aliados en virtud del tratado de Versalles; pero los Estados Unidos quedan exentos de toda obligación con respecto a la Liga de Naciones, a la fijación de las nuevas fronteras alemanas, y al reajuste geográfico y político de Bélgica, de la orilla izquierda del Rihn, de Checo-Eslovaquia, Austria, Prusia Oriental, Memel, la Ciudad Libre de Danzig, Schleswig-Holstein, Heligoland, China, Siam, Liberia, Marruecos, Egipto, Turquía, Bulgaria y Shantung. Así mismo que-

dan excluídas del nuevo tratado con Alemania las cláusulas concernientes a la culpabilidad y castigo del ex-Kaiser.

En la prensa norteamericana la discusión de estos tratados ha seguido, como de costumbre, líneas estrictamente partidarias: los órganos del partido Demócrata, el partido de Wilson, acusan a la administración de Harding de haber traicionado a los Aliados, debilitando su posición frente a Alemania, al permitir una paz separada en la que no se hace mención a los derechos de los Aliados, y de haber dado la espalda con egoísmo a los ideales que inspiraron a los Estados Unidos durante la guerra. Los periódicos favorables al partido Republicano, que está en el poder, saludan con entusiasmo el completo regreso de sus relaciones exteriores al reino del sentido común, y el éxodo absoluto de la diplomacia norteamericana de su cautiverio en el Egipto laberíntico del idealismo Wilsoniano. La prensa independiente se inclina hacia la oposición, y sus editoriales se expresan en el sentido de que ni la diplomacia ni la conciencia norteamericanas tienen de qué enorgullecerse en estos tratados.

En Alemania la oposición declara que la infamia de Versalles se ha repetido; los periódicos amigos del Gobierno opinan que, al contrario, el tratado de Versalles ha recibido un fuerte golpe y que ahora le será relativamente fácil a Alemania hacer que Francia e Inglaterra revisen sus arduas condiciones. En los círculos de negocios hay casi júbilo porque al fin van a reanudarse las relaciones comerciales entre Alemania y los Estados Unidos.

En Francia también hay gran diversidad de opiniones. La del Temps de París, órgano semi-oficial, es que los Estados Unidos han defendido hábilmente sus intereses particulares, pero dejando a Francia, que antes fuera factor principal de una alianza mundial, en un estado de casi aislamiento. Los diarios más populares (Le Matin, por ejemplo), lejos de quejarse con o sin dignidad, celebran que los Estados Unidos hayan tenido suficiente valor moral para declarar abiertamente que las cuestiones europeas no les atañen y que Europa queda libre para entenderse y arreglarse como pueda.

En Inglaterra la Liga de Naciones aún tiene fuertes partidarios, especialmente entre aquellos que aspiran a postular al General Jan Smuts, premier de la Unión Sud-Africana y, quizá más bien que Wilson, el verdadero autor del pacto de la Liga, para Primer Ministro del Imperio Británico, para substituir a Lloyd George, en las próximas elecciones; éstos lamentan que ya de manera definitiva queden fuera de la Liga los norteamericanos. La actitud del gobierno, sin embargo, tiende a aceptar cuanto haga Wáshington, con tal de sacarle partido a su buena voluntad en las Conferencias del Desarme.

PEQUEÑA REVOLUCION EN LOS ESTADOS UNIDOS

LA prensa del mundo se ha venido ocupando de la "revolución industrial" ocurrida en el Estado de la Virginia Occidental, en los Estados Unidos, dando a veces noticias falsas o exageradas. Lo exacto, según reza en

los más autorizados órganos de información norteamericanos, es como sigue: Las condiciones impuestas a sus operarios, hace más de un año, por las compañías propietarias de minas de carbón de hulla, en los condados de Boone, Logan, McDowell y Mingo, en el Estado de la Virginia Occidental, no pudieron seguirse soportando sin la violenta protesta de los mineros de Mingo. Les era prohibido formar uniones o adherirse a la de los Trabajadores Unidos de Minas de América; quien lo intentaba era sumariamente despedido de su trabajo, echado de su casa, y expulsado del Condado por la policía, pues las compañías eran dueñas absolutas de toda la tierra, de las casas, de los caminos mismos, y controlaban el correo, la policía, el servicio de aguas, el alumbrado, las tiendas de todas clases y hasta los sitios de diversión.

En mayo de 1920 la protesta de los mineros de Mingo se había vuelto una guerrilla abierta entre éstos y la policía de los propietarios, y fué necesario que interviniesen el gobierno y la milicia del Estado. La lucha, sin embargo, seguía tan encarnizada como siempre, tan pronto se retiraban las tropas, y además, llegó a extenderse por los otros Condados.

Ultimamente, en 24 de agosto de este año, cinco mil mineros, individuos sin empleo y exsoldados, desde Marmet, en el Condado de McDowell, comenzaron una marcha armada hacia Mingo con el objeto de rendir a las compañías mineras. En agosto 28 tuvieron un encuentro con tropas del Estado, resultando cinco mineros muertos. Entretanto, en Marmet seguían formándose grupos armados dispuestos a marchar contra Charleston, capital del Estado, en vista de lo cual el gobierno federal, a petición del Gobernador amenazado, tuvo que intervenir. En vez de mandar tropas federales, el Presidente Harding lanzó una proclama a os mineros ordenándoles depusieran las armas y volviesen a sus hogares. Así lo hicieron los "revolucionarios" y aunque la situación no se há resuelto, la revolución como tal ha dejado de ser.

HAMBRE Y PESTE EN RUSIA

LA noticia capital de las últimas semanas, es la que de manera melodramática, revela abiertamente la trágica situación de Rusia, donde reinan el hambre y la peste. Con fecha 20 de julio, Máximo Gorky, el escritor de fama mundial, en nombre de la humanidad y con la aprobación del gobierno ruso, se dirigió a "todos los hombres de buena voluntad" del mundo, pidiendo ayuda inmediata para su pueblo. Ampliando su mensaje dijo que de hambre, del cólera morbus y del tifo, estaban pereciendo no menos de 300,000 rusos diariamente; que 6.000,000 de personas desvalidas y presas de pánico y miseria, habían abandonado la región del Volga y en vano buscaban asilo en las provincias comarcanas, regando de cadáveres los caminos, abandonando las madres a sus hijos, y llevando la peste dondequiera; y que esa terrible situación afectaba una área de diez y ocho provincias con una población entre 20 y 30 millones de almas.

Hambres semejantes, aunque jamás tan espantosas, no eran desconocidas en Rusia: se recordará la de

1891; y con respecto a las pestes, siempre sufrieron de ellas los súbditos del Zar.

Así, pues, dicen los amigos del actual régimen político ruso, la tragedia de hoy no es resultado de la práctica de las ideas bolcheviques, como aseguran a viva voz los partidarios de los sistemas capitalistas. La situación de Rusia, explican, se debe: primero, a las sequías, como nunca severas, que en todo el Valle del Volga, desde el mar Caspio hasta Siberia, han arruinado por completo las cosechas de la sección agrícola más rica de Rusia; segundo, al pésimo estado de las vías de comunicación, que han impedido el movimiento de granos, de manera que se hacen necesarios no sólo el envío de alimentos a Rusia, sino también el de material rodante y de construcción ferroviaria, para aliviar la situación; tercero, al estado convaleciente de Rusia, debilitada por la mala higiene tradicional (debido a la ignorancia en la que por largas generaciones se había mantenido al pueblo), por las pestes anuales (el año pasado perecieron unos ..... 10.000,000 de tifo) y por la guerra con todos sus concomitantes; y cuarto, al bloqueo de Rusia impuesto por los gobiernos anti-bolcheviques, que ha tenido, entre otros resultados, el del relajamiento de la agricultura rusa.

Ayuda adecuada en un todo a las necesidades de Rusia, de ninguna parte puede llegarle. El único pueblo del mundo en condiciones para prestar algún alivio efectivo, es el de los Estados Unidos. Pero siendo el gobierno norteamericano enemigo acérrimo del de los bolcheviques, y temeroso de que, del socorro que prestara, pudiera fortalecerse Lenine, su primera respuesta a la urgente y desgarradora súplica de Gorky fué una serie de condiciones que los rusos debían aceptar. El gobierno bolchevique debía poner en absoluta libertad a todos los prisioneros de nacionalidad norteamericana; el alivio que prestarían los Estados Unidos sería sólo para los enfermos y los niños; los delegados estadounidenses encargados de la distribución de alimentos y medicinas gozarían de libre tránsito y sus personas y correspondencia serían inviolables; quedaba entendido que ningún comité bolchevique participaría en la labor caritativa norteamericana, sino que ésta sería llevada a cabo exclusivamente por los comités que organizara la misión estadounidense; y, por último, se declaraba que ninguna significación política podría deducirse de la ayuda prestada. Para hacer más evidente que el socorro al pueblo ruso no podría interpretarse en manera alguna como un comienzo de relaciones amistosas entre los gobiernos, los americanos decidieron también que no llevarían consigo su bandera a Rusia.

El gobierno bolchevique, ya antes de recurrir a extraños, había echado a un lado la política, en sus esfuerzos para combatir el hambre. Se formó un Comité Central, con este propósito, compuesto por sesenta y tres miembros, de los cuales sólo diez son comunistas, y éstos del ala derecha o moderada, como Kámenev, Krassin, Lítvinov, Lunacharsky, Rykov y Semashko; cinco son Cadetes, entre ellos Gólovin, que fué presidente del segundo Duma; Kishkin, antiguo miembro del Gobierno Provisional, y

Kutler, que fué Ministro de Agricultura del Zar. Los demás miembros son, en su mayor parte, profesores universitarios, artistas, escritores, intelectuales no enteramente Leninistas, como por ejemplo, una hija de Tolstoy. Pero ni con este comité enteramente nacional ruso, quisieron cooperar los norteamericanos.

"Con una mueca agria, pero sin vacilar,"—dice la prensa capitalista de los Estados Unidos— "el gobierno de Lenine y Trotzky aceptó las condiciones norteamericanas." La ayuda que los Estados Unidos prestarán estará bajo la dirección suprema de Mr. Herbert Hoover, miembro del Gabinete del Presidente Harding y jefe de la American Relief Administration, corporación que rige a la Cruz Roja Norteamericana y a otras organizaciones semejantes de los Estados Unidos, y que se formó, al terminarse la guerra, para ayudar a la reconstrucción de las regiones devastadas de Francia y Bélgica y en la lucha contra el hambre y las pestes en Austria, en Hungría, en Armenia y en el norte de China.

En Europa han ofrecido socorro a Rusia el Consejo Supremo de la Liga de Naciones, la Cruz Roja Internacional y otras organizaciones de esa índole; pero no harán un esfuerzo común con los norteamericanos, puesto que éstos no lo desean, en vista de que de ello podría resultar que los europeos alcanzasen la dirección de la empresa. Mr. Hoover ha pedido que las diferentes organizaciones se distribuyan el territorio azotado por secciones y que cada una atienda separadamente a la suya.

Ya a fines de agosto empezaban a llegar a Rusia los primeros cargamentos de arroz y de azúcar de los Estados Unidos y el 29 de ese mes se distribuyeron en Moscou 600 toneladas de esos artículos para los niños.

LA CUESTION DE SILESIA

LA Alta Silesia, causa principal de la disputa entre Francia e Inglaterra, que ha venido dificultando en los últimos meses las relaciones entre esas dos potencias, es la segunda región continental de Europa más rica en carbón de hulla, hierro y zinc. Ahora reclámanla como suya Alemania, a quien había pertenecido desde la formación del Imperio, y Polonia, entre las cuales yace, siendo apoyadas, ésta por Francia y aquélla por la Gran Bretaña.

Con respecto a su población, más de la mitad es eslava, es decir, polaca. Acerca de esto no hay discusión. Históricamente, por otra parte, desde hace cinco siglos la Alta Silesia ha estado separada de Polonia, habiendo sido posesión de los Hapsburgos (Austria) hasta que Federico el Grande de Prusia, en el siglo XVIII, se la arrebató a la Emperatriz María Teresa. Sin embargo, tan polaca juzgaron a Silesia los Aliados, en la Conferencia de París (1919), que en el primer borrador del Tratado de Versalles le fué adjudicada enteramente a Polonia. Pero pasado el primer impulso de desmembrar completamente el Imperio Alemán, al dictarse definitivamente las bases de la paz, los ingleses insistieron en que se modificase el tratado en el sentido de que la Alta Silesia misma, decidiera, por medio de un plebiscito, su propio destino, estableciéndose, asi-

mismo, que el resultado se obtuviera por mayoría de distritos o comunas y no por el voto general.

Del plebiscito resultó que, en el área total, los alemanes ganaron un 60 por ciento del sufragio y los polacos sólo un 40 por ciento; pero esto se debió, dicen los amigos de Polonia, a que con anticipación y sigilo, los alemanes acumularon en Silesia un gran número de partidarios suyos, descendientes de silesianos, pero que hace mucho tiempo habían emigrado a otros puntos del Imperio Alemán.

Los polacos alegan que, faltos de fondos y ajenos a malas tácticas, no pudieron hacer otro tanto.

Los distritos norteños, limítrofes con Alemania, y que no poseen ni minas ni fábricas, dieron un voto decididamente pro-alemán; los dos grandes distritos de Pless y Rybnik, principalmente agrícolas, pero ricos en depósitos vírgenes de carbón, y que lindan con Polonia, se expresaron por ésta de modo concluyente. Pero entre estas dos áreas yace la región hullera en explotación y aquí el resultado fué indeciso, pues todas las comunas rurales votaron en favor de Polonia, mientras que las ciudades, donde estaban concentrados los elementos alemanes, se decidieron por Alemania.

Los alemanes declararon ganado el plebiscito por superior número de votos y suya la Alta Silesia. Pero esto contradecía lo estipulado en el Tratado de Versalles. Los ingleses propusieron que se les cediesen Pless y Rybnik a los polacos y lo demás a Alemania. Los franceses contestaron que más bien correspondía a Polonia toda la región minera, en vista de que, si no el mayor número de votos, sí más de las tres cuartas partes de los distritos o comunas habían votado por Polonia.

Discutíase esto en secreto, cuando Alemania publicó la propuesta inglesa. Entonces los polacos de Silesia encabezados por Korfanty, que había representado a Polonia en la organización del plebiscito, se alzaron en armas. Las únicas tropas Aliadas que había en Silesia eran francesas, y los franceses abiertamente simpatizaban con los insurrectos; en vista de lo cual Alemania envió tropas suyas a Silesia, lo que alarmó profundamente a Francia entera.

Fué entonces cuando Lloyd George pronunció un discurso, obra maestra de la indiscreción, según los ingleses, de la duplicidad, según los franceses, censurando con fuertes palabras la parcialidad de Francia, amenazando a Polonia y hasta dando a entender que la Gran Bretaña podría llegar a favorecer la acción militar de Alemania en Silesia. El Primer Ministro francés, Briand, replicó categóricamente que Francia jamás permitiría el empleo de tropas alemanas en Silesia y les echó en cara a los ingleses que, de los Aliados, sólo Francia había enviado tropas a la región sublevada.

Después de un debate acérrimo entre las cancillerías, se convino en que Inglaterra también enviara tropas a Silesia, que con las francesas, lograron separar y desbandar a polacos y alemanes y poner orden. De esto ya hace varias semanas. En debates, acusaciones, recriminaciones y juegos del ajedrez armado de la diplomacia europea, se ha ido el tiempo sin que nada definitivo haya sido resuelto.

Francia favorece a Polonia porque teme a Alemania y prefiere dar a la

primera un territorio rico que pudiera fortalecer demasiado a su enemiga tradicional. Inglaterra favorece a Alemania porque sabe que, en caso de un conflicto anglo-francés, Polonia estaría de parte de Francia, mientras que protegiendo ahora a Alemania, ésta apoyaría a Inglaterra. Además, la Gran Bretaña quiere que la restauración económica de Alemania sea pronta y efectiva, pues la de Inglaterra depende en gran parte de eso. A los franceses les parece lo más egoísta del mundo que los ingleses ayuden a Alemania sólo por ventajas económicas, aunque esa ayuda sea una amenaza para Francia. Los ingleses replican que Francia, por su deseo de aniquilar enteramente a Alemania, demuestra estar poseída de un militarismo con el que no pueden estar de acuerdo los británicos.

No pudiendo llegar a ningún arreglo y a fuerza de palabrería, empeñando lo que llaman su honor, acordaron las cancillerías reñidas trasladar la cuestión de Silesia al Consejo de la Liga de Naciones. Al escribirse esta nota, el Consejo no ha obrado todavía.

LA SITUACION ECONOMICA DE EUROPA

SI sucesos como los de Silesia son aparentemente lo más discutido en Europa, lo que más preocupa a los europeos, en el fondo, es la situación económica de sus países. Recargadas de deudas colosales derivadas de la guerra, las naciones europeas están cara a cara con un problema quizás más serio que la guerra misma. Para resolverlo no parece sino que deberán optar entre la repudiación por lo menos de una parte de esas deudas y la confiscación de la propiedad y del capital, lo que en extremo alarma a los capitalistas.

El espectro de la confiscación es un hecho más bien que una amenaza, en Alemania. El gobierno que firmó el Convenio sobre las Reparaciones, impuesto por los Aliados, ha seguido una política económica que significa la confiscación de un 20 por ciento del capital privado. En el caso de capitales invertidos en negocios—empresas comerciales e industriales, bancos, etc.—el Estado reclama una hipoteca igual al 20 por ciento sobre el capital invertido. Estas hipotecas las venderá el Estado en el exterior para pagar lo que en calidad de reparaciones se le ha impuesto. En el caso de la propiedad raíz, ésta es valuada en lo que valía antes de la guerra, y el monto es convertido al actual papel moneda, a razón de 15 marcos papel por marco oro; y el capital resultante es la base de la hipoteca, de que dispone el Estado, de un 20 por ciento sobre la propiedad.

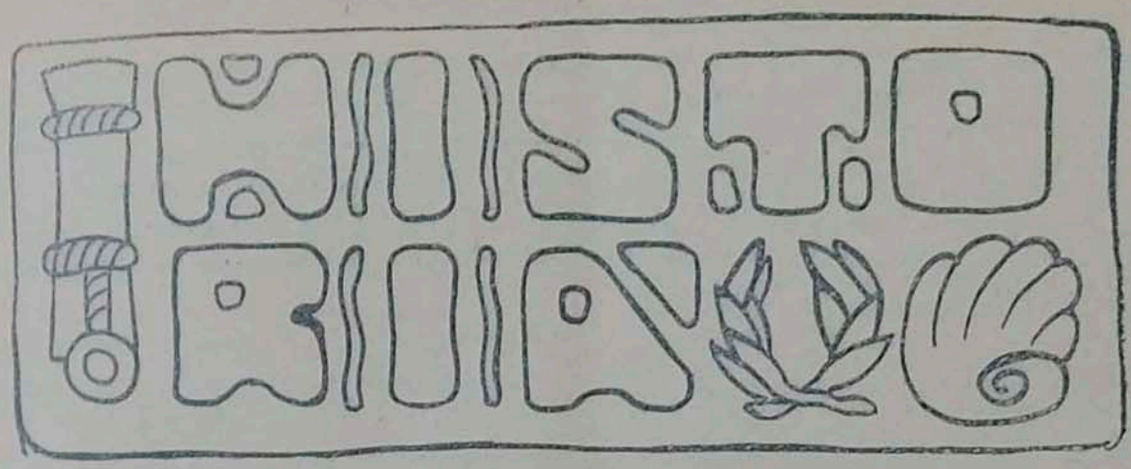
En Alemania han sido absolutamente necesarias estas medidas y tal vez lo lleguen a ser en el resto de Europa, aún en Inglaterra, donde los periódicos de finanzas y economías las discuten casi con obsesión. Pero después de Alemania, Francia es el país en situación más apremiante. El total de la deuda de Francia es de casi 100,000 millones de pesos mexicanos, tomando el franco al cambio normal, valor que por supuesto no tiene. De esta fuerte cifra puede restarse lo que Francia obtendrá de Alemania como indemnización. Pero lo más que Alemania pagará a Francia, sobre la

base del Convenio mencionado, será entre 12 y 30 mil millones de pesos; de modo que la deuda de Francia quedará en unos 80,000 millones de pesos. Para pagar el interés de esta deuda se necesitan 4,000 millones de pesos al año, suma que Francia no puede adquirir para ese fin con su sistema actual de impuestos. Sus ingresos nacionales no pasan de 20,000 millones de pesos al año y ni siquiera se intenta pagar de esa suma todos los intereses sobre la deuda; más bien, para hacerlo, Francia ha recurrido a nuevas deudas y recientemente realizó un empréstito de 200 millones de pesos en los Estados Unidos. En vista de esa dura realidad de los hechos, es difícil encontrar la manera de que podría servirse Francia para pagar sus deudas sin recurrir a la repudiación o a la confiscación parciales.

En el Convenio sobre las Reparaciones, los Aliados fijaron el valor de lo que llaman marco oro. Es ésta una unidad monetaria ficticia y arbitraria, más o menos equivalente al marco de antes de la guerra, cuyo valor se ha fijado en 15 marcos papel de la moneda alemana actual. Es decir, se convino en que para los efectos de pagos al extranjero y del comercio exterior, el valor del marco sería, arbitrariamente, 15 veces mayor que dentro de las fronteras alemanas.

En este precedente que han establecido los Aliados con respecto a su antigua enemiga, puede ser que ellos mismos encuentren la solución al problema que los agobia. Podrían establecerse el franco oro (Francia) y la lira oro (Italia), por ejemplo, para los efectos del comercio y deudas exteriores y fijar el cambio entre esta unidad y la moneda papel circulante dentro de los países respectivos. Así sin repudiar sus deudas internas abiertamente, y sin sufrir en el comercio exterior la desventaja de tener una moneda depreciada, podrían los gobiernos pagar a sus nacionales en moneda de poco valor. Esta es la solución que más se favorece en las discusiones actuales y la que aconsejan los economistas norteamericanos; pero, en efecto, equivaldría de todos modos a la repudiación de parte de la deuda interna y a la confiscación de parte del capital privado invertido en bonos del Estado.

Esa solución se hace más fácil de comprender si consideramos que, aun con la actual depreciación de la moneda europea, al expresar las deudas en esas monedas, no resultan tan grandes. La deuda de Francia, por ejemplo, que al cambio normal del franco asciende a 100,000 millones de pesos no es en realidad sino de 250,000 millones de francos que al cambio que rige, llegan apenas a unos 42,000 millones de pesos, o sea menos de la mitad de la cifra en pesos anterior. De manera que si los gobiernos francés e italiano pagan su deuda en moneda depreciada a la que se dé un valor oro arbitrario, quizás logren salir de sus dificultades.



HISTORIA UNIVERSAL

LOS HEBREOS

LA historia judía es materia de estudio particular en su relación con las Escrituras. De aquí que no sea necesaria una información detallada de este pueblo. Historia Sagrada Lo que resta por hacer consiste en unos cuantos puntos *generales* que se encuentran en contacto con la historia universal.

81. Los hebreos eran de raza semítica pura, de aquí que tuviesen parentesco con los fenicios, árabes y asirios. Según las Escrituras, el padre de este pueblo fué Abraham, quien, La Raza. en el siglo XX A. C., se trasladó de las llanuras de la Mesopotamia a Canaán, la *tierra prometida.*

82. La historia de Abraham, así como la de sus hijos y nietos, es simplemente la de una familia nómada; y no es sino hasta Períodos de la el tiempo de la salida de los hijos de Israel, de Egip- Historia Judía to, cuando empieza la historia nacional judía. Supónese que este acontecimiento tuvo lugar en 1320. El intervalo entre ese acontecimiento y el de la absorción de Judea por el Imperio Romano puede dividirse en cuatro períodos:

I. Desde el Exodo hasta el establecimiento de la monarquía, bajo Saúl, 1320-1095 A. C.

II. Desde el establecimiento de la monarquía hasta la separación de los dos reinos, 1095-975 A. C.

III. Desde la separación de los reinos hasta el cautiverio en Babilonia, 975-586 A. C.

IV. Desde el cautiverio en Babilonia hasta la absorción de Judea por Roma, 586-63 A. C.

83. Durante el primer período el gobierno hebreo fué una

teocracia (o gobierno de Dios), manifestándose la divinidad por medio del Sumo Sacerdote. Para la dirección de los

Primer Período

negocios hubo una sucesión de gobernantes y *Jueces*; éstos eran designados por revelación del cielo para el ejercicio de su ministerio y se les prestaba obediencia por común consentimiento, pero no reclamaban honores de realeza. El último de esta línea de gobernantes fué Saúl.

84. El segundo período de la historia judía incluyó la era de la monarquía unida y continuó durante tres reinados. El primero de los reyes fué Saúl, quien después de un reinado tormentoso de cuarenta años, fué sucedido por su yerno David. Este monarca, el más grande de los que llegaron a gobernar la nación, conquistó Jerusalén al poder de los Jebuseos convirtiéndola en la sede, tanto del gobierno nacional como de la religión. Por sus guerras, David extendió su dominio desde el Mar Rojo hasta el Eufrates y subyugó a los filisteos y a otras tribus sirias. Su hijo Salomón le sucedió en 1015 A. C.

Segundo Período

85. Bajo el reinado de Salomón (1015-975 A. C.) los israelitas llegaron a ser la raza superior en Siria y el estado judío se convirtió en una potencia imperial. En ese tiempo entabló relaciones con Egipto y con Fenicia. Salomón participaba de los beneficios del comercio sirio y se casó con la hija de un Faraón.

Reinado de Salomón

86. Inmediatamente después del reinado de Salomón sucedió se un tercer período, el de la decadencia. Tres de los estados sacudieron el yugo judío; se inició la desunión entre los mismos judíos y el poder imperial se fraccionó en dos pequeños reinos: el de Israel, que estableció su capital en Samaria y estaba integrado por diez de las doce tribus, y el de Judá (capital Jerusalén), constituído por las otras dos.

Período de Decadencia

87. El reino de Israel duró como 250 años. Fué dominado finalmente por Sargón, rey de Asiria, y las diez tribus fueron llevadas al cautiverio, en 721 A. C. El reino de Judá subsistió por más de un siglo después; pero Jerusalén fué capturada por Nabucodonosor, rey de Babilonia (586 A. C.); la población de Judá fué arrojada de su suelo patrio para consumirse en Babilonia, interrumpiéndose así la historia de los judíos por espacio de setenta años. Al triunfo de Ciro sobre Babilonia, se siguió un edicto, por medio del cual se restablecía a los judíos en su patria (536 A. C.).

Israel y Judá

88. El intervalo entre el retorno del cautiverio y la conquista de los Romanos forma el cuarto período de la historia judía. Durante este tiempo la nación pasó por muchas vicisitudes. Al principio formó una satrapía o provincia del Imperio Persa; luego, en 332 A. C., cayó bajo el dominio de

Cuarto Período

Alejandro el Grande, y más tarde, después de su muerte, fué gobernada por los Ptolomeos de Egipto. El idioma griego llegó entonces a ser común en Judea y la versión del Pentateuco de los Setenta fué redactada en ese idioma bajo la dirección de Ptolomeo Filadelfo. En el año 166 A. C. los judíos sacudieron el yugo extranjero y proclamaron su independencia nacional; pero un siglo después, Jerusalén fué capturada por el general romano Pompeyo (63 A. C.) y Judea vino a formar parte de una provincia romana de Siria. Los judíos no eran súbditos obedientes y se les aplicaban severos castigos. Por último, (en el año 70 A. C.) Jerusalén fué tomada de nuevo por Tito; después de un prolongado sitio, la ciudad fué arrasada hasta los cimientos y la nación llegó a dispersarse, como lo está todavía, por todos los países del mundo.

Moneda de Tito. *

89. Al compendiar la historia Hebrea, como conjunto, advertimos: 1. Que, en extensión geográfica, el estado judío no era sino un dominio limitado, ya que la totalidad del país tiene únicamente 150 millas de largo por un promedio de 50 millas de ancho. 2. Que, comparado con los grandes imperios orientales, con Asiria y Babilonia, Egipto y Persia, su importancia política era escasa. 3. Que el pueblo judío contribuyó poco a la civilización antigua desde los puntos de vista del arte, la ciencia o la política.

Resumen

90. La significación y la misión de la raza hebrea no estribaba

---

(*) Esta interesante moneda fué acuñada en el año 77 A. C. La cara de la moneda (el anverso) dibujada a mano izquierda, representa la cabeza de Tito coronada de laurel, con la inscripción T (itus) C A E S (ar) I M P (erator) A U G (usti) F (ilius) T R (ibunicia) P (otestate) C O (n) S (ul) V I (i. e. sextum) C E N S O R: es decir: Tito; César, Emperador, hijo de Augusto (i. e Vespasiano) con poder tribunicio, Cónsul por sexta vez, Censor. En la parte posterior de la moneda (o reverso) a mano derecha, está una figura de mujer, sentada bajo una palmera, detrás de la cual están un estandarte, yelmos, etc.; y de este lado está la inscripción I V D A E A C A P T A, i. e. **Judea ha sido tomada.**

en estas formas de actividad: la influencia que en el mundo se ha concedido a ese pueblo es de un orden enteramente distinto; a saber, el conjunto de verdades espirituales e ideas morales englobadas en formas sublimes por bardos y sabios. Estas obras, reverenciadas por nosotros como materia de la literatura del Antiguo Testamento, siguen siendo la posesión de toda la familia humana.

Misión de los Judíos

Resumen Cronológico

	A. C.
Migración de Abraham .....(aproximadamente)	1920
El Exodo	1320
Establecimiento de la Monarquía bajo Saúl.....	1095
Advenimiento de Salomón	1015
División del reino	975
Cautiverio de los israelitas	721
Captura de Jerusalén por Nabucodonosor. (Cautiverio en Babilonia).	586
Retorno de los judíos	536
Subyugación de Judea por Alejandro	332
Absorción por Roma	63

LOS FENICIOS

91. Fenicia era de los más importantes países del mundo antiguo, por lo que su pueblo es interesante para nosotros en la historia primitiva.

Interés de su Historia

El interés y la importancia de esta nación no proviene de la extensión de su territorio—ya que la Fenicia propiamente estaba comprendida, en su totalidad, en una mera faja de terreno, entre el Monte Líbano y el Mar Mediterráneo—sino por el hecho de que los fenicios mantuvieron un alto lugar en la historia de la civilización.

92. Los fenicios fueron el pueblo primitivo más comercial y colonizador de las costas del Mar Mediterráneo. Precedieron a los griegos, quienes posteriormente llegaron a ser sus grandes rivales en el comercio y en el establecimiento de colonias. No fué sino hasta el año de 1000 A. C. cuando los griegos empezaron a ocupar las islas del Mar Egeo y las costas del Asia Menor y cuando comenzaron a diseminarse del continente a las islas, encontraron a los fenicios establecidos allí.

Traficantes y Colonizadores

93. Probablemente desde principios del siglo IX A. C., los em

prendedores fenicios habían fundado en la costa norte de Africa la Colonia de Cartago, que llegó a ser la más famosa de las colonias fenicias y la cual, quinientos o seiscientos años después de esto, guiada por el genio militar de Aníbal, se aventuró a contender con la poderosa fuerza de la República Romana.

Cartago

94. Los fenicios habían avanzado mucho más. Se habían abierto paso más allá del punto que los griegos llamaron las *Columnas de Hércules,* esto es, el Estrecho de Gibraltar; habían navegado desde el Mar Mediterráneo hacia el Océano Atlántico. Fundaron la ciudad de *Gades* (hoy Cádiz). Navegando por el Atlántico sus mercaderes se dirigieron a las partes meridionales de las Islas Británicas, para conseguir estaño de Cornwall.

Colonización

En los mares orientales los fenicios habían fundado establecimientos en los Golfos de Arabia y de Persia, desde donde hacían el comercio con la India y Ceylán y con las costas de Africa. Así vemos que los fenicios eran navegantes, mercaderes y fundadores de colonias, muchos siglos antes de que los griegos llegaran a hacerse notar en el mundo.

95. Los fenicios, como fundadores de colonias, adquirieron una influencia importante en el progreso de la civilización, así como de la libertad política; por lo tanto, debemos tratar de comprender cómo se logró esto. Las colonias son fundadas por naciones comerciales con objeto de asegurarse un comercio lucrativo, estableciendo un mercado para la producción manufacturada en el país y un tráfico de transportes para sus mercaderes y marinos. Este es el *motivo;* y vemos que contrasta notablemente con la causa que conduce a las naciones despóticas a formar establecimientos militares, lo que no es sino mera codicia de conquista, por razón de conquista. Se requiere que las Colonias fundadas por estados comerciales sean florecientes, con objeto de que la nación tenga relaciones ventajosas con ellas. Un país, conocedor de esto, deja a las colonias bajo la dirección de personas avezadas en la ciencia política, que sepan el modo de adaptar las instituciones del gobierno nativo al actual estado de negocios en la nueva colonia; de aquí que generalmente acontezca que la libertad civil se desenvuelva con más rapidez en las colonias comerciales que en la misma matriz.

Influencia de las Colonias

96. Los antiguos fenicios fueron los inventores del primer *alfabeto* perfecto; este es un hecho muy interesante y significativo porque, considerando bien las cosas, el arte de la escritura alfabética es probablemente la más importante invención hecha, en todo caso, por el hombre. Hemos visto que los egipcios desarrollaron el germen del alfabeto; pero la escritura egipcia era *fonética* tan sólo en parte: de aquí que el alfabeto jeroglí-

Alfabeto

fico fuese muy incómodo, consistente de varios centenares de caracte
res, sin que hubiera ningún sonido de signo fijo e invariable para
representarlo. Los caracteres *cuneiformes*, en forma de prismas
triangulares o de extremos de flecha, de los babilonios y asirios,
no eran verdaderamente fonéticos, sino que representaban, de una
manera general, más bien *sílabas* que sonidos.

Estaba reservada a los fenicios la adopción del artificio aparen-
temente sencillo, aunque ingenioso y bello, de determinar los pocos
sonidos elementales del lenguaje y de apropiar un carácter distin-
tivo para representar cada sonido. No es conocido con precisión el
período de la invención.

97. Los griegos son deudores del alfabeto a los fenicios; los
romanos adoptaron el alfabeto griego con algunas variantes. El
alfabeto griego es la base de nuestro moderno alfa-
Cadmus beto. Los griegos mismos ignoraban la manera precisa
de obtener el alfabeto de los fenicios. La relación que dan es que
*Cadmus introdujo, de Fenicia a Grecia, dieciseis letras, en vista de
lo cual Palamedes, en la época de la guerra de Troya, añadió cua-
tro más y después Simónides añadió otras cuatro.* * Los eru-
ditos modernos han probado que *Cadmus* es un nombre fabuloso
que significa *el Oriente.* Sin embargo, es enteramente cierto que
los griegos *derivaron* su alfabeto de Fenicia.

98. El origen de la nación fenicia se pierde en la obscuridad
que oculta la historia primitiva. Es sabido que, como los hebreos,
Origen de los Fenicios era de origen semítico puro. Hay razones para supo-
ner que los fenicios fuesen emigrantes de Caldea y
como consta en las Escrituras Hebraicas que Abraham vino de
Ur de los Caldeos, podemos inferir que la Mesopotamia Meridional
fué el asiento nativo de los semitas. Cuando la rama fenicia de los
semitas llegó a sus nuevos lares, en las playas del Mediterráneo
encontraron una población aborigen de Canaanitas, a la cual sub-
yugaron, lo mismo que los judíos hicieron en Judea. También sa-
bemos que los gobernantes y pueblos fenicio y judío estaban rela-
cionados con ligas de amistad. Hiram, rey de Tiro, fué amigo de
David y de Salomón.

99. La Fenicia consistía en varios estados independientes, sien-
do, en realidad, cada ciudad un estado aparte, bajo su propio rey;
Idiosincrasia de la Nación y tan sólo en épocas de peligro se unían ocasional-
mente bajo la dirección del más poderoso. Las prin-
cipales ciudades de Fenicia eran propiamente Sidón y Tiro. De
éstas, Sidón era la más antigua. Anteriormente, como en 1050 A.
C., cuando Tiro llegó a predominar, era la más floreciente de las
comunidades fenicias. Entonces, (en 1050 A. C.) se transfirió el
poder a Tiro.

---

* Plinio.

100. Se describe el comercio de Tiro como muy extenso en esa época. Sus barcos de vela se dirigían a Tarshish (el sur de España) y buscaban el oro de Ofir a lo largo de la costa oriental de Africa. Fenicia crecía en riqueza por sus exportaciones; las principales eran los bordados y los vasos de Sidón, así como la púrpura de Tiro, un tinte producido por dos mariscos, que dió un alto valor a los materiales tejidos en los telares tirios. Los fenicios eran también diestros en el arte metalúrgico y sus bronces, sus vajillas de oro y plata y otros trabajos manufacturados con el metal lograron adquirir alta reputación.

Comercio de Tiro

101. La fenicia estuvo sucesivamente sometida a Asiria, en el siglo IX A. C.; a Babilonia, bajo Nabucodonosor, a fines del siglo VII; a los Persas, bajo el reinado de Cambises, al finalizar el siglo VI; y a los griegos, bajo Alejandro el Grande, en el siglo IV A. C. En época muy posterior fué absorbida por el dominio universal de Roma. (63 A. C.)

Revuluciones Políticas

102. El período más grande de la historia fenicia fué durante los quinientos años comprendidos desde el siglo XI hasta el VI A. C. En tanto que iba acrecentándose el poder de los griegos y que iba aumentando la importancia de Cartago, el comercio marítimo de Fenicia llegó a deprimirse en un grado considerable. Sin embargo, continuó conservando un gran tráfico de caravanas con el interior del Asia, *vía* Babilonia. La fundación de Alejandría como puerto de mar debe haber perjudicado al comercio de Fenicia. Además, no fué sino hasta las Edades Medias cuando su luz se eclipsó y llegó a convertirse en un *lugar para secar las redes.*

Vista General

103. La historia de Fenicia se aprovecha para conmemorarla paralelamente a la de las naciones griega y latina, puesto que los fenicios fueron los únicos, entre los pueblos asiáticos, que llegaron a ser *difundidores de civilización.*

Papel de los Fenicios

Deberíamos advertir, sin embargo, que su desenvolvimiento fué unilateral. Así, sus concepciones religiosas eran rudas e incultas, siendo esto un hecho digno de llamar la atención, cuando consideramos su parentesco con los hebreos. En ilustración y en producciones artísticas estaban muy retrasados respecto de los babilonios; de tal manera que, en asuntos intelectuales, parecen haber sido adaptadores más bien que creadores. Además, al contrario de griegos y latinos, los fenicios parecen haberse libertado del genuino instinto político: la libertad no tuvo encanto para ellos y no la desearon después de la dominación. *Moran exentos de cuidado* —dice el Libro de los Jueces— *a la manera de los sidonios quietos y seguros.*

TEMAS DIVERSOS

SÓCRATES

EL filósofo Sócrates nació en Atenas, en 469 antes de Jesucristo, y murió en la misma ciudad, en el año 401, 400 o 399 antes de la era cristiana. Fué hijo del escultor Sofronisco y de la partera Fenareta, ambos de condición libre y de mediana fortuna. La historia nada dice de la infancia ni de la juventud de Sócrates. Este, según parece, aprendió el arte de su padre, arte que le dió medios de subsistencia cuando, muerto Sofronisco, perdió Sócrates, por culpa de un pariente, la modesta herencia paterna. Luego, al decir de varios biógrafos, por los consejos y las riquezas de su discípulo Critón, pudo dejar la escultura y dedicarse a sus estudios favoritos; pero todas estas tradiciones son muy inciertas, como también las que se refieren a su aprendizaje filosófico, haciendo figurar entre sus maestros a Parménides, Anaxágoras, Arquelao, Teodoro de Cirene, Damón y otros. Es, sin embargo, innegable que Sócrates, dotado de un espíritu investigador, estudió todas las ciencias de su tiempo antes de señalar una nueva dirección a las inteligencias.

Cuando educó la suya en Atenas, predominaban los sofistas, siendo por tanto muy probable que entre éstos hallase sus primeros maestros y que en su juventud profesara también la doctrina sofista, que tanto combatió más tarde. Aceptando esta opinión algunos críticos modernos la ven confirmada en *Las nubes*, comedia de Aristófanes que ridiculiza al filósofo y que apareció veinticuatro años antes del proceso de Sócrates. Si en la edad madura el inmortal filósofo llegó a ser su propio maestro, según la frase de Jenofonte, no es menos cierto que de sus relaciones con los sofistas conservó siempre una forma de argumentación con frecuencia capciosa.

Los críticos modernos sustentan la creencia de que Sócrates comenzó su educación filosófica por las especulaciones de los físicos, dando a esta palabra la acepción de aquellos tiempos, y que la continuó oyendo a los sofistas; pero que, con el transcurso de los

años, reconoció que la verdad no se hallaba en unos ni en otros. Entonces, agregan, leyó y meditó las sentencias y máximas de los sabios antiguos, y en estos tesoros de experiencia práctica halló una tradición que quiso continuar. De una frase de dichos sabios: *Conócete a tí mismo,* hizo el comienzo y fin de la filosofía que enseñó. Aún después de haber adoptado una dirección nueva, conservó Sócrates algo de sus primeros maestros: de Anaxágoras la noción de inteligencia ordenadora, que supo desarrollar y fecundar maravillosamente; de los sofistas el hábito de volver el pensamiento sobre sí mismo, no para dudar como aquéllos, sino para buscar el tipo del ser como fundamento de toda investigación.

Hallado el camino de que no debía apartarse, dedicó su vida a la polémica y a la enseñanza, no descubriendo generalmente sus opiniones más que por la negación de las de sus adversarios. Enseñaba a la vista de todos y no en el secreto de una escuela. La plaza pública, los gimnasios, los pórticos, las tiendas de los artesanos, cualquier sitio era bueno para Sócrates, con tal de que hubiera hombres de buena voluntad que desearan ilustrarse, que estuvieran dispuestos a conversar con él, a responder a sus preguntas, a buscar y exponer la verdad. Iba de un lado a otro sin salir nunca de Atenas, pues nadie amó menos que Sócrates los viajes, y se detenía con cuantos hallaba al paso, prefiriendo a los jóvenes de talento. Con los poetas y artistas hablaba de poesía, de pintura y de escultura, discutiendo con ellos las reglas y principios de su arte; con los políticos trataba de las dotes necesarias a los gobernantes, y del fundamento de las leyes, de los recursos y necesidades del Estado; a los padres de familia les recordaba la economía doméstica, les decía el modo de arreglar su casa y de tratar a los esclavos; a los hijos les expònía sus deberes para con sus padres y hermanos, y a todos les hablaba del Dios que ha dispuesto el mundo con tanto orden y sabiduría. No perdonaba a los sofistas ni a los demagogos. Con aire bonachón y sonriente, con sencillez afectada, pretextando el deseo de hacerse discípulo de aquellos y de aprender de su boca maravillosos secretos, les interrogaba con instancia, suplicándoles que dejaran satisfecha su curiosidad, y luego, de consecuencia en consecuencia, los hacía caer en absurdos manifiestos que los dejaban confundidos ante un auditorio en un principio suspenso de los labios de aquellos sofistas, y a la postre desencantado.

Esta polémica de escaramuzas y emboscadas, de las que salía siempre vencedor, atrajo sobre la cabeza de Sócrates odios implacables. No se cuidaba de ellos el maestro, que diariamente procuraba el despertar de las almas y la mejora de las costumbres, haciendo la guerra a los prejuicios y a los vicios, poco atento en general a las teorías sobre el bien que le asigna Platón, buscando siempre, por el contrario, las aplicaciones, acomodando sus leccio-

nes a las circunstancias y a los caracteres, aclarando y fortificando sus preceptos con ejemplos, y dándoles autoridad con el espectáculo de una vida que nada ocultaba, que todos conocían.

Por Platón sabemos los efectos admirables que la palabra de Sócrates producía. Con los que hallaba atrincherados en sus afirmaciones, infatuados y orgullosos de su saber, se hacía humilde e ignorante, fingía una admiración y una curiosidad candorosa y solicitaba la gracia de recibir sus lecciones y de ser iniciado en los misterios de sus conocimientos. Comenzaban aquéllos a discurrir y les detenía como si temiera ser deslumbrado por su elocuencia y no poder seguirlos en su vuelo. Rogábales que respondieran solamente a un corto número de preguntas sencillas, y comenzaba sus interrogatorios precisos y llenos de ardides, por medio de los cuales les obligaba a reconocer, finalmente, que sus ideas eran confusas, obscuras, que estaban mal digeridas, o que eran completamente falsas. Esto es lo que se ha llamado la *ironía de Sócrates*.

Después de haber aturdido por tal medio a sus adversarios, habiendo arrancado de su espíritu todos los prejuicios, Sócrates arrojaba a manos llenas las buenas semillas, o mejor, hacía que germinasen y fructificasen en las almas así purificadas. Proponiendo nuevas cuestiones, hábilmente desarrolladas, y aclarándolas con ejemplos comunes, hacía surgir poco a poco ideas sanas y justas sacadas una a una de los espíritus de sus oyentes, sin que pareciese que el trabajo del maestro era otro que el de ayudarles en aquel alumbramiento. Sócrates decía, recordando el oficio de su madre que aquel método era el *arte de partear los espíritus*. Al convertirse en instructor de almas, creía cumplir una misión sagrada. Platón pone en su boca estas palabras: "Obro del modo que veis para cumplir la orden que Dios me ha dado por la voz de los oráculos, por la de los sueños y por todos los otros medios empleados por una potencia celeste para comunicar su voluntad a un mortal."

Siendo innegable el buen sentido de Sócrates, acreditado por el hecho de basar el comienzo de la sabiduría en el conocimiento de sí mismo, y en el no menos fehaciente de probar que la antigua filosofía se perdía en vagas especulaciones, y que los sofistas, por sus negaciones, degradaban la inteligencia y dejaban vacía el alma, se ha discutido, sin embargo, en la antigüedad, como en los tiempos modernos, lo que fuera el *demonio* o *espíritu familiar* de Sócrates. Se ha llegado a decir que el gran reformador de la filosofía griega fué un apóstol, modelo de la más pura virtud, pero también un alucinado, un visionario. Al efecto, se recuerdan hechos singulares de la vida del inmortal maestro. En el sitio de Potidea, Sócrates, durante veinticuatro horas, permaneció en pie, inmóvil y como en éxtasis, a pesar del tumulto del campo, sin que nada pudiera sacarlo de su meditación solitaria. Habiendo ido a comer a casa de

Agatón, se detuvo repentinamente a la entrada y quedó largo tiempo abstraído en una especie de contemplación interior. Sin cesar hablaba de una *voz divina* que sólo él oía y que le apartaba de lo malo; de un *genio*, de un *demonio*, espíritu semejante al Angel de la Guarda de los cristianos, que le hacía advertencias que el filósofo aprovechaba para sí mismo y para los demás. Todo ello no es suficiente para calificar de loco a Sócrates. Consultado acerca de éste el oráculo de Delfos, la pitonisa respondió que era el más sabio de los hombres. Sorprendido por tal respuesta, fué Sócrates, según cuenta Platón, buscando a los que gozaban de mayor fama, con el propósito de desmentir al oráculo; mas pronto se convenció de que los más célebres estaban más lejos de la sabiduría, y si es cierto el relato de Platón, hubo de decir: "Atenienses, la verdad es que el único sabio es Apolo, el cual por su oráculo ha querido declarar solamente que toda la sabiduría humana no vale gran cosa, o que no vale nada; y es evidente que el oráculo no habla de mí sino que se sirve de mi nombre como de un ejemplo, y como si quisiera decir a todos los hombres: "El más sabio de vosotros es el que, como Sócrates, reconoce que su sabiduría no es nada.'"

El incansable discutidor iba así por todas partes confundiendo las necias pretensiones de la vanidad pedante, censurando a los ambiciosos, a los falsos sabios, a los malos poetas y a los malos oradores, prodigando saludables consejos y buenos ejemplos, y afirmando que la mejor manera de servir al Estado era corregir las costumbres, ilustrar las almas y preparar servidores útiles.

Aunque se mantuvo alejado de los negocios públicos, no ocultó su disgusto por los excesos de la democracia ateniense. En el sitio de Potidea figuró como simple soldado, dando ejemplo de bravura, de templanza, y salvando a Alcibíades herido. Igual intrepidez, continencia y serenidad mostró en Delium, especialmente en el desorden de una retirada, en la que se ha dicho que salvó la vida de Jenofonte, caído de su caballo. También en Anfípolis dió muestras de valor. Si es dudoso que se considerase *ciudadano del mundo*, título que no conviene a un ateniense contemporáneo de Pericles, pero que le atribuye Cicerón, consta a lo menos que honró a su patria en el ejército. Más tarde la suerte le designó para ser *prítane* o magistrado. Ejercía estas funciones cuando se discutió la conducta de los diez generales vencedores en las Arginusas (408 antes de Cristo) acusados por no haber dado sepultura a los muertos. La voz unánime del pueblo reclamaba una condena, y el Senado quería ceder a los clamores populacheros; pero Sócrates, pagando tributo a la justicia, votó en contra, no obstante las amenazas y los gritos de la multitud. Cuatro años más tarde, dominada su patria por los treinta Tiranos, el filósofo, que nunca había adulado al pueblo, no supo callar ante el despotismo. Censuró a los gobernantes.

y por ello Critias y Caricles, los dos *nomotetas*, le prohibieron enseñar a la juventud y le amenazaron, todo lo cual no le hizo variar de conducta. Otro día le ordenaron que con cuatro ciudadanos más marchase a Salamina en busca de León el Salaminiano, cuya muerte deseaban. Sócrates se negó, prefiriendo la pérdida de la vida a la realización de una injusticia. "No es dudoso que mi muerte hubiese seguido a mi desobediencia" dijo Sócrates, según cuenta Platón, "a no ser abolido poco después el gobierno de los Treinta."

Eran muchos los enemigos de Sócrates. Los demagogos le reprochaban el haber atacado la institución más popular: la designación de magistrados por la suerte; los amigos de la democracia recordaban que Alcibíades, traidor a su patria, y Critias, el más cruel de los Tiranos, habían recibido un tiempo sus lecciones; los sacerdotes y los devotos le tachaban de incrédulo e impío; los retóricos, los poetas y los artistas no le perdonaban sus censuras. Melito, Licón y Anito recogieron estas quejas e intentaron la acusación, cuyo texto decía: "Melito, hijo de Melito, del barrio de Pitos, acusa bajo la fe de juramento, a Sócrates, hijo de Sofronisco, del barrio de Alopece. Sócrates es culpable porque no reconoce a los dioses de la República, y pone en su lugar extravagancias demoniacas. Es culpable porque corrompe a los jóvenes. Pena, la muerte." Esta acusación se hizo en uno de los años 400 ó 399 antes de Cristo. El caso no era nuevo. Anaxágoras, Esquilo, Diágoras, Protágoras, Pródico y otros pasaron por situación semejante. Algunos se salvaron huyendo; pero Sócrates se negó a hacerlo y a toda defensa, diciendo a un amigo, Critón, que le aconsejaba lo contrario: "¿No ves en lo que me he ocupado toda la vida? Jamás he cometido una injusticia. Este es, a mi juicio, mi más hermosa apología."

En el proceso intervinieron los *heliastas*. Los jueces de este tribunal, elegidos por la suerte, eran casi todos hombres del pueblo, susceptibles, dados a la ira, más acostumbrados a oír los humildes ruegos de los acusados que a sufrir con paciencia sus lecciones. Sócrates compareció ante ellos con sus discípulos. Lisias, el mejor orador de su tiempo, compuso para él una brillante defensa. El filósofo la rechazó y se defendió por sí mismo con la noble altivez del hombre de conciencia pura, fuerte en el sentimiento de su inocencia. Expresábase no como un acusado o como un culpable, ni suplicando, sino como el maestro y juez de sus propios jueces. La defensa propiamente dicha, tal como aparece en Platón y Jenofonte, es débil. Acusado de no creer en los dioses del Estado, Sócrates respondió que era piadoso, que reconocía la existencia de la Divinidad, a la que veía presente en todas partes, en el alma humana y en la naturaleza; pero esto no era afirmar la existencia de

los dioses en que creían los griegos, antes bien, parecía referirse a un Dios nuevo, al Dios de la conciencia, al Dios desconocido del que San Pablo habló más tarde a los mismos atenienses. Nunca atacó Sócrates de frente a los dioses del Estado; mas su silencio y su reserva a propósito de la religión oficial no eran una adhesión. Creía en los demonios o espíritus intermediarios, pero como divinidades inferiores y subalternas, guardianas y consejeras de la vida de los mortales, lo cual era introducir una novedad en la religión, o mejor, para los jueces equivalía a declararse culpable de impiedad.

Los jueces eran en número de quinientos cincuenta y nueve Una mayoría de seis votos afirmó la culpabilidad del acusado. Faltaba fijar la pena. Melito proponía la muerte. El acusado tenía derecho, ya declarado culpable, a indicar la pena a que se creía acreedor y el jurado elegía entre ésta y la pedida por la acusación. Sócrates, ejercitando su citado derecho, trazó el cuadro de su vida, y terminó pidiendo, no el castigo, sino una recompensa, la de ser alimentado en el Pritáneo, hotel de los magistrados. En vano para complacer a sus amigos, a la vez que para cumplir con la ley y destruir el efecto de sus anteriores palabras, se condenó en seguida a una fuerte multa. Los jueces, aceptando la pena propuesta por la acusación, pronunciaron sentencia de muerte.

Sublimes son las últimas palabras que Sócrates ya condenado, dirigió a sus jueces: "Cuando mis hijos sean mayores, si los veis buscar las riquezas u otra cosa distinta de la virtud, castigadlos con los tormentos que yo os he aplicado; y si creen ser algo, aunque no sean nada, hacedlos avergonzarse de su apatía y de su presunción. Tal ha sido mi conducta con vosotros. Si obráis de este modo, mis hijos y yo sólo tendremos motivos de alabanza para vuestra justicia. Pero llegó el tiempo de separarnos: yo para morir, para vivir vosotros. ¿Quién sale más ganancioso? Sólo Dios lo sabe."

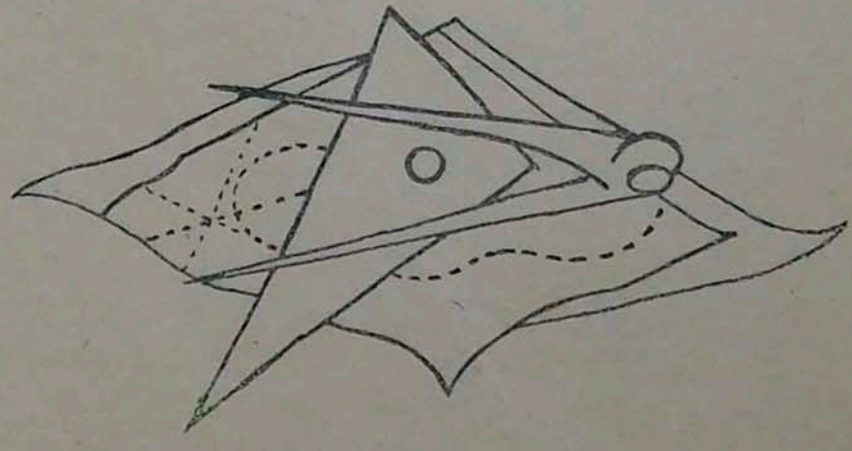
La víspera del día en que Sócrates fué juzgado, el sacerdote de Apolo había coronado la popa de la galera que llevaba a Delos las piadosas ofrendas de los atenienses; y como la ley prohibía ejecutar ninguna sentencia de muerte antes del regreso de la galera, hubo de permanecer Sócrates en la prisión un mes, rodeado de su mujer, de sus tres hijos y de sus amigos, sin perder la calma, con serenidad admirable, hablando con todos, animándolos y dándoles consejos. Su viejo amigo Critón le propuso la fuga a Tesalia, para la que todo estaba preparado. Sócrates no la aceptó, obedeciendo, según máxima que solía repetir, a la ley injusta, como a un padre poco razonable. Uno de sus discípulos, Apolodoro, o la mujer del reo al decir de otros, manifestó al filósofo su indignación contra la iniquidad de un juicio que le arrebataba del mundo de los vivos. Sócrates, con suave sonrisa, le respondió: "¿Preferirías verme mo-

rir culpable?" En el último día de su existencia habló a sus amigos de la esperanza que tenía de hallar en otro mundo hombres mejores, dioses justos y buenos. Luego, tranquilo y risueño, sin énfasis teatral, consolando a sus amigos (Critón, Platón, Apolodoro) que gemían, y al carcelero que lloraba, bebió el veneno, no sin hacer que antes se alejasen las mujeres. Bebida la cicuta, aún conversó algún tiempo Sócrates con sus amigos. Nada más conmovedor y más patético que el relato de los últimos momentos del gran maestro escrito por Platón.

Célebre es también la mujer de Sócrates, llamada Xantipa, cuya memoria va unida a no pocas falsas anécdotas, si bien parece indudable que aquélla no era un modelo de dulzura, y que el filósofo en su propia casa vió puesta a prueba su paciencia. Xantipa le dió cinco hijos: el mayor y otro, murieron antes que el padre, a quien sobrevivieron otros tres varones, uno de los cuales había pasado de la niñez.

Sócrates no dejó obra escrita y sus enseñanzas han llegado hasta nosotros en las obras de Jenofonte y de Platón. La posteridad adoptó y respetó el magnífico testimonio de estos apologistas. Los doctores cristianos de los primeros tiempos, de ordinario poco tolerantes con los hombres y cosas del paganismo, se inclinaron todos con cariño ante la memoria de Sócrates, a quien se recuerda naturalmente cuando se busca el tipo de la virtud. San Justino llegó a decir que Sócrates era cristiano, que había conocido a Cristo en parte; Erasmo escribió esta frase: *Sancte Socrates, ora pro nobis* y Montaigne declaró que el alma de Sócrates era la más perfecta de que había tenido noticia, y que dudaba que hubiese otra semejante.

Raro es el museo de antigüedades que no posea algún busto de Sócrates. Tenía los ojos saltones, la nariz chata, los labios gruesos, era calvo y ha venido a ser un tipo proverbial de fealdad física como su alma lo es de belleza espiritual.



CRITÓN O EL DEBER DEL CIUDADANO

DIÁLOGO DE PLATÓN

SOCRATES.—¿Cómo por aquí a estas horas? ¿No es aún muy temprano?

Critón.—Sí

Sócrates.—¿Qué hora será?

Critón.—Apenas apunta el alba.

Sócrates.—Me extraña que el carcelero te haya dejado pasar.

Critón.—Es ya conocido mío, con las veces que vengo aquí, y además me debe algún favor.

Sócrates.—¿Y llegas ahora o hace rato que llegaste?

Critón.—Hace ya buen rato.

Sócrates.—¿Cómo no me has despertado antes en lugar de estarte ahí sin decir nada?

Critón.—No, por Jove. Yo, en tan triste situación, no querría que me despertaran. Hace tiempo que estaba admirando la dulzura y tranquilidad de tu sueño, y no he querido despertarte, para dejarte que goces en paz de una calma tan profunda. Ya otras muchas veces durante tu vida te he admirado por tu carácter, pero mucho más ahora en medio de tu desgracia, reparando qué fácilmente y con qué mansedumbre la soportas.

Sócrates.—Es que sería impropio, mi buen Critón, que a mi edad me quejase de que haya de morir.

Critón.—Otros a tu edad se quejan, Sócrates, y se irritan contra su suerte cuando se encuentran así sin que se lo impida la vejez.

Sócrates.—Así será, Critón. Pero ¿qué es lo que te trae tan de mañana?

Critón.—Es que vengo a darte una triste noticia; triste, no para tí, por lo que veo, sino para todos tus amigos y más para mí. Una noticia abrumadora.

Sócrates.—¿Cuál? ¿Será que ha llegado de Delos la nave, a cuyo regreso he de morir?

Critón.—No, todavía no; pero parece que debe llegar hoy, según dicen algunas personas que vienen de Sunio y que la dejaron allí. Luego es indudable que llegará hoy, y mañana, Sócrates, será el último día de tu vida.

Sócrates.—Pues enhorabuena, Critón. Si tal es la voluntad de los dioses, cúmplase. Pero creo que habrá una demora de un día.

Critón.—¿En qué te fundas?

Sócrates.—Te diré. Yo debo morir al otro día del regreso de la nave.

Critón.—Así lo dicen las autoridades.

Sócrates.—Pues bien, no creo que llegue hoy sino mañana, y creo que mañana, por un sueño que he tenido esta noche, o más bien ahora mismo cuando afortunadamente me dejaste seguir durmiendo.

Critón.—¿Pues qué sueño ha sido?

Sócrates.—Pareciame que una bella mujer, esbelta y vestida de blanco, acercándose a mí, me llamaba diciéndome: "Dentro de tres días llegarás a la fértil Phtía."

Critón.—¡Qué sueño más extraño!

Sócrates.—Su sentido me parece clarísimo, Critón.

Critón.—Demasiado, sí. Pero, mi querido Sócrates, te lo vuelvo a decir: sigue mis consejos, y escápate; que si tú mueres no será una sola mi desgracia, sino que aparte de verme privado de un amigo tal como no encontraré otro jamás, las gentes, que no nos conocen bien ni a tí ni a mí, van a creer que pudiendo salvarte con un poco de dinero, no lo hice. ¿Y qué nota hay más vergonzosa para uno que la de ser tenido por hombre que estima más el dinero que la vida de un amigo? Porque la gente no podrá creer que eres tú quien no quiso salir de aquí a pesar de nuestras instancias.

Sócrates.—¿Y por qué, mi caro Critón, apurarse de ese modo por la opinión del vulgo? Las personas sensatas, que son las que más bien nos deben importar, juzgarán que todo pasó como es debido.

Critón.—Sin embargo, bien ves, Sócrates, que hay que cuidarse también de la opinión del vulgo. Lo que ahora está pasando, el que tengas que morir, muestra claramente hasta dónde puede llegar ese vulgo, el mal que puede hacer al hombre perseguido por la calumnia.

Sócrates.—¡Ojalá fuese capaz de hacer los mayores males, si en cambio pudiese, asimismo, hacer los mayores bienes! Sería una gran cosa, Critón. Mas no puede ni lo uno ni lo otro; porque no depende del vulgo el hacer a los hombres prudentes o insensatos. El vulgo obra al azar.

Critón.—Bien, sea. Pero dime, Sócrates: ¿es por nosotros por quien te apuras? ¿temes que si escapas de la cárcel nos delaten por haberte sacado de aquí y tengamos que perder toda la fortuna, o cuantiosas riquezas, o nos pase algo peor? Si es eso lo que temes, tranquilízate. Justo es que corramos este riesgo, si es necesario, u otro mayor, por salvarte. Conque hazme caso, Sócrates.

Sócrates.—Siento esos temores que me dices, sí, y otros muchos.

Critón.—Pues deséchalos: lo uno porque no es mucho el dinero que piden por sacarte de aquí, y lo otro porque a los delatores se les compra por poco. Mi fortuna está a tu disposición y creo que bastará. Además, si por consideración a mí, no quieres que sacrifique todo mi capital, hay extranjeros en Atenas que están dispuestos a sacrificar los suyos. Uno de ellos, el tebano Simmias, ha traído con esta intención, todo el dinero necesario. Cebes se halla también dispuesto y lo mismo otros muchos. De manera que, ya te digo, por ese temor no renuncies a salvarte, no te desanimes Cuanto a aquello que decías ante el tribunal de que no sabrías qué hacer de tu vida saliendo desterrado, no hagas caso. Dondequiera que vayas te querrán bien. Si quieres ir a Tesalia allí tengo yo amigos que sabrán apreciarte y que velarán por tí de modo que no tendrás nada que temer de parte de los tesalienses.

Además, Sócrates, no me parece bien en tí el que quieras entregarte tú mismo, cuando puedes hacer que nosotros te salvemos. Con eso secundas los propósitos de tus enemigos; conspiras con ellos por tu perdición. Me parece también que traicionas a tus propios hijos, que los abandonas a la suerte y a todas las desdichas de los huérfanos; cuando es así que pudieras criarlos y educarlos. Porque, una de dos, o no tener hijos, o criarlos y darles la educación debida, compartiendo su destino, pero tú me parece que eliges lo más cómodo. Y el que se precia de haber cultivado siempre la virtud tiene que elegir lo que eligiría un hombre de corazón y de ánimo. Así es que me da vergüenza por tí y por nosotros que somos tus amigos, temiendo no se vaya a creer que en todo este proceso ha habido de nuestro lado cierta cobardía: el haberse llevado la acusación al tribunal, cosa que hubiera podido evitarse, esto es lo primero; luego la misma manera de celebrarse el juicio; y ahora tu negativa a escaparte que constituye el desenlace ridículo del drama. Sí, temo que se nos acuse de debilidad y de cobardía, a nosotros por no haberte salvado y a tí por no haber consentido en ello, siendo tan fácil la fuga, a poco que hubiésemos querido ayudarnos unos y otros. Conque, medítalo bien, Sócrates, no ocurra que a la vez que una desgracia, sea también una deshonra para tí y para nosotros. Decídete; no hay tiempo de andar deliberando; mejor que tomar una resolución, es haberla tomado ya; y no hay otra que huir. Es preciso hacerlo todo a la noche. Después será imposible. Habremos dejado escapar la ocasión. Por cuanto hay. Sócrates, atiéndeme y haz lo que te digo.

Sócrates.—Laudable es tu celo, mi querido Critón, si va de acuerdo con la rectitud; pero si no, cuanto más ardiente será más enfadoso. Luego hay que examinar si eso que me propones debe

hacerse o si el deber me lo prohibe; porque no sólo ahora no cedo, pero ni nunca he cedido en lo que concierne a otra razón que la que, reflexionando, me pareció más justa. (*) Los principios que profesé toda mi vida no me es dado abandonarlos hoy porque mi situación haya cambiado; los sigo mirando con los mismos ojos, les sigo teniendo el mismo respeto y veneración que antes; y si no hay mejores, ten por seguro que no cederé ahora tocante a lo que me propones, aun cuando la multitud, para espantarme como a un niño, me presente imágenes aún más terribles que la confiscación, las cadenas y la muerte. ¿Cómo, pues, examinaremos esto lo mejor posible? Volviendo a lo que decíamos ahora poco sobre las opiniones y viendo si siempre, en toda ocasión, está bien dicho que hay opiniones que debemos tomar en cuenta y otras que no nos deben importar; o si sólo estaba bien dicho esto antes de mi condena, mientras que ahora se ve que hablábamos así, hablar por hablar, por diversión. Lo que yo quiero examinar contigo, Critón, es si los principios que antes sustentábamos, cambian ahora que es otra mi situación, o si siguen siendo los mismos; si hemos de dejarlos o de ajustarnos a ellos. Me parece que hemos dicho muchas veces, y en serio, lo que yo decía hace un instante, a saber, que entre las opiniones de los hombres las hay que deben importarnos y otras que no merecen ninguna consideración. Critón, por todos los dioses, ¿no crees que eso está bien dicho? Y pues tú, según todas las apariencias humanas no corres riesgo de morir mañana, no turbará tu juicio el temor de una desgracia inminente. Por lo mismo, reflexiona; ¿no teníamos razón cuando decíamos que no hay que hacer caso de todas las opiniones, sino solamente de unas, las de ciertos hombres, pero no de las otras, de las de todo el mundo? ¿Qué dices? ¿No te parece esto justo?

Critón.—Muy justo.

Sócrates.—¿De manera que según esto, hay que respetar las buenas y despreciar las malas opiniones?

Critón.—Sí, cómo no.

Sócrates.—Pero las buenas ¿no son las de los hombres juiciosos? y las malas ¿no son las de los ignorantes?

Critón.—Innegablemente.

Sócrates.—¿Y en qué nos fundábamos entonces, Critón? Dime: el que se ejercita en la gimnasia y se dedica a ella seriamente, ¿hace caso de la opinión de un cualquiera, de sus elogios, de sus censuras o sólo se cuida de lo que diga el médico o el maestro de gimnástica?

(*) La idea de lo justo es la dominante de Platón en la mayor parte de sus diálogos, sobre todo en el Euthifrón, la Apología, el Critón, el Fedón, el Gorgias o triunfo de la justicia por la retórica, La República y Las Leyes. En el libro IV de La República, dice Sócrates que la justicia consiste en no apoderarse del bien ajeno y a la vez en no dejarse privar del propio; a seguido desarrolla y generaliza este principio; vuelve a él sin cesar y en todas formas.

Critón.—Sólo le importa la opinión del médico o del gimnasta.

Sócrates.—Luego sólo debe temer la censura y buscar la alabanza de ambos, sin cuidarse de la muchedumbre.

Critón.—Claro.

Sócrates.—Consecuentemente deberá conducirse, ejercitarse, comer y beber según el consejo del hombre entendido, más bien que como opinan todos los demás.

Critón.—Cierto.

Sócrates.—Mas si desatiende al maestro en vez de escucharle sólo a él, si desdeña sus consejos y sus elogios para escuchar al vulgo que nada sabe, ¿no le ocurriría ningún mal?

Critón.—Sí.

Sócrates.—Pero ¿qué mal? ¿de qué índole? ¿cuáles serán sus consecuencias? ¿dónde atacará al hombre que así desobedece?

Critón.—En el cuerpo, evidentemente; en el cuerpo, que es el que se perjudica.

Sócrates.—Tienes razón. Y, por no ser prolijo, te diré que lo mismo sucede con todo lo demás, pero singularmente con lo justo y lo injusto, lo bello y lo feo, el bien y el mal, que son ahora el tema de nuestra discusión. ¿Nos cumple temer y seguir la opinión de la multitud o es la opinión de aquel uno, si le hay que sea entendido, la que debemos respetar y temer más que todas las otras juntas? Si no la seguimos, corromperemos y dañaremos la parte de nuestro ser que se perfecciona mediante la justicia y perece mediante la injusticia. ¿O no habrá nada de eso?

Critón.—Sí, lo hay.

Sócrates.—Y si por seguir la opinión de los que no entienden degradamos la parte de nuestro ser que mejora con un régimen higiénico y desmejora con lo insalubre, ¿es posible que vivamos cuando esta parte se halla así corrompida? ¿es deseable la vida de ese modo? Y esta parte que digo es el cuerpo, ¿verdad?

Critón.—Sí.

Sócrates.—¿Y podrá sernos grata la vida con un cuerpo enfermo y lleno de podre?

Critón.—Ya lo creo que no.

Sócrates.—Y si hemos dejado corrompérsenos esa otra parte de nuestro ser que fortifica la justicia y que la injusticia daña, ¿entonces qué? ¿O es que consideramos menos noble que el cuerpo esa otra parte a la cual se refiere la justicia y la injusticia?

Critón.—De ningún modo.

Sócrates.—¿No es, por el contrario, la más valiosa?

Critón.—Mucho más.

Sócrates.—De consiguiente, mi caro amigo, no hay que apurarse por lo que haya de decir de nosotros la multitud, sino que lo

único que nos importa debe ser lo que diga aquel que conoce lo justo y lo injusto; y tal juez no es otro que la verdad. Ya ves que por de pronto, no tenías razón cuando asegurabas que hay que cuidarse de la opinión de la multitud sobre lo justo, lo bello, el bien y sus contrarios. Pero, bueno—se me dirá tal vez—la multitud puede condenarnos a muerte.

Critón.—Seguro que se te dirá eso, Sócrates.

Sócrates.—Y con motivo. Pero, Critón, eso no quita nada a nuestro razonamiento. La multitud puede condenarnos; ¿y qué? Di: el principio de que lo que importa no es el vivir sino el vivir bien ¿subsiste o ha cambiado?

Critón.—Subsiste.

Sócrates.—¿Y el de que vivir bien no es otra cosa que vivir con arreglo a la probidad y a la justicia?

Critón.—Subsiste asimismo.

Sócrates.—Luego, según esto, lo que hay que examinar ahora es si con arreglo a la justicia cabe que intente yo salir de aquí sin el consentimiento de los atenienses. Caso de que sí, intentémoslo; de lo contrario, desistamos de ello. Por lo que hace a esas consideraciones de dinero que gastar, fama que perder e hijos que educar, resguárdate, Critón, que así es precisamente como razona esa multitud insensata que condena de ligero a un hombre a muerte y que de seguida, con la misma ligereza, devolveríale la vida, si pudiera. No; nosotros no podemos, en razón considerar otra cosa que lo que ahora decíamos, a saber: si pagando con dinero el servicio que recibamos haremos una acción justa si ellos, los carceleros, sacándome de aquí, y yo consintiéndolo obraremos justamente; o si al obrar así cometeremos una injusticia todos. Es lo único que hay que tener en cuenta; y si resulta lo último, que no somos justos obrando así, no hay que discutir siquiera, sino que hay que esperar la muerte con tranquilidad y sufrirlo todo primero que cometer injusticia ninguna.

Critón.—No te falta razón, creo. Conque mira lo que hemos de hacer.

Sócrates.—Examinémoslo juntos, mi querido amigo; y caso de que tengas alguna objeción que oponerme, expón tus razones; que he de ceder a ellas si las creo buenas; pero, de otro modo, cesa de repetirme a cada paso que debo salir de aquí contra la voluntad de los atenienses. Tengo en mucho el que me persuadas a hacerlo. Mira, pues, si el principio en que me fundo se encuentra suficientemente demostrado y procura responder a mis preguntas con la mayor sinceridad.

Critón.—Lo procuraré.

Sócrates.—¿No decimos que nunca hay que cometer deliberadamente una injusticia? ¿O lo que decimos es que en ciertas cir-

cunstancias sí está permitido cometerla, y en ciertas otras no? Di, Critón: ¿aquello de que jamás es bueno ni honesto cometerla, en que conveníamos antes de ahora, es verdad hoy? ¿o porque han pasado unos cuantos días ya no queda nada de este acuerdo de ideas que nos unió antes? ¿Será posible, Critón, que a nuestra edad, sin darnos cuenta de ello, nuestras pláticas más graves no hayan sido más que niñerías? ¿Será posible que no haya nada de lo que decíamos entonces? Que el vulgo lo reconozca o no, que la fatalidad nos reserve una suerte más rigurosa o más benigna, di: ¿no sigue siendo tan verdad que en todo caso la injusticia es para quien la comete un mal y un oprobio? ¿Admitirás o negarás este principio?

Critón.—Lo admito.

Sócrates.—Luego de ningún modo se debe hacer una injusticia.

Critón.—De ningún modo.

Sócrates.—Ni tampoco volver injusticia por injusticia, como cree el vulgo, pues aunque a uno se la hagan no hay que hacerla.

Critón.—Evidentemente.

Sócrates.—¿Y es lícito o no el hacer mal a alguno, Critón?

Critón.—Ya lo creo que no.

Sócrates.—¿Pero, es cosa justa devolver mal por mal como asegura el vulgo?

Critón.—Injusta.

Sócrates.—Sí. Porque no hay diferencia entre hacer mal a alguno y ser injusto.

Critón.—Cierto.

Sócrates.—Luego no se debe volver injusticia por injusticia, ni hacer mal a nadie, sea cual fuere el mal que nos haya hecho. Pero ten mucha cuenta aquí, Critón; al concederme esto, no vayas contra tu propia opinión; porque bien sé que pocas personas lo admiten. Es imposible que entre los que lo admiten y los que no, haya comunidad de ideas, antes tendrán que despreciarse mutuamente, viendo lo opuestas que son. Conque reflexiona bien sobre este punto; mira si estás conmigo o no. Comencemos, pues, la discusión partiendo del principio de que nunca se debe ser injusto, ni devolver injusticia por injusticia, ni vengarse de un mal con otro mal. ¿O te separas en esto de mí y niegas la verdad de tal principio? Por mi parte hace mucho que lo adopté y sigo creyendo en él. Pero si eres de otro parecer, dilo, y dame tus razones. O, si por el contrario, persistes en las mismas ideas que antes, óyeme lo que se infiere de ellas.

Critón.—Persevero en las mismas ideas y sigo pensando como tú. Conque, habla.

Sócrates.—Te diré, pues, las consecuencias que dimanan de

dicho principio. O, mejor, responde: ¿Una persona que ha contraído un compromiso justo debe cumplirlo o faltar a él?

Critón.—Debe cumplirlo.

Sócrates.—Sentado esto, examina ahora esto otro: Saliendo de aquí sin consentimiento de la República, ¿haremos mal a alguno, y precisamente a quien menos debemos hacerlo, o no? ¿Permanecemos fieles, sí o no, a los justos compromisos que hemos contraído?

Critón.—No acierto a responder a esa pregunta, porque no la comprendo.

Sócrates.—A ver si la comprendes de esta otra manera, Critón; si estando nosotros para fugarnos o para salir de aquí, como quieras decirlo, viniesen las Leyes y el Estado y presentándose delante de nosotros nos dijeran: —"¿Qué vas a hacer tú, Sócrates? La acción que intentas no tiene otro fin que el de destruirnos, en lo que está de tu parte, a nosotras que somos las Leyes y con nosotras a toda la República. ¿O crees que subsista el Estado y no caiga por su base cuando las sentencias que se dan no tienen fuerza alguna y son violadas y anuladas por simples particulares?" Dime, Critón, lo que responderías a éste y otros parecidos reproches. Porque habría mucho que decirnos, sobre todo si es un abogado el que habla, tocante a esta infracción de la ley que ordena que las sentencias tengan toda su sanción. ¿O responderíamos a las Leyes que la República ha sido injusta con nosotros y no ha sentenciado bien? ¿Esto es lo que responderíamos?

Critón.—Eso, y nada más que eso, Sócrates.

Sócrates.—"¡Cómo, Sócrates!—replicarían las Leyes—¿en eso habíamos quedado contigo? ¿no habíamos convenido en que las sentencias dictadas por la República serían ejecutadas?" Y si nos sorprendiésemos de oírlas hablar así, tal vez nos dirían: "No te extrañes, Sócrates, antes respóndenos, ya que siempre andas preguntando y respondiendo. Ea, di: ¿qué quejas tienes contra nosotras y contra la República, que así intentas derrocarnos? En primer lugar ¿no somos nosotras las que te dimos vida? ¿no somos nosotras las que hemos regido la unión de tu padre y de tu madre como también tu nacimiento? (*) Di; ¿tienes que quejarte de aquellas de nosotras que regulan los matrimonios; las encuentras malas?"

Critón.—No, en verdad—diría yo.

Sócrates.—"¿O te quejarás de aquellas otras que atañen a la crianza del hijo y a la educación que recibiste? Las que fueron establecidas para tal objeto, no eran buenas cuando ordenaban

(*) En Atenas había una ley que ordenaba casarse a todo ciudadano.

a tu padre que te educase en los ejercicios de la gimnasia y de la música?" (*)

Critón.—Muy buenas,—respondería yo.

Sócrates.—"Entonces, pues que a nosotras nos debes tu nacimiento, tu crianza y tu educación, ¿negarás que eres hijo nuestro, y aun esclavo, tú y tus mayores? Y siendo así, ¿crees por ventura que tienes los mismos derechos que nosotras, de modo que sea en ti justo intentar contra nosotras lo que nosotras podamos intentar en contra tuya? Pues qué; ¿conque no tienes el mismo derecho respecto a tu padre, ni respecto a tu señor, si te tocó tener alguno, de tal manera que no te es lícito devolverles mal por mal, ni injuria por injuria, ni golpe por golpe, ni otras muchas cosas a ese tenor; y te va a ser lícito respecto a la patria y a las leyes, de manera que si pronunciamos tu sentencia de muerte, creyéndola justa, intentas a tu vez matarnos, a nosotras las Leyes, y a la Patria con nosotras, en cuanto esté de tu parte, y dirás que obrando así estás en tu derecho, tú el que te consagras del culto de la Virtud y la Justicia? ¿a tan poco llega tu sabiduría que ignoras que la Patria es más veneranda, más augusta y más santa y en mayor consideración tenida entre los dioses y los hombres sensatos, que la madre, el padre y todos los abuelos? ¿que hay que tener para con la patria, así esté irritada, más respeto, más sumisión y consideraciones que para con un padre? ¿que se la debe apaciguar por la persuasión o sufrir sin murmurar lo que ella ordena, ya nos condene a azotes o a prisiones, ya nos envíe a la guerra a ser muertos o heridos? ¿que nos cumple obedecerla siempre, que es de justicia obedecerla, que nunca jamás hay que cejar, ni huír, ni abandonar el puesto? ¿que allá en los combates, como acá en los tribunales, siempre dondequiera se debe hacer lo que la Patria y el Estado mandan o emplear los medios de persuasión debidos? ¿que, en fin, que si es una impiedad cometer violencia con el padre de uno o con la madre, impiedad mucho mayor aún es cometer violencia contra la patria?" —¿Qué responderíamos a esto, Critón? ¿Reconoceríamos que las leyes decían verdad, o no?

Critón.—Me parece que sí.

Sócrates.—"Considera, pues—añadirían las Leyes—que si decimos la verdad, como tú reconoces, lo que intentas contra nosotras no es justo. Porque no sólo te hemos dado la vida, te hemos alimentado y educado, te hemos hecho compartir, a ti y a los demás ciudadanos, aquellos bienes que podemos, sino que además, declaramos que cualquier ateniense que después de haber sido

(*) La música comprendía el estudio de las letras, de las ciencias y de las artes: la gimnástica no se ocupaba sino en lo tocante a ejercicios del cuerpo.

inscrito en la clase de los efebos y de haber visto cómo funciona la República y de habernos visto a nosotras las Leyes, quiera irse, libre es de hacerlo, y tiene derecho, si nó le gustamos, a emigrar con sus bienes dondequiera. Ninguna de nosotras las Leyes impide que si alguno quiere ir a una colonia, porque no le agradamos ni nosotras ni la República, o hasta si quiere irse a establecer en tierra extraña, lo haga de seguida. Pero aquel que se quede aquí después de saber cómo administramos justicia y regimos los negocios de la ciudad, de ese decimos que con sólo el hecho de quedarse, se ha comprometido a hacer cuanto le ordenamos; y si no obedece le declaramos tres veces culpable: lo uno porque nos desobedece, a nosotras que le dimos el ser; lo otro porque nos desobedece, a nosotras que le dimos la educación; y luego, porque habiendo contraído la obligación de sernos sumiso, no quiere ni obedecer ni persuadirnos, si hacemos algo que no esté bien. Mientras nosotras le proponemos a buenas, no como orden tiránica, que haga lo que le ordenamos, permitiéndole una de dos cosas, o que nos persuada o que nos obedezca, él ni nos persuade ni menos nos obedece.

"He ahí, Sócrates, los delitos en que vas a incurrir si ejecutas tu propósito; y tu incurrirás en ellos más que ningún otro ateniense."

Y si yo dijese; ¿pues por qué así? ¿por qué más?—ellas me responderían: "Sócrates, tú nos has dado grandes pruebas de que te agradamos; pues no hubieras vivido siempre en la ciudad, a diferencia de los demás atenienses, si no te hubiese sido singularmente grata; y no saliste jamás de la ciudad, ni para ir a las solemnidades de Grecia, como no sea una sola vez a los juegos del Istmo, (*) ni a ninguna otra parte, sino para la guerra, ni hiciste jamás ningún viaje como suelen otros, ni se apoderó de ti el deseo de conocer otras ciudades y otras leyes, sino que te bastó con nosotras y nuestra ciudad; y de tal manera nos preferías y te avenías a vivir bajo nuestro régimen que, entre otras cosas, quisiste ser padre de familia aquí, prueba evidente de que la ciudad te agradaba. Sobre que, aún en tu proceso, Sócrates, hubieras podido hacerte condenar al destierro, si lo hubieses querido, haciendo así con nuestra venia lo que intentas ahora pese a nosotras. Entonces te jactabas de no temer la muerte y de preferirla a la expatriación. Y ahora sin consideración a estas bellas palabras, sin respeto a nosotras las Leyes, meditas nuestra ruina, haces lo que el más vil esclavo, vas a huír, Sócrates, contra los pactos y compromisos que habías contraído de vivir bajo nuestro régimen. Por-

(*) En el istmo de Corintio es donde se celebraban los juegos ístmicos, en honor de Neptuno.

que, ante todo, responde: ¿decimos o no verdad cuando asegura-mos que has convenido, no de palabra, sino de hecho, en someterte a nosotras?" ¿Qué contestar a esto, Critón? ¿Hay otra cosa que confesarlo?

Critón.—De veras, es preciso confesarlo.

Sócrates.—"¿Y no violas los pactos y compromisos que te ligan a nosotras?—seguirían diciendo.—Sí, los violas. Y sin embargo, no los habías contraído ni por presión ni por sorpresa, ni por engaño, ni porque no tuvieras el tiempo de pensar sino que has tenido, para pensar en ello, setenta años, durante los cuales te dábamos el derecho de ausentarte si no estabas satisfecho de nosotras y si nuestros pactos no te parecían justos. Pero tú no has salido de aquí, no has preferido a Lacedemonia (*) y ni a Creta, que tanto las elogias por su gobierno, ni a ninguna otra ciudad griega o extranjera, sino que te has ausentado de Atenas menos aún que los cojos, ciegos y demás inválidos; prueba clara de que sentías más cariño que los demás atenienses por esta ciudad y por nosotras las Leyes: ¿pues cabe amar una ciudad sin amar las leyes de ella? ¿Y habías de ser ahora infiel a tus compromisos? No, Sócrates, no; haznos caso y no te expondrás al ridículo saliendo de Atenas.

"Considera, además, ¿qué vas a ganar tú ni qué van a ganar tus amigos, con que seas infiel a tus compromisos; qué, Sócrates? Porque es casi seguro que tus amigos serán desterrados, se verán privados de su patria, o perderán todos sus bienes; y tú si te refugias en alguna ciudad vecina, en Tebas o en Megara, que están regidas por buenas leyes, serás recibido como un enemigo del régimen; todos aquellos que sientan apego a su país verán en ti un hombre sospechoso, un corruptor de las leyes y tú mismo confirmarás la opinión de que tus jueces te condenaron justamente: que todo corruptor de las leyes pasará también por corruptor de jóvenes y de gentes sencillas. ¿Y huirás de las ciudades mejor gobernadas y del trato de los hombres más virtuosos? Pero, dinos: ¿merece entonces la pena de vivir? O si te acercas a ellos, ¿qué palabras les dirás. ¿Tendrás el cinismo de repetirles lo que sueles ahora, de que el hombre debe amar por encima de todo la virtud, la justicia, las leyes, la obediencia a las leyes? ¿No crees que han de hallar vergonzosa la conducta de Sócrates? Pues fuerza es que lo creas. Pero bien; te irás lejos de estas ciudades bien regidas y llegarás a Tesalia, a casa de los amigos de Critón. Y allí sí; allí reinan el desorden y la licencia, y tal vez te oigan con gusto referir la manera chusca cómo te fugaste envuelto en un manto, cubierto

(*) Tanto en **La República**, libro VIII, como en el **Primer Alcibíades**, el **Minos** y el libro primero de **Las Leyes**, Sócrates, en Platón, hace gran elogio del gobierno y las leyes de Creta y Lacedemonia.

con alguna piel de chivo, disfrazado, en fin, según van todos los fugitivos, sin que nadie pudiera conocerte. ¿No habrá ninguno que se extrañe de que a tu edad, quedándote tan poco tiempo de vivir, hayas tenido el valor de transgredir las leyes más santas por conservar una existencia tan mísera? Posible es que no, si no ofendes a nadie; porque de otro modo, habrás de oír no pocas frases humillantes e indignas de tí, Sócrates. Vivirás reducido a sobajarte, a captarte la benevolencia de todos con halagos y vilezas. ¿Y qué harás allí en Tesalia no siendo andar en busca de festines, como si no hubieras ido a otra cosa que a una cena? Y todos tus discursos sobre la justicia y sobre las demás virtudes, ¿en qué quedarán? Pero tus hijos, dices que por tus hijos quieres vivir para criarlos y educarlos. ¿Y cómo es eso? ¿los llevarás a Tesalia (*) a educarlos? ¿los harás extranjeros encima, para que te deban este otro favor? ¿O no harás esto, sino que los dejarás en Atenas, lejos de tí y así, aun cuando no estés con ellos, se criarán y educarán mejor? Tus amigos se cuidarán de ello; cierto. Pero ¿qué necesidad tienes de irte a Tesalia desterrado para que los amigos se cuiden de la educación de tus hijos? ¿Es que si vas al Orco los han de abandonar? No, Sócrates, si los que se dicen tus amigos valen algo, y es de creer que valen.

"Conque sigue los consejos de nosotras a quienes debes la existencia; no hagas más aprecio ni de tus hijos, ni de tu vida, ni de cosa del mundo, que de la Justicia, para que allá cuando llegues al otro mundo puedas alegarlo en tu defensa ante los jueces que allí juzgan. Porque si haces lo que te proponen, huír, no tornas mejor tu causa, ni más justa ni más santa, así para tí como para los tuyos, aquí ni en el otro mundo que te espera. Mientras que si mueres ahora, mueres víctima de la injusticia, que no de las Leyes; mueres víctima de los hombres. Mas si te fugas, cometiendo injusticia a tu vez y de un modo tan vergonzoso, volviendo mal por mal, violando tus convenios con nosotras, maltratando a aquellos a quien debes mayores miramientos, a tí mismo, a tus amigos, a tu patria, a nosotras las Leyes, si tal haces, entonces te perseguiremos mientras vivas con toda nuestra enemistad, y después de tu muerte nuestras hermanas las leyes de la otra vida no te acogerán bien, sabiendo que hiciste cuanto estuvo de tu parte por derrocarnos. Conque, Sócrates, no sigas los consejos de Critón, sino los nuestros."

Tales son, sábelo mi querido amigo, las palabras que creo oír, como los Coribantes creen oír las flautas sacras de los místicos, y que resuenan dentro de mi alma de manera que soy insensible a

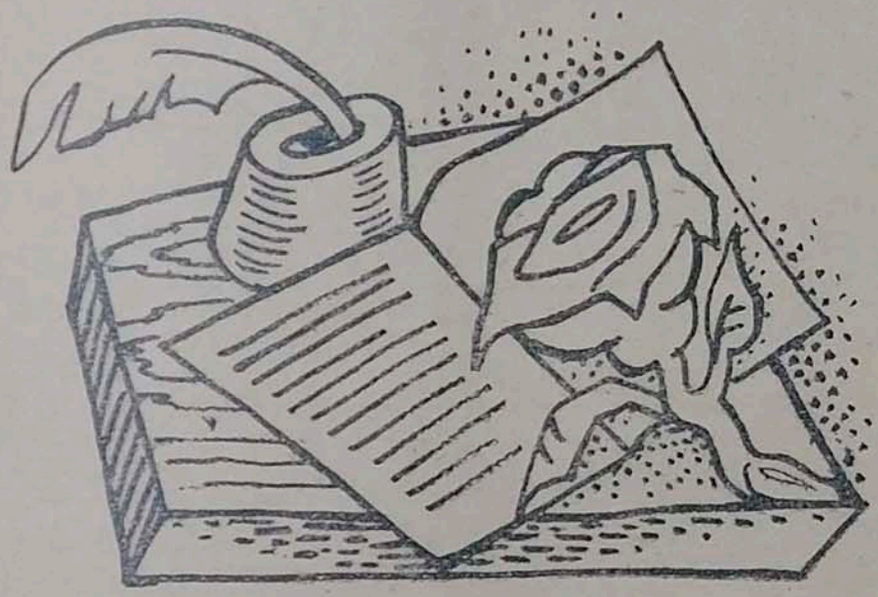
---

(*) La Tesalia era un país en que reinaban la licencia y el libertinaje; así es que Jenofonte nota que fué allí donde Critias se perdió.

otras voces. Está seguro que cuanto dijeres para combatirlas será inútil; al menos esa es mi convicción. Ahora, sin embargo, si piensas que has de adelantar algo, habla.

Critón.—No; nada tengo que decir, verdaderamente.

Sócrates.—Dejemos, pues, esta cuestión, querido amigo, y sigamos el camino por donde Dios nos guía.



LA INJUSTICIA DE LAS CONDICIONES SOCIALES

POR HENRY GEORGE

ESTA *en la naturaleza de las cosas que unos han de ser pobres y otros ricos.* Esta consoladora teoría, acompañada por la no menos errónea de que "la grande y constante desigualdad en la distribución de la riqueza no implica defecto en nuestras instituciones," penetra en nuestra literatura y se enseña en la prensa, en la iglesia y en la escuela.

Este es, se nos dice, un país libre; cada hombre posee un voto y una ventura. El hijo del labriego puede llegar a ser presidente, pobres niños de hoy, pueden llegar a ser millonarios de aquí a treinta o cuarenta años, y los nietos de los millonarios serán pobres probablemente. ¿Qué más puede pedirse? Si un hombre tiene energía, iniciativa, prudencia y previsión, puede abrirse camino hacia la gran riqueza. Si carece de la habilidad necesaria para ganarla, no debe lamentarse de que otros la tengan. Si algunos disfrutan mucho y hacen poco, es porque ellos mismos o sus padres gozaban de las superiores cualidades que les permitieron *hacerse propietarios* o *reunir dinero.* Si otros tienen que trabajar mucho para ganar poco, es porque no han sabido llegar a la meta, porque son ignorantes, faltos de ingenio, incapaces de practicar las necesarias economías para la primera acumulación de capital o porque sus padres tenían estos mismos defectos. Las desigualdades de condición resultan de las desigualdades de la naturaleza humana, de las diferencias de las capacidades y facultades de los individuos. Si el uno tiene que afanarse durante diez o doce horas al día por unas cuantas centenas de pesos al año, mientras el otro, haciendo poco o ningún trabajo costoso, percibe una renta de varios miles, es porque todo con lo que el primero contribuye al aumento de la riqueza común es poco más de lo que da la fuerza de sus músculos.

Puede pretender poco más que el animal, porque apenas pone en juego algunas facultades más que las de éste. No es más que un soldado raso en las filas del gran ejército de la industria, que ha de marchar o permanecer firme, según se le manda. El otro es el organizador, el general, que guía y maneja la gran máquina completa, que tiene que pensar, concertar y proveer, y sus grandes

remuneraciones son únicamente proporcionadas al compararlas con las más altas y arduas potestades que ejerce y con la mucha mayor importancia de las funciones que desempeña. ¿No ha de tener la educación su premio y la habilidad su pago? ¿Qué incentivo habría entonces en aprender bien cualquier cosa, si no fuera por los diplomas que puedan obtener los que se distinguen? No sería solamente una gran injusticia negar más a un Rubens o a un Rafael que a un pintor de brocha, sino que sería tanto como impedir el adelanto y la existencia de grandes pintores. Destruir la desigualdad de condición equivaldría a destruir el incentivo del progreso. Oponerse a ella es oponernos a las leyes de la naturaleza. Lo mismo podríamos oponernos a la duración del día o a las fases de la luna; quejarnos de que haya valles y montañas, zonas de calor tropical y regiones de nieves eternas. Y si pudiéramos por medio de medidas violentas dividir con igualdad la riqueza, no realizaríamos más que un daño; al poco tiempo volverían a ser las desigualdades tan grandes como antes.

Esta es, en substancia, la doctrina que constantemente oímos, y que aceptan, unos porque halaga su vanidad, porque concuerda con sus intereses o porque agrada a sus esperanzas, y otros porque con ella tienen aturdidos sus oídos. Como todas las falsas teorías que han adquirido vasta aceptación, contienen éstas mucha verdad. Pero verdad aislada de otra verdad o ligada con falsedad. Tratar de extraer el agua de un barco que tenga un agujero en el fondo, sería vano; pero esto no quiere decir que no pueda cerrarse la vía de agua y entonces dejarlo seco. Es innegable que bajo las presentes circunstancias, las desigualdades en la fortuna tenderían a reaparecer por sí mismas y a afirmarse de nuevo, aun siendo arbitrariamente niveladas por un momento; pero esto no prueba que las condiciones de las cuales esas tendencias de desigualdad provienen, no puedan ser modificadas. Ni porque existan diferencias entre las cualidades y facultades humanas, puede seguirse que las desigualdades de fortuna existentes queden justificadas o respondan a aquellas diferencias. He visto cajistas compositores muy rápidos y otros muy lentos, pero el más ágil de los que vi no podría colocar el doble de tipos que el más pausado, y dudo que en las demás profesiones sean mayores las diferencias. Entre personas normales, la diferencia de un sexto o un séptimo es una gran diferencia en la estatura: el más alto gigante que se ha conocido tenía escasamente cuatro veces la altura del más pequeño enano conocido también, y dudo que algún buen observador pueda decir si las diferencias mentales entre los hombres son más notables que las físicas. No obstante tenemos hombres cientos de millones de veces más ricos que otros.

El que produce debe poseer, el que economiza debe disfrutar;

este principio está de acuerdo con la razón humana y con el orden natural. Pero las desigualdades de fortuna existentes no pueden justificarse en este terreno. En materia de hechos, ¿cuántas grandes fortunas pueden decirse leal y honradamente ganadas? ¿Cuántas de entre ellas representan riquezas producidas por sus poseedores o por aquellos de quienes deriva su actual posesión? ¿No entró en la formación de esas fortunas algo más que la alta iniciativa y la habilidad? Estas cualidades producen el primer impulso, pero cuando las fortunas empiezan a rodar hacia los millones, se encontrará siempre algún elemento de monopolio o alguna apropiación de riqueza producida por otros. Frecuentemente hay en ellas una ausencia absoluta de alta iniciativa, habilidad o abnegación de sí mismo y, si de cerca se las mira, de gran escrupulosidad.

Recientemente ha muerto en San Francisco un conocido mío, dejando 8.000,000 de pesos que irán a parar a herederos residentes en Inglaterra. He conocido muchos hombres más industriosos, más listos, más sobrios que él; hombres que no dejaron o que no dejarán un céntimo. Este no ganó su fortuna por su industria, por su perspicacia o por su sobriedad. No la creó ni más ni menos que aquellos dichosos parientes de Inglaterra que ahora podrán vivir sin hacer nada hasta el fin de sus días. Se hizo rico por la adquisición de unos terrenos en los primeros tiempos, los cuales ascendieron a un valor inmenso al extenderse la ciudad. Su riqueza no representaba, pues, lo que él hubiese ganado, sino lo que el monopolio de aquel pedazo de la superficie terrestre le había permitido apropiarse de las ganancias de los demás.

El otro día murió un hombre en Pittsburg, dejando 6.000,000 de pesos. Puede o no haber sido particularmente industrioso, listo y económico, pero no fué por virtud de estas cualidades por lo que llegó a ser tan rico. Fué porque en Washington ayudó a hacer pasar un proyecto de ley que, so pretexto de "proteger a los obreros norteamericanos contra el mezquino trabajo de Europa," le dió la ventaja de la tarifa al 60 por 100. Hasta el día de su muerte fué un decidido proteccionista, y aseguraba que el libre cambio arruinaría nuestras "nacientes industrias." Es evidente que los 6,000.000 de pesos que consiguió ahorrar en su propia "industria naciente" no representaban lo que él había añadido a la producción. Era, por el contrario, lo que la ventaja obtenida por la tarifa le había permitido apropiarse de los bienes y beneficios de otros.

Estos elementos del monopolio, de la apropiación y de la expoliación, serán cuando vengamos a analizarlos, la explicación de todas las grandes fortunas.

Hay dos clases de individuos que razonan siempre como si las fortunas resultasen de la fuerza del aumento debido al capi-

tal: los que declaran que el sistema social presente es perfecto, y los que denuncian el capital e insisten en la abolición de los intereses. El capitalista típico de una de estas dos series, es el que economizando sobre sus beneficios dedica el remanente a ayudar la producción y se hace rico por el natural aumento de su capital. La otra serie calcula lo que un peso colocado al seis por ciento e interés compuesto produce en cien años, y dice que debemos abolir los intereses si queremos evitar el desarrollo de las grandes fortunas.

Pero considero difícil poder citar como ejemplo cualquier gran fortuna debida realmente al legítimo aumento del capital obtenido por la industria.

La gran fortuna del duque de Westminster, el hombre más rico entre los ricos de Inglaterra, es el resultado de la apropiación únicamente. No proviene de ganancias obtenidas por el duque actual ni por ninguno de sus antecesores, como tampoco de ellas provienen las grandes fortunas otorgadas por los monarcas rusos a sus favoritos, al reconocerles propiedad sobre millares de súbditos rusos que les daban como siervos. Un rey de Inglaterra, muerto ha mucho tiempo, concedió a uno de los antepasados del actual duque de Westminster una extensión de terreno, sobre la cual se levanta hoy una gran parte de la ciudad de Londres, es decir, le dió el privilegio, reconocido aún por el estúpido pueblo inglés, que permite al citado duque una parte de las ganancias de tantos miles de ingleses de la presente generación.

De igual modo también, las grandes fortunas de los cerveceros y destiladores ingleses han sido edificadas en su mayor parte por la operación de sisar sobre los paternales monopolios y la concentración de los negocios.

O volviendo de nuevo a los Estados Unidos, tomad como ejemplo la fortuna de los Astor. En su mayor parte representa, como las rentas del duque de Westminster y de otros potentados ingleses, una apropiación semejante de las ganancias de los demás. El primer Astor hizo un convenio con cierta gente de su tiempo, por virtud del cual sus hijos tienen derecho ahora a tasar a los hijos de otros, a exigir una gran parte de sus beneficios a muchos miles de individuos de la actual población de Nueva York. Su principal elemento no es ni la producción ni el ahorro. No hay sér humano que pueda producir o atesorar tierra. Aunque todos los Astor hubieran permanecido en Alemania, o aunque nunca hubiese existido ningún Astor, la tierra de la isla Manhattan estaría aquí lo mismo.

Tomad la gran fortuna de Vanderbilt. El primer Vanderbilt era un banquero que ganó y reunió sus primeras economías a fuerza de rudo trabajo. Pero no fué el trabajo ni la economía lo

que le permitió dejar tan colosal fortuna. Fué la expoliación y el monopolio. Tan pronto tuvo dinero bastante, lo utilizó como una maza para arrebatar a los demás sus beneficios. Impulsó líneas de concurrencia y monopolizó servicios de vapores. Luego emprendió la misma táctica con los ferrocarriles. La fortuna de los Vanderbilt no proviene, pues, de la economía y el trabajo.

Tomad, si no, la asombrosa fortuna de Gould. Mr. Gould puede haber adquirido su primer impulso por una superior iniciativa y gran abnegación. Pero no es eso lo que lo ha hecho dueño de cien millones. Fué haciendo quebrar ferrocarriles, comprando jueces, corrompiendo legisladores, formando círculos y combinaciones para elevar o depreciar valores y tarifas de transportes.

Ved las fortunas creadas por medio de prósperas patentes. Así como en muchas fortunas el primer elemento ha sido el aumento de valor de las tierras, así en éstas lo ha sido el monopolio puro y simple. Y aún cuando no discuto ahora la ventaja de las leyes sobre las patentes, puede observarse de paso que, en la gran mayoría de los casos, los hombres que hacen su fortuna con patentes no son los mismos que han hecho los inventos.

Entre todas las grandes fortunas, y en realidad entre casi todas las adquisiciones que en nuestros tiempos pueden legítimamente calificarse de fortunas, discurren esos elementos de monopolio, expoliación y azar. El jefe de una de las más importantes casas manufactureras de los Estados Unidos me decía recientemente: "No es con nuestros negocios ordinarios con lo que ganamos el dinero; lo ganamos cuando podemos obtener un monopolio." Y esto es lo cierto en la generalidad de los casos, según yo creo.

Considerad la importantísima parte que en la creación de las fortunas ha tenido y sigue teniendo el aumento del valor del terreno en los Estados Unidos. Esto, por supuesto, no es más que un monopolio puro y simple. Cuando el terreno aumenta en valor, no significa que su dueño haya añadido nada a la riqueza general. El dueño puede no haber visto nunca el terreno ni haber hecho nada para mejorarlo. Puede, y aun esto ocurre a menudo, vivir en una capital muy distante, o en un país extranjero. El aumento del valor de la tierra indica únicamente que sus propietarios, por virtud de su apropiación de una cosa que existía antes que el mismo hombre, tienen la facultad de apoderarse de una parte importante de la riqueza producida por el trabajo de otros individuos.

Considerad cuánto han hecho los monopolios creados y las ventajas concedidas a gente sin escrúpulos por las tarifas y por nuestro sistema de tasación interior; cuánto han hecho el ferrocarril, el telégrafo, el gas, el agua y otros monopolios semejantes en la concentración de la riqueza, y las tarifas especiales, el agio-

taje sobre regadíos, el juego, el destructivo empleo de la riqueza en el estímulo o la compra de una oposición que al fin paga el público, y otras muchas cosas que éstas sugieren; consideradlo, y al final resultará que la desigual distribución de la riqueza es en gran parte debida a pura expoliación; que la razón por la cual los que trabajan penosamente ganan tan poco, mientras que tantos que trabajan poco ganan mucho, es en gran medida que los beneficios de una de las clases son de una manera o de otra, estafados con más o menos sutileza para hinchar las ganancias de la otra.

Este estado de cosas, que pretende ser más correcto porque haya individuos que constantemente se abren camino desde las filas de los que obtienen poco en sus ganancias a las de los que obtienen mucho, sería como el caso de que los marinos mercantes se hicieran piratas de continuo y participando en los beneficios de la piratería, quisiesen probar que ésta es legal y que nada debiera hacerse para suprimirla.

No estoy delatando al rico, ni tratando, al hablar de estas cosas, de excitar la envidia ni el odio, pero si deseamos obtener un claro conocimiento de los problemas sociales, tenemos que reconocer el hecho de que los monopolios que permitimos y creamos, las ventajas que damos a un hombre sobre otro, los métodos de extorsión sancionados por la ley y por la opinión pública, son las causas a que se debe que algunos individuos hayan llegado a hacerse tan inmensamente ricos mientras otros permanecen miserablemente pobres. Si miramos a nuestro alrededor y observamos los elementos de monopolio, extorsión y expoliación que contribuyen a elevar todas o casi todas las fortunas, vemos cuán poco francos e ingenuos son aquellos que nos predican que nada hay de injusto o de erróneo en las relaciones sociales, y que las desigualdades en el reparto de las riquezas proceden de las desigualdades de la naturaleza humana, y también cuán aturdidos son los que hablan del capital como si fuese un enemigo público y proponen planes para restringir arbitrariamente la adquisición de la riqueza. Podemos dejar que cada uno llegue libremente a ser todo lo rico que pueda, si no despoja a los demás al enriquecerse.

MEXICO Y PEREZ GALDOS

POR JOSE JUAN TABLADA

SE recomienda la lectura de todas las novelas y dramas de Galdós, porque Galdós es el génio de nuestra raza en los últimos tiempos; porque sus obras están inspiradas en un amplio y generoso concepto de la vida, y porque en ellas se descubre un motivo que no está en la tragedia griega ni en ninguna otra literatura: la bondad del corazón como una forma de lo sublime, como un sacrificio en que se aniquila el sujeto; pero derramando sobre el mundo raudales de gracia vivificadora y fortificante."

Estas son las razones que tuvo la Universidad Nacional de México, para recomendar la lectura de las obras de Pérez Galdós. A esas consideraciones de vasto alcance moral y estético, se unen otras que deben inspirar a todo mexicano una especial simpatía por el gran novelista.

Galdós se manifestó siempre como un alto apreciador de las virtudes mexicanas y así lo manifiestan los siguientes párrafos que desglosamos de sus obras:

El Charro Mexicano. "Era diestro y seguro jinete, de esa escuela mexicana, única que parece fundir en una sola pieza el corcel y el hombre."

Las figuras de tecali..... "variedad grande de objetos fabricados con ese jaspe mexicano que, por la viveza de sus colores y la transparencia de sus vetas no tiene igual en el mundo. Eran jarroncillos y pisapapeles, la mayor parte de estos imitando frutas, siendo en algunas piezas casi perfecto el engaño de la piedra haciéndose pasar por vegetal."

Las figuras de trapo y cera. "Dentro de lujosa vitrina había una linda colección de figurillas mejicanas, tipos populares expresados con verdad y gracia admirable en cera y trapo. Nada existe más bonito que estas creaciones de un arte no aprendido, en el cual la imitación de la Naturaleza llega a extremos increíbles demostrando la aptitud observadora del indio y la habilidad de sus dedos para dar espíritu a la forma.

Sólo en el arte japonés encontramos algo de valor semejante a la paciencia y gusto de los escultores aztecas."

UNA CARTA DE GABRIELA MISTRAL

A JOSE VASCONCELOS

Mi respetado Rector i compañero:

He recibido su Revista *El Maestro,* i quiero i debo felicitarlo por ella, útil, sencilla i sana de la primera a la última página.

He de confesarle que tengo la antipatía de las publicaciones pedagójicas. Son generalmente una mezcla de estadística i de artículos de un tecnicismo árido i torpe; son revistas que parecen escritas exprofeso para no ser leídas por nadie, fuera de unos cuantos eruditos pacienzudos, por lo unilaterales i lo pedantes. I muchas veces había pensado que tales publicaciones, llamadas pomposamente de educación, pero que no pueden educar a nadie, pues apenas son leídas, debieran ser semanarios amenos, donde halle algo aplicable a su vida todo hombre i toda mujer, donde el niño halle narraciones interesantes, el obrero conocimientos científicos puestos a su alcance i halle el profesor lectura espiritual. La crisis de los maestros es crisis espiritual: preparación científica no suele faltarles, les faltan ideales, sensibilidad i *evanjelismo* (perdone la palabra). La enseñanza técnica que recibieron primero i la cátedra después han ido haciendo de ellos, un recitador ordenado i paciente de textos i fórmulas, i el alma, o no la tuvo nunca o la ha perdido. Tal semanario haría más por la formación moral de un pueblo que la escuela muerta, fábrica de bachilleres; limpiaría las costumbres, crearía, con el amor a la lectura, una fuente delicada de placeres al hombre i la mujer pobre; haría más patria que los discursos del parlamento i, por último, obligaría a los escritores a ver claramente que tienen el deber de dar el sustento espiritual de su raza, que esa es su razón de que lleven el nombre i los honores de "intelectuales."

Piense usted si no me habrá alegrado encontrar todo, i algo más todavía, en su revista. Ahora, el que sea gratuita, colma mis ideales.

Gracias sean dadas a usted, i mui calurosas, por este inmenso bien, que los mejicanos han de saber medir i apreciar. Una obscura maestra del extremo del continente se las da con toda la sinceridad de su alma.

Como es bueno mostrar el bien que se realiza sólamente para que el milagro se multiplique, es preciso que ustedes la envíen a

todas partes. Mandándola a los semanarios populares de América enseñarán a muchos periodistas inescrupulosos a *hacer* una revista para el pueblo, sin literatura dañada o cursi, sin la mugre danería que les da tanta fotografía banal e inútil que publican con pretexto de actualidades; sin ese carácter tan antipático de folletines ilustrados, explotadores de la crónica policial más repugnante. Le pido, que, a ser posible, la manden a nuestras escuelas secundarias i sobre todo a las Normales.

No recuerdo bien si le hablé en mi anterior de su libro leído con verdadera delectación, delectación intelectual, por la claridad, el orden i la hondura del pensamiento; delectación artística por su forma hermosa. Es para mí inmenso asombro ver que es usted profesor universitario i que se ha librado de estas dos plagas de la literatura hecha por profesores: el recargo, por alarde de erudición, i la barbarie del estilo. Parece que ser profesor fuera tener la obligación de un estilo pedregoso o enjuto i muerto. Se lee mucho a los franceses, pero no se aprende su majia de divulgadores amenos i claros de la ciencia. El enseñar con gracia que pedía Rodó no es cosa de la cual se haya penetrado el hombre de ciencia en América. Es heroico que un joven lea, sin obligación para la prueba escolar, una obra de fondo. Teniendo excelentes historiadores, apenas se conocen sus obras, se leen sólo entre los especialistas. No quieren acordarse de que Dios mismo no ha soplado su aliento en libros sin belleza, puesto que la Biblia es un océano de hermosura, i dejan sólo a los poetas la lengua del sentimiento i la armonía, como si no fuera una especie de mandamiento tácito para el que pretende ser leído *el encantar*.

Ha hecho usted un esfuerzo mui honrado i enteramente nuevo en América, con explicar el budismo, i sobre todo, con darlo sin marañas de misterio, como lo da la teosofía. Yo me he leído varias obras sobre este tema, sin que de toda esa lectura me haya quedado un concepto nítido, neto, i mi ansia de claridad es mui grande cuando leo libros de esta índole, porque la vaguedad está permitida únicamente a la poesía, si es que le está permitida.....

Aquí, i a propósito de un elojioso comentario de Armando Donoso en *El Mercurio* se publicaron dos protestas por el latigazo de usted a la Teosofía. No lo libró de ellas su juicio afectuoso i justo sobre Ana Besant. En verdad, la señora Blavatski es un caos, a veces portentoso, pero a veces horrible i desconcertante, de ciencia i de imajinación infernal; se parece a los cráteres; tal vez su lava hirviente i sombría sea vivificante, pero da miedo e inspira desconfianza. Es una especie de cordillera, llena de abismos, su alma i su cerebro. La señora Besant, por el contrario, tiene la dulzura de las colinas; no siente el odio del cristianismo, i la luz del Evanjelio la conserva.

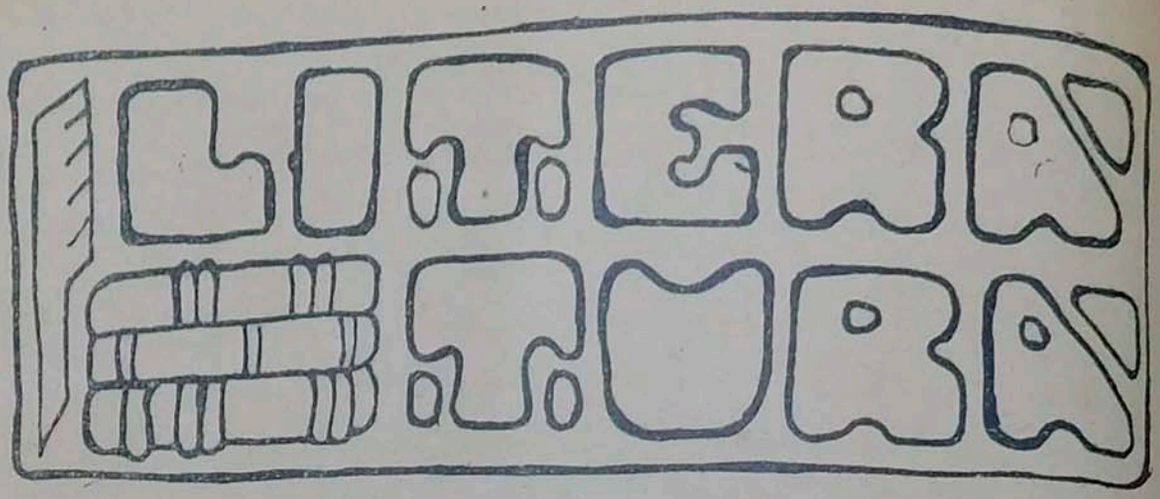
En nuestra época materialista, es valor escribir un libro en

el cual se comenta con respeto, sin chanzas necias i groseras, la gran relijión oriental; se teme caer en el ridículo, aunque los sabios tienen solamente otra forma de ridículo en ejercicio: la de una limitación de alumno de kindergarten i la de una manía del laboratorio, llevada a todo; creo que hasta al amor de la madre, porque nada han respetado i a nada que no sean sus aparatos de experimentación se han acercado con intención amorosa i respetuosa de comprender.

Es lástima grande que su libro, como la mayoría de las obras valiosas de la literatura mejicana, no llegue a las librerías. Hai aquí una librería de un profesor, mui prestijiosa, la *Editorial Minerva,* i podría remitir con confianza volúmenes allí.

Le agradezco infinitamente estos dos envíos i lo saludo con respeto i cordialidad.

Santiago, Correo 7. Ag. 21.



COMO ANDA EL MUNDO

POR F. MARIE AROUET DE VOLTAIRE

ENTRE los génios que a los imperios del mundo presiden, ocupa Ituriel uno de los primeros puestos, y tiene a su cargo el departamento de Alta Asia. Bajó una mañana a la mansión del escita Babuco, a las orillas del Oxo, y le dijo así: Babuco, los persas han incurrido en nuestro enojo por sus excesos y sus desvaríos, y ayer se celebró una junta de genios de la Alta Asia para decidir si habían de castigar o destruir a Persépolis. Vete a este pueblo, examínalo todo; me darás cuenta, y por tu informe determinaré si he de castigar o exterminar la ciudad. Yo, señor, respondió humildemente Babuco, ni he estado nunca en Persia, ni conozco en todo aquel imperio a nadie. Más vale así, dijo el ángel, que no serás parcial. Del cielo recibiste sagacidad, y yo añado el dón de inspirar confianza: ve, mira, escucha, observa, y nada temas, que en todas partes serás bien visto.

Montó, pues, Babuco en su camello y se marchó con sus sirvientes. Al cabo de algunas jornadas encontró en los valles de Senaar el ejército persa que iba a pelear con el ejército indio; y dirigiéndose a un soldado que halló en un paraje remoto, le preguntó cuál era el motivo de la guerra. Por los dioses celestiales que no lo sé, dijo el soldado, ni me importa; mi oficio es matar o que me maten para ganar mi vida: servir aquí o allí es para mí todo uno; y aun puede ser que me pase mañana al campo de los indios, que dicen que dan a los soldados cerca de media dracma de cobre al día más que en este maldito servicio de Persia. Si queréis saber por qué pelean, hablad con mi capitán. Babuco, después de haber hecho un regalejo al soldado, entró en el campo, y habiendo hecho conocimiento con el capitán, le preguntó el motivo de la

guerra. ¿Cómo queréis que lo sepa yo? ¿y qué me importa, sea el que quiera? Yo resido a doscientas cincuenta leguas de distancia de Persépolis; me dicen que se ha declarado la guerra, y al punto dejo mi familia, y como es costumbre voy a buscar fortuna o la muerte, porque no tengo otra cosa que hacer. ¿Y vuestros camaradas, dijo Babuco, no están tampoco más instruídos que vos? No, dijo el oficial: solamente nuestros principales sátrapas son los que a punto fijo saben por qué nos degollamos.

Atónito, Babuco se introdujo con los generales, y se insinuó en su familiaridad. Al fin le dijo uno de ellos: La causa de la guerra que asuela veinte años ha el Asia, procede en su origen de una contienda de un eunuco de una de las mujeres del gran rey de Persia, con un oficinista del gran rey de las Indias.

Tratábase de un impuesto que producía con corta diferencia un trigésimo de dárico, y como tanto el primer ministro de Indias como el nuestro sustentaron con dignidad los derechos de su amo respectivo, se inflamaron los ánimos y salieron a campaña de cada parte un millón de soldados. Cada año es necesario reclutar estos ejércitos con cuatrocientos mil hombres. Crecen las muertes, los incendios, las ruinas y las talas; padece el universo y sigue la enemiga. Nuestro ministro y el de Indias protestan con mucha frecuencia que no les mueve otra cosa que la felicidad del linaje humano; y a cada protesta se destruye alguna ciudad, o se asuelan algunas provincias.

Habiéndose al otro día esparcido la voz de que se iba a firmar la paz, dieron el general indio y el persa a toda prisa la batalla, que fué sangrienta. Vió Babuco todos los yerros y todas las abominaciones que se cometieron, y fué testigo de las maquinaciones de los principales sátrapas, que hicieron cuanto estuvo en su mano para que la perdiera su general; vió oficiales muertos por su propia tropa; vió soldados que acababan de matar a sus moribundos camaradas, por quitarles algunos andrajos ensangrentados, rotos y cubiertos de inmundicia; entró en los hospitales adonde llevaban a los heridos, que perecían casi todos por la inhumana negligencia de los mismos que pagaba a peso de oro el rey de Persia para que los socorriesen. ¿Son hombres éstos, exclamaba Babuco, o son fieras? ¡Ah! bien veo que ha de ser destruída Persépolis.

Preocupado con esta idea pasó al campo de los indios, donde conforme a lo que se le había pronosticado, le recibieron con tanto agasajo como en el de los persas, y donde presenció los mismos excesos que le habían llenado de horror. ¡Ah, ah! dijo para sí: si quiere el ángel Ituriel exterminar a los persas, también tiene que exterminar a los indios el ángel de las Indias. Habiéndose informado luego más menudamente de cuanto en ambos ejércitos había sucedido, supo acciones magnánimas, generosas y humanas, que

le pasmaron y le embelesaron. Inexplicables mortales, exclamó, ¿cómo podéis juntar con tanta torpeza tanta elevación, y tantas virtudes con tantos delitos?

Declaróse en breve la paz y los caudillos de ambos ejércitos que por sólo su interés habían hecho verter la sangre de tantos semejantes suyos, se fueron a solicitar el premio a su corte respectiva, aunque ninguno había ganado la victoria. Celebróse la paz en escritos públicos que anunciaban el reino de la virtud y de la felicidad en la tierra. Loado sea Dios, dijo Babuco; Persépolis va a ser la mansión de la más acendrada inocencia, y no será destruída como querían aquellos malditos genios: vamos sin más tardanza a ver esta capital del Asia.

Llegó a esta inmensa ciudad por la antigua entrada, aun sumida en la barbarie, y que inspiraba asco por su rudo desaliño. Sentíase toda esta porción del pueblo del tiempo en que se había edificado; que hemos de confesar, sea cual fuere el empeño de exaltar lo antiguo a costa de lo moderno, que en todas cosas las primeras pruebas siempre son toscas.

Metióse Babuco entre una muchedumbre de gentío compuesto de cuanto más puerco y más feo en ambos sexos pueda hallarse, la cual entraba a toda prisa en un obscuro y tenebroso recinto. El contínuo zumbido, el movimiento que notaba y el dinero que algunas personas daban a otras para tener derecho a sentarse, le dió a entender que estaba en un mercado donde se vendían sillas de paja, pero cuando vió que muchas mujeres se hincaban de rodillas, mirando al parecer a lo que tenían enfrente, y en realidad a los hombres de lado, echó de ver que se hallaba en un templo. Unas voces ásperas, carrasqueñas, desentonadas y gangosas, hacían que en mal articulados sonidos la bóveda resonara, parecidas a la voz de los onagros cuando responden, en las llanuras de los Pictavos, al cuerno que los llama. Tapábase los oídos; más tuvo luego que taparse ojos y narices, cuando vió que entraban en el templo unos zafios con palas y azadones. Levantaron éstos una ancha piedra; tiraron a mano derecha y a mano izquierda una tierra que exhalaba un hedor intolerable; pusieron luego un muerto en el hueco que habían hecho y volvieron a sentar la piedra. ¡Conque entierran estas gentes, exclamó Babuco, a sus muertos en los sitios mismos donde adoran la divinidad! ¡Conque están empedrados con cadáveres sus templos! Ya no me espanto de las pestilenciales dolencias que con tanta frecuencia afligen a Persépolis; capaz de envenenar todo el globo terráqueo la podredumbre de tantos muertos y de tantos vivos apeñuscados en un mismo sitio. ¡Ah, qué sucio pueblo es Persépolis! Sin duda que la quieren destruir los ángeles, para edificar otra ciudad más hermosa, y poblarla de gentes más aseadas y que canten mejor; la Providencia sabe lo que se hace; no nos metamos en quitarle su idea.

Acercábase ya el sol a la mitad de su carrera, y tenía Babuco que ir a comer al otro extremo del pueblo a casa de una dama para quien le había dado carta de recomendación su marido, que era oficial del ejército. Anduvo por mil y mil calles de Persépolis; vió otros templos más bien adornados, adonde concurría gente más culta, y donde se oía una armónica música; reparó en fuentes públicas, que aunque defectuosas hacían maravilloso efecto; vió frescas y amenas calles de árboles, jardines donde se respiraban los más exquisitos olores, y se veían reunidas plantas de los más remotos pueblos. Maravillóse al ver magníficos puentes, aunque estaban destinados a pasar un arroyuelo que sin mojarse los pies se vadea las cuatro quintas partes del año; pasó por calles anchas y magníficas, llenas de palacios a una y otra acera, y entró por fin en casa de la dama que con una sociedad de personas decentes le esperaba a comer. Estaba su casa limpia y bien adornada; la señora era moza, hermosa, discreta y cortés, y la sociedad amable, y decía Babuco entre sí: Sin duda que había perdido el juicio el ángel Ituriel, cuando quería destruír una ciudad tan cumplida.

Mas advirtió muy en breve que la señora, que al principio le había pedido amorosamente nuevas de su marido, al fin de la comida hablaba más amorosamente a un mago mozo. Luego vió que un magistrado delante de su propia mujer hacía mil halagos a una viuda, la cual estrechaba con una mano el cuello del magistrado, y daba la otra a un mozo muy lindo y modesto. La primera que se levantó de la mesa fué la mujer del magistrado, que se encerró en un gabinete inmediato para conferenciar con su director de almas, hombre elocuentísimo, que con tal energía hubo de discurrir con ella, que volvió abochornado el rostro, humedecidos los ojos, la voz trémula y los pasos vacilantes.

Babuco entonces se empezó a recelar de que tenía razón el genio Ituriel. Con el dote que tenía de granjearse la confianza, supo aquel día mismo los secretos de la dama, la cual le fió su cariño al mago mozo, asegurándole que en todas las casas de Persépolis encontraría lo mismo que en la suya había visto. Infirió Babuco que no podía durar semejante sociedad; que todas las casas habían de estar asoladas por celos, venganzas y rencillas; que sin cesar habían de verterse lágrimas y sangre; que infaliblemente habían de matar los maridos a los cortejos de sus mujeres, o de ser muertos por ellos; finalmente, que hacía Ituriel muy bien en destruír de una vez un pueblo abandonado a horrendos desórdenes.

Hallábase sumergido en estas tristes ideas, cuando se presentó a la puerta un hombre grave con capa negra, el cual pidió humildemente licencia para hablar al joven magistrado. Este, sin

levantarse, y sin mirarle siquiera, le dió con altivez y con aire distraído unos papeles y le despidió. Babuco preguntó quién era aquel hombre y la dueña de la casa le dijo por lo bajo: Es uno de los mejores abogados de la ciudad; hace cincuenta años que se dedica al estudio de las leyes. Este otro caballero, que no tiene más que veinticinco años y que es sátrapa del rey desde hace dos días, le encarga que le haga el extracto de un pleito que tiene que sentenciar mañana y que aún no ha tenido tiempo de examinar. Este joven aturdido obra con prudencia en pedir consejo a un anciano, dijo Babuco; pero ¿por qué no es juez, en su lugar, ese anciano? Usted se burla, le dijeron; los que han envejecido en empleos laboriosos y subalternos no llegan nunca a ocupar tales dignidades. Ese joven tiene un cargo importante porque su padre es rico, y aquí se compra, como granjería, el derecho de hacer justicia.

¡Oh costumbres! ¡oh desgraciada ciudad! exclamó Babuco; éste es el colmo del desorden; sin duda los que de esta suerte compran el derecho de juzgar, deben traficar con la justicia. No ven aquí sino abismos de iniquidad.

Mientras de esta suerte manifestaba su dolor y su sorpresa, díjole un joven guerrero que había llegado del ejército aquel mismo día: ¿Por qué pretende usted que no se compren los cargos de la magistratura? Yo también he comprado el derecho de afrontar la muerte a la cabeza de los dos mil hombres que tengo a mis órdenes; me ha costado cuarenta mil dáricos de oro este año el poderme acostar treinta noches seguidas sobre el duro suelo con mi casaca roja, y el haber recibido dos buenas heridas de que todavía me resiento. Si yo me arruino por servir al emperador persa, a quien no he visto en mi vida, el señor sátrapa puede muy bien pagar alguna cosa por tener el gusto de dar audiencia a los litigantes. Babuco, indignado, no pudo menos de condenar en lo íntimo de su corazón un país donde se vendían en pública subasta las dignidades civiles y militares, y de aquí dedujo con alguna ligereza que allí debían ser desconocidos el arte de hacer la guerra y las leyes, y que aun cuando el mismo Ituriel no exterminase a semejantes naciones, ellas mismas perecerían víctimas de su deplorable administración.

La mala opinión que había formado fué en aumento, cuando vió llegar a un hombre gordo, que, después de saludar muy familiarmente a toda la concurrencia, se acercó al joven oficial y le dijo: No puedo prestaros sino cincuenta mil dáricos de oro, porque, en realidad de verdad, las aduanas del imperio no me han producido este año sino trescientos mil. Babuco preguntó quién era aquel hombre que se quejaba de ganar tan poco y supo que había en Persépolis cuarenta reyes plebeyos que tenían arrendado

el imperio de Persia y pagaban, por vía de renta, alguna cosa al monarca.

Fuése después de comer a uno de los más soberbios templos de la ciudad, y se sentó en medio de una muchedumbre de hombres y mujeres que habían ido allí a matar el tiempo. Subió un mago a una tribuna alta, y discurrió largo tiempo acerca del vicio y de la virtud; y habiendo dividido en varias partes lo que no era menester dividir, probó metódicamente las cosas más claras, enseñó lo que sabía todo el mundo, se exaltó sin motivo, y salió sudando y sin respiración. Despertóse entonces la gente, y creyó que había asistido a una instrucción. Babuco dijo: Este buen hombre ha hecho cuanto ha podido por fastidiar a doscientos o trescientos conciudadanos suyos; pero su intención era buena y esto no es motivo para destruir a Persépolis.

Leváronle, al salir de esta asamblea, a que viera una fiesta pública que se celebraba todos los días del año en una especie de basílica, en cuya parte interior se veía un palacio. Formaban un hermoso espectáculo las ciudadanas más hermosas de Persépolis, y los principales sátrapas colocados en orden, y al principio creyó Babuco que se reducía a esto la fiesta. En breve se dejaron ver en el vestíbulo de este palacio personas que parecían reyes y reinas; su idioma era muy distinto del que estilaba el vulgo, y tenía ritmo, armonía y sublimidad. No se dormía nadie, que todos en alto silencio escuchaban, y si le interrumpían, era para dar pruebas de admiración y ternura general; y con tan vivos y bien sentidos términos se hablaba de las obligaciones de los reyes, del amor, de la virtud, y de los riesgos de las pasiones, que arrancaron lágrimas a Babuco: el cual no dudó que fuesen los predicadores del imperio aquellos héroes y heroínas y aquellos reyes y reinas que acababa de oír, y hasta hizo propósito de persuadir a Ituriel que los viniese a escuchar, cierto de que semejante espectáculo le reconciliaría con Persépolis para siempre.

Concluída la fiesta, quiso visitar a la reina principal que en aquel hermoso palacio había anunciado tan sublime y acendrada moral. Hizo que le introdujeran en casa de Su Majestad; y le llevaron por una mala escalerilla a un segundo piso, donde halló en un aposento pobremente alhajado una mujer mal vestida, que con noble y patético ademán le dijo: Mi oficio no me da para vivir; uno de los príncipes que habéis visto me ha hecho un hijo: estoy para dar a luz; no tengo dinero, y sin dinero todo parto es un mal parto. Babuco le dió cien dáricos de oro, diciendo: Si no hubiera cosas peores en la ciudad, poco motivo tuviera Ituriel para estar tan enojado.

Fué de allí a pasar la tarde a las tiendas de mercaderes de magnificencias supérfluas. Llevóle un sujeto inteligente que se ha-

bía hecho amigo suyo, compró lo que halló de su gusto, y con muchas cortesías se lo vendieron mucho más caro de lo que valía. Cuando hubo vuelto a casa, le hizo ver su amigo que le habían estafado, y apuntó Babuco en su libro de memoria el nombre del mercader, para que el día del castigo de la ciudad no le echara Ituriel en olvido. Estando escribiendo, llamaron a la puerta y entró el mercader que le traía a Babuco su cartera que había dejado olvidada encima del mostrador. ¿Cómo es posible, dijo Babuco, que seáis tan generoso y escrupuloso, después de haber tenido cara para venderme vuestras bujerías cuatro tantos más de lo que valen? No hay en toda la ciudad, le respondió el mercader, negociante ninguno algo conocido, que no hubiese venido a traeros la cartera; más cuando os han dicho que os he vendido lo que en mi tienda habéis comprado al cuádruplo de su valor, os han engañado, porque os lo he vendido diez veces más de lo que vale; y esto es tan cierto, que si dentro de un mes os queréis deshacer de ello, no os darán ni el diezmo, y no hay, empero, cosa más conforme a razón, porque siendo el antojo de los hombres lo que da valor a estas fruslerías, ese mismo antojo da de comer a cien obreros que empleo yo, y a mí me da una casa bien puesta, un buen coche y buenos caballos. Este antojo es lo que vivifica la industria, y mantiene el fino gusto, la circulación y la abundancia. A las naciones comarcanas les vendo mucho más caras que a vos esas mismas frioleras, y de este modo sirvo con provecho al imperio. Paróse Babuco pensativo un rato y le borró luego de su libro.

No sabiendo qué pensar de Persépolis, se determinó a visitar a los magos y a los literatos, lisonjeándose de que alcanzarían éstos el perdón de todo lo restante del pueblo, porque unos se aplican a la sabiduría, y a la religión los otros. La mañana siguiente fué a visitar un colegio de magos, y le confesó el archimandrita que tenía cien mil escudos de renta por haber hecho voto de pobreza, y que ejercía una vasta jurisdicción en virtud de otro voto de humildad. Dicho esto, dejó a Babuco en manos de un aprendiz de mago, para que le obsequiase.

Enseñábale éste las preciosidades de esta casa de penitencia cuando se esparció la voz de que traía comisión de hacer reformas. Al punto le dieron memoriales de cada una, que todos en sustancia venían a decir: *Conservadnos a nosotros y suprimid todos los demás.* Si daba crédito a sus propias apologías, todas estas congregaciones eran necesarias; si atendía a sus recíprocas acusaciones, todas merecían ser destruídas. Pasmábase Babuco de que no hubiese ninguna que, por edificar el universo, no quisiese ser árbitro de él. Presentósele entonces un hombrecillo que era semi-mago, el cual le dijo: La grande obra se va a cumplir, y Zerdust ha vuelto a la tierra; por tanto os rogamos que nos amparéis

contra el Gran Lama. ¿Conque contra el pontífice monarca, respondió Babuco, que reside en el Tibet?—Contra ese mismo.—¿Pues qué? ¿le hacéis la guerra y alistáis contra él un ejército?—No es eso; pero dice que el hombre es libre, y nosotros no lo creemos: escribimos contra él libracos que no lee; y apenas si nos ha oído mentar, aunque nos acaba de condenar, como un propietario que manda extirpar las orugas de su huerto. Asombróse Babuco de la locura de hombres que profesan la sabiduría, de las marañas de los que habían renunciado al mundo, de la ambición y altiva codicia de los que predicaban humildad y desinterés; y coligió que sobraban razones valederas a Ituriel para destruír toda esta raza.

Retiróse a su casa, mandó que le compraran libros nuevos para calmar su enfado, y convidó a comer a varios literatos para su recreo. Llegaron más del doble de los que había llamado, como acuden las avispas a la miel. No se daban vado estos gorreros a hablar y a engullir, y elogiaban dos clases de hombres: los muertos y ellos propios; mas nunca a sus coetáneos, exceptuando el amo de casa. Si decía uno un dicho agudo, bajaban los demás los ojos, y se mordían la lengua de sentimiento de no ser ellos los autores. Eran menos cautelosos que los magos, porque no aspiraba su ambición a tan altos objetos, solicitando cada uno un empleo de sirviente y la reputación de grande hombre. Decíanse en su cara denuestos, que se les figuraban agudos epigramas. Habíaseles traslucido algo de la comisión de Babuco, y uno de ellos en voz baja le suplicó que exterminase a un autor que no le había dado suficientes elogios hacía cinco años; otro le pidió la pérdida de un ciudadano que en sus comedias nunca se reía; y otro la extinción de la Academia, porque jamás había podido conseguir ser su individuo. Acabada la comida, se fueron solos todos, porque en toda esta caterva no había dos que se pudieran sufrir, ni se hablaban más que en las casas de los ricos que a su mesa los convidaban.

Creyó Babuco que poquísimo se perdía con que pereciese toda esta landre en la general destrucción.

Apenas se zafó de ellos, se puso a leer algunos de los libros que acababan de publicarse, en los que advirtió el carácter de sus convidados. Indignáronle más que todo las gacetillas de calumnias y los archivos de mal gusto dictados por la envidia, la hambre y la torpeza; viles sátiras que respetan los buitres y despedazan las palomas; novelas faltas de imaginación, donde se ven mil retratos ideales de sujetos que sus autores no conocen. Tiró al fuego todos estos detestables escritos, y salió aquella tarde de casa para ir al paseo. Presentáronle a un literato anciano que no había venido a aumentar el número de sus pegotes. Esquivaba

éste la muchedumbre, conocía a los hombres, sabía servirse de ellos y se explicaba con cordura. Hablóle Babuco con mucho sentimiento de cuanto había visto y leído. Cosas muy despreciables habéis leído, le dijo el cuerdo letrado, pero en todos tiempos y en todo país es muy común lo malo y rarísimo lo bueno. Habéis dado acogida en vuestra mesa a las heces de la pedantería, porque en toda profesión lo que siempre se presenta con más descaro es lo que menos merece salir a la plaza. Viven unos con otros, sosegados y en el retiro, los verdaderos sabios, y aun no nos faltan libros y autores que son acreedores a vuestra atención. Mientras que estaba hablando llegó otro literato y fueron sus razonamientos tan instructivos y agradables, tan superiores a las preocupaciones, y tan conformes con la virtud, que confesó Babuco que nunca había oído semejante cosa. Hombres son éstos, decía para sí, a quien no se atreverá el angel Ituriel a hacer mal, a menos que sea muy despiadado.

No conservaba menos enojo contra lo demás de la nación, aunque se había reconciliado con los literatos. Sois un extranjero, le dijo el hombre juicioso que le hablaba, y se os presentan de tropel los abusos, mientras que se os esconde el bien oculto que no pocas veces de estos mismos abusos resulta. Supo entonces que había entre los literatos muchos que no eran envidiosos, y hasta entre los magos algunos que eran virtuosos. Al fin entendió que estos grandes cuerpos, que con sus choques preparaban al parecer su ruina común, eran en la realidad fundaciones provechosas; que cada asociación de magos era un freno para sus émulas; que si a veces éstas diferían de opinión, todas enseñaban una moral misma; que instruían el pueblo, y vivían sujetas a las leyes: semejantes a los preceptores que celan los hijos de casa, mientras que a ellos los cela el amo. Trató a muchos, y encontró almas celestiales, y supo que entre aquellos mismos locos que querían poner guerra al Gran Lama, había varones eminentes. Sospechó al cabo que podían ser lo mismo las costumbres de Persépolis que sus edificios, que unos le habían parecido dignos de lástima y otros le habían sobrecogido en admiración.

Dijo un día al literato: Ahora conozco que los magos, que por tan peligrosos había tenido, pueden ser muy provechosos, especialmente cuando un prudente gobierno estorba que se granjeen sobrado influjo, pero no podrá usted menos de confesar que estos magistrados jóvenes que compran su cargo tan pronto como aprenden a montar a caballo, deben ostentar en los tribunales la más ridícula impertinencia y la más perversa iniquidad; preferible sería, sin duda, dar esos puestos a los viejos jurisconsultos que han pasado su vida estudiando el pro y el contra. El letrado le replicó: Usted ha visto nuestro ejército al llegar a Persépolis, y

sabe que nuestros jóvenes oficiales se baten muy bien, aunque han comprado sus cargos; tal vez echará usted de ver que nuestros magistrados jóvenes no juzgan tan mal aunque han pagado para hacerlo.

Llevóle el día siguiente al tribunal donde debía verse un pleito importante. Todo el mundo conocía el asunto. Los viejos abogados que hablaron en pro y en contra andaban indecisos en sus opiniones, aducían cien leyes, que no venían al caso, y miraban el asunto por todos lados menos por el verdadero. Los jueces tardaron mucho menos en decidirse y su sentencia fué casi unánime; juzgaron bien porque siguieron la luz de la razón; en tanto que los otros habían opinado mal, porque sólo habían consultado sus libros.

Babuco dedujo de ello que muchas veces suelen traer grandes ventajas ciertos abusos. Aquel mismo día vió que la opulencia de éstos, que tanto le había repugnado, producía a veces mucho fruto, porque habiendo necesitado dinero el soberano, halló en una hora por su medio lo que por las vías ordinarias no hubiera en seis meses encontrado, y se convenció de que estas pardas nubes, alimentadas con el rocío de la tierra le restituían en lluvias lo que de ella recibían, aparte de que los hijos de estos hombres nuevos, por lo común más bien educados que los de las más antiguas familias, valían mucho más que éstos, porque tener por padre a un buen calculador no quita que sea uno juez recto, valiente soldado o hábil estadista.

Poco a poco perdonaba Babuco la codicia del asentista, que en la realidad no es ni más ni menos codicioso que los demás, y que es indispensable; disculpaba la locura de disipar su caudal por hacer la guerra que era origen de tantas bélicas proezas, y perdonaba los celos de los literatos, entre quienes se hallaban sujetos que ilustraban el mundo; se reconciliaba con los magos ambiciosos y tramoyistas, que con pequeños vicios juntaban grandes virtudes, aunque le quedaban no pocos escrúpulos, especialmente sobre los galanteos de las damas y las horrendas consecuencias que infaliblemente habían de producir, y que le llenaban de horror y sustos.

Queriendo examinar todos los estados, hizo que le llevaran a casa de un ministro, y en el camino iba temblando de ver alguna mujer asesinada por su marido en presencia suya. Llegó a la antesala del hombre de Estado, y estuvo dos horas aguardando a que dijeran que estaba allí y otras dos después que lo hubieron dicho, haciendo en este tiempo firmísimo propósito de recomendar al ministro y sus insolentes conserjes al enojo del angel Ituriel. Estaba la antesala atestada de damas de todas clases, de magos

de todos colores, de jueces, mercaderes, oficiales y pedantes, que todos estaban quejosos del ministro. Decían el avariento y el logrero: No hay duda de que roba este hombre las provincias. Afeaba sus rarezas el extravagante; decía el sensual que sólo con sus gustos tenía cuenta, y esperaban las mujeres que en breve le sustituiría otro ministro más mozo.

Oía Babuco todas estas razones, y no pudo menos de decir: ¡Qué hombre tan dichoso es éste! Todos sus enemigos los tiene en su antesala; su potencia abruma a sus envidiosos, y mira a sus plantas a cuantos le detestan. Al fin entró en su gabinete y vió a un viejecito agobiado de años y quehaceres, pero vivo todavía y muy inteligente. Gustóle Babuco y a Babuco le pareció un sujeto muy digno de estimación. Fué muy interesante la conferencia; el ministro le confesó que era el hombre más desgraciado; que le tenían por rico y era pobre; que le creían omnipotente, y para todo encontraba impedimentos; que todos sus beneficios habían sido pagados con ingratitudes, y que en cuarenta años de continuas faenas había tenido apenas un rato de satisfacción. Enterneciόse Babuco, y dijo entre sí que si había cometido algunos yerros este hombre, y por ellos le quería castigar el angel Ituriel, bastaba con dejarle su cargo sin exterminarle.

Estaba razonando con el ministro cuando entró desatentada la hermosa dama en cuya casa había comido Babuco, manifestando su rostro y sus ojos los síntomas del dolor y el enojo. Prorrumpió en amargas quejas contra el hombre de Estado; vertió lágrimas; se lamentó amargamente de que hubieran negado a su marido un cargo a que podía aspirar por su cuna, y a que le hacían acreedor sus heridas y servicios; y habló con tanta energía, se quejó con tal gracia, desvaneció con tal maña los reparos, con tal elocuencia esforzó sus razones, que no salió del gabinete hasta haber conseguido la fortuna de su marido.

Salió Babuco dándole la mano, y le dijo: ¿Es posible, señora que os hayáis tomado tanto trabajo por un hombre que no queréis, y que tanto tenéis por qué temer? ¿Cómo es eso que no le quiero? replicó la dama, sabed que mi marido es el mejor amigo que tengo en este mundo, y que sacrificaré por él todo cuanto tengo, como no sea mi amante; lo mismo que hiciera él, menos sacrificar a su querida. Quiero que la conozcáis, que es una muy linda señora, muy discreta y de excelente genio; esta noche cenamos juntos con mi marido y mi amiguito el mago; venid a participar nuestro gusto.

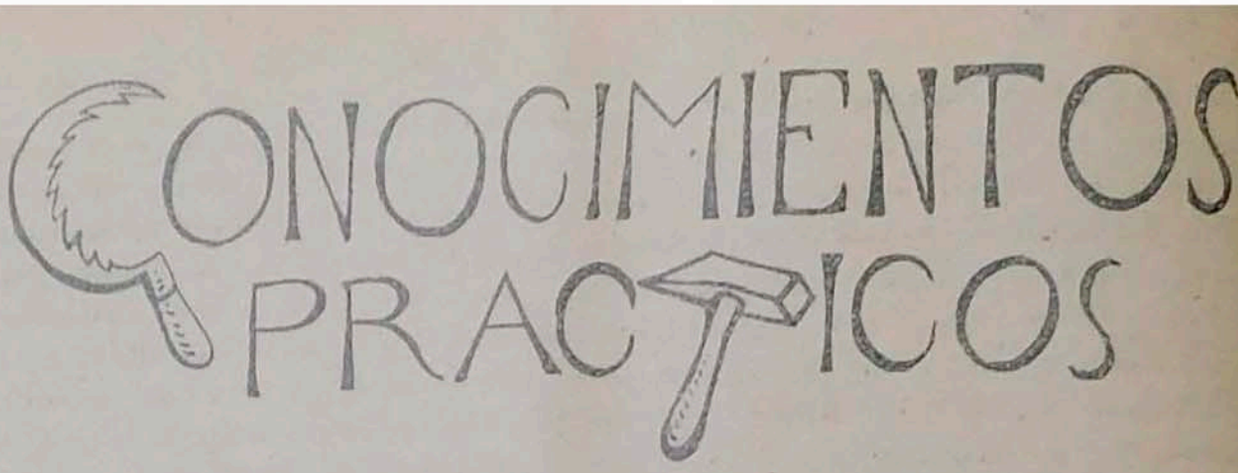
Llevóse la dama consigo a Babuco, y el marido, que estaba sumido en el más hondo dolor, recibió a su mujer con raptos de gratitud y alborozo, dándole mil abrazos a ella, a su dama, al mago y a Babuco. El banquete lo animaron el contento, las gracias

y los donaires. Sabed, le dijo la hermosa dama con quien cenaba, que las que a veces califican de mujeres sin honra casi siempre poseen las virtudes de un hombre honrado, y en prueba de ello, venid mañana a comer conmigo en casa de la hermosa Teone. Algunas vestales viejas murmuran de ella; pero más obras de beneficencia hace ella sola que todas juntas las que la muerden; no cometiera la más leve injusticia por todos los intereses del mundo; a su amante le da siempre consejos generosos: sólo su gloria le ocupa, y se sonrojaría él si en su presencia malograra una sola ocasión de obrar bien, porque no hay mayor estímulo para virtuosas acciones, que tener por juez y testigo de su conducta una amada cuyo aprecio anhela uno merecer.

No faltó Babuco a la cita, y vió una casa que era el emporio de los placeres. En ellos reinaba Teone; con cada uno hablaba el idioma que entendía; su natural entendimiento dejaba explayarse el de los demás; agradaba casi sin querer; tan amable era como benéfica; y para dar más lustre a todas sus dotes, era muy hermosa.

Conoció Babuco, aunque era escita y enviado por un genio, que si se detenía más tiempo en Persépolis le haría Teone olvidarse de Ituriel. Cogía cariño a la ciudad cuyos vecinos eran afables, corteses y benéficos, aunque murmuradores, insustanciales y vanidosos. Temía ya que fuese condenada Persépolis, y hasta temía la cuenta que a dar iba.

Así para darla hizo lo siguiente: mandó al mejor estatuario del pueblo que le fundiera una estatua pequeña, compuesta de todos los metales y de las tierras y piedras más preciosas y más viles, y se la llevó a Ituriel. ¿Haréis pedazos, le dijo, esta linda estatua porque no es toda ella de oro y diamantes? Comprendió Ituriel el emblema, y se determinó a no tratar ni siquiera de enmendar a Persépolis, y dejar que anduviera el mundo como anda, diciendo: *Si no todo es bueno, a lo menos todo es tolerable.* Subsistió, pues, Persépolis, y Babuco estuvo muy distante de quejarse, como hizo Jonás que se enfadó porque no fué destruída Nínive. Verdad es que quien ha pasado tres días en el vientre de una ballena, no gasta tan buen humor como el que ha estado en la ópera, en la comedia y ha cenado con gente de fino trato.



LA VENTILACION

DESDE la primera respiración de la infancia hasta el último débil suspiro de la vejez, la primera necesidad de la vida es el aire. El aire es el alimento de los pulmones como el pan es el primero para el estómago. Más son los millones de gentes que mueren por falta de este alimento pulmonar que por la falta de cualquier otro. Si no tenemos lo suficiente, nuestra es la culpa; pues cuando cerramos las puertas y las ventanas, a más no poder, este elemento fortificante y vivificante está soplando afuera, buscando modo para entrar.

La gente que clava las ventanas, cierra toda grieta en las paredes, calafatea con fieltro los quicios de las puertas y fija alguna invención de patente en el dintel para impedir la entrada del menor soplo de aire puro, que de otro modo quizá podría penetrar, se está defendiendo contra su mejor amigo. A un hombre que con tanto cuidado y tanta deliberación se privara de los medios de procurarse el alimento ordinario, se le consideraría como un suicida. ¿Será menos culpable, aunque sea por ignorancia, aquél que se priva de una necesidad aún mayor, cual es el aire puro?

La demanda de aire puro es la más imperiosa de todas las necesidades del sistema. Se morirá más pronto el individuo a quien le falte el aire que cualquiera otra necesidad de la vida. Un individuo puede vivir hasta varias semanas sin ningún alimento sólido. Muchos de estos casos han sido observados por autoridades eminentes. Privado completamente de líquido no dura mucho la vida. Pero si se le priva del aire, la muerte resulta en pocos minutos.

La necesidad primera, mayor y constante para un individuo, es el aire y necesariamente debe contener cierta cantidad de oxígeno para que la vida se mantenga. A cada persona le debe tocar dos mil pies cúbicos o sea cincuenta y seis mil litros de aire fresco cada hora. El aire respirado dos veces, contiene bastante gas ácido carbónico para apagar una luz. Un solo quemador de gas consume el oxígeno que bastaría para diez y seis personas.

LA VENTILACION

El aire, ese don precioso del cielo, que todos pueden tener, os bendecirá con su poder vigorizante si no le vedáis la entrada. Dadle la bienvenida, cultivad un amor para él y se declarará un calmante precioso para los nervios. La influencia del aire puro y fresco hace que la sangre circule con mejor salud por el sistema. Refresca el cuerpo y tiende a hacerlo fuerte y sano, y al mismo tiempo su influencia se hace sentir decididamente en la mente, impartiéndole serenidad y reposo. Estimula el apetito, hace más perfecta la digestión e induce a un sueño profundo y dulce.

Podemos elegir que sea el aire bueno o malo; pero no está en nuestra mano el elegir si hemos de respirar o no. La naturaleza ha puesto en nosotros el deseo del aire fresco y puro y un disgusto para el aire impuro, los malos olores y los gases venenosos.

LA IMPORTANCIA DE LA VENTILACION

Los esfuerzos persistentes que en algunas casas se hacen para excluir el aire puro, es una causa abundante de enfermedades y de debilidad física. Cada soplo de aire puro que respiramos, libra la sangre de impurezas. Cada latido del corazón envía la sangre por las arterias a todas las partes del cuerpo, donde ésta recoge las materias gastadas y envenenadas y vuelve por las venas al corazón; el corazón, funcionando luego como bomba, impele la sangre a los pulmones, donde se purifica y se vitaliza con el oxígeno del aire que respiramos. Si este aire está cargado de venenos, su poder para purificar y vitalizar se disminuye y la sangre tiene que volver a cargarse con estos venenos y arrojarlos sobre los otros órganos delicados, sobrecargándolos y debilitándolos. De tal suerte el cuerpo se llena de impurezas, hasta que la naturaleza se desahoga, quemando las impurezas con fiebres o expeliéndolas en la forma de humores escrofulosos, llagas y otras enfermedades graves.

LA VENTILACION DIARIA

No basta abrir las puertas y las ventanas y ventilar bien la casa una vez por semana. Algunas amas tienen un día especial para tal ventilación y se consuelan creyendo que esa sola corriente, junto con el poco de aire que entra por la cerradura, basta para una familia, por una semana. Cada habitación en la casa debe ventilarse diariamente. Cuando el tiempo es bueno, las puertas y las ventanas deben abrirse de par en par una hora todas las mañanas; si se pueden tener abiertas más tiempo durante el día, mejor será.

LA CANTIDAD DE AIRE QUE SE NECESITA

Si no se ha hecho bastante provisión para ventilar constan-

temente, las ventanas deben acomodarse a tal fin, lo mejor que se pueda, abriéndolas bien.

La ventilación necesaria depende del tamaño de las habitaciones, del número de personas que viven en la casa y del uso que se haga de lámparas de gas o estufas de petróleo. Cada individuo y cada llama consume oxígeno y despide gas ácido carbónico, uno de los venenos más peligrosos; y la ventilación debe ser suficiente a fin de dar una cantidad abundante para todos. A medida que se agota el oxígeno, las lámparas arden mal; lo mismo sucede con la lámpara de la vida. Para arder bien y con brillo, debe tener una cantidad de aire puro y fresco y debe arrojarse el aire viciado.

DORMITORIOS MAL VENTILADOS

Las habitaciones para dormir, mal ventiladas, perjudican mucho la salud. La vitalidad está en su punto más bajo durante las horas de dormir y entonces el sistema absorbe más fácilmente los venenos. Con bastante frecuencia se hallan las ventanas cerradas y las aberturas en las paredes cubiertas con gruesas cortinas. Es realmente peligroso dormir en una pieza semejante. Al entrar en tales habitaciones por la mañana, se encuentra uno con un hedor insoportable, estando el aire cargado con las impurezas exhaladas durante la noche.

EL TEMOR A LOS RESFRIOS

Muchas personas se encierran cuidándose del aire por temor a un resfrío, cuando en verdad las habitaciones mal ventiladas constituyen una de las causas principales de resfríos, mal de garganta y una pesadez y decaimiento general. Las habitaciones y dormitorios mal ventilados son indudablemente responsables, en gran parte, de la pérdida de vitalidad y de energía física, que abren las puertas a las enfermedades del pulmón y los bronquios. El *aire cocido* no se puede recomendar como se recomiendan las habas cocidas. Es la causa de muchos resfríos. Más vale endurecernos poco a poco contra el frío, y por medio de la buena ventilación reforzar nuestra capacidad para resistir. El aire fresco a los cero grados, es mejor que el aire impuro o viciado, no importa a qué número de grados de temperatura agradable. Las gentes que viven en casas mal ventiladas no pueden ser ni sanas ni vigorosas

CUARTOS HUMEDOS

Algunas personas viven bajo la creencia de que con cerrar puertas y ventanas están protegiendo sus habitaciones contra el frío y la humedad. Todo lo contrario acontece, pues es muy difícil calentar el aire impuro; aun en tiempo de frío, cuando se tiene que calentar algún salón grande, se ahorra tiempo y combustible

dejando llenar el salón con el aire puro y fresco, antes de encender el fuego. Si el aire se mantiene puro en una casa, puede tenerse a buena temperatura con menos combustible que cuando el aire está viciado. Toda casa mal ventilada es seguramente húmeda y la humedad no tiene por donde escaparse; así, pues, baña las paredes y los cuartos se hacen húmedos y fríos.

CUARTOS CALIENTES

Se estorba frecuentemente la ventilación debido a la costumbre inconsiderada de tener los cuartos a una temperatura muy elevada. Con frecuencia, algunas casas tienen una temperatura de veinticinco a veintisiete grados en la estación fría. Tal temperatura causa un decaimiento excesivo y se expone uno a cambios peligrosos por el enfriamiento repentino que se experimenta al pasar de una pieza caliente al frío exterior o al de los corredores le otros cuartos.

CORRIENTES DE AIRE

Evítense las corrientes de aire cuando esté uno caliente. Puede ser muy agradable, pero el bienestar que se siente será de poca duración. Debe entenderse que una brisa o el aire en movimiento no es precisamente una corriente. Esta precaución se da como un aviso contra la repentina detención del sudor. *Enfriarse poco a poco* es un dicho muy común que se debe recordar.

Los dormitorios mal ventilados son un sepulcro, ha dicho un médico. Por otro lado, los dormitorios con exceso de aire en la estación del frío también hacen sepulcros. Un chiflón de aire que viene del exterior y da sobre la persona dormida, que tiene mal de garganta o de los bronquios, es más peligroso que una ventilación imperfecta. En esto, como en otras cuestiones sanitarias, las circunstancias individuales tienen que tomarse en cuenta.

En una convención reciente, que se convocó a mediados del invierno, los concurrentes habían estado sentados por más de dos horas en un salón mal ventilado y muy caliente. Durante un receso de quince minutos las ventanas y las puertas fueron abiertas de par en par y el viento frío penetró dentro del edificio, trayendo el aire, ciertamente puro, pero causando un cambio repentino. Al terminar la intermisión, un médico eminente se presentó y explicó los peligros que ocasionan cambios tan repentinos. Dijo que *podían causarse enfermedades mortales con una exposición que dure cinco minutos; mientras que un hombre podía vivir, aunque con dificultad, por cincuenta años en un aire impuro.*

APLICACIONES UTILES DE LA GEOMETRIA

POR JOSE ARTEAGA

HE aquí una regla fácil para encontrar el volumen de un vaso en forma de un trozo de cono, una de las más comúnmente usadas.

Se mide con cuidado el diámetro de la boca, el del fondo y la altura del vaso. Con los datos así obtenidos se procede como sigue:

Se obtiene el cuadrado de los diámetros (multiplicando cada uno por su propia longitud) se suman los cuadrados y a la suma se agrega el producto de la longitud de un diámetro por la del otro. El resultado anterior, se multiplica por la altura y éste producto por 0.7854. El resultado así obtenido se divide por 3 para encontrar el volumen deseado.

Tenemos, por ejemplo, un vaso de la forma de las cubetas que comúnmente se utilizan para usos domésticos (figura 1).

Los diámetros AB y CD se miden por cualquiera de los procedimientos ya explicados en *EL MAESTRO*.

Fig. 2.

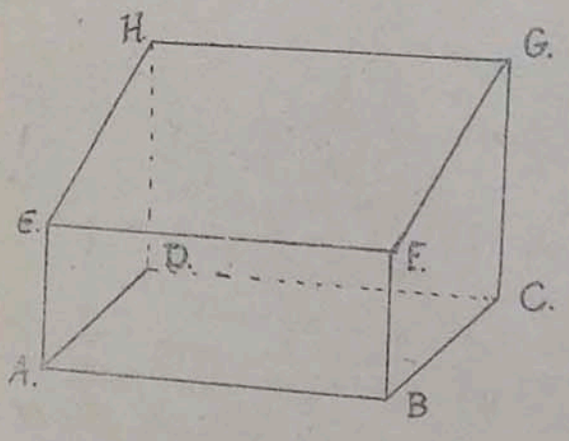
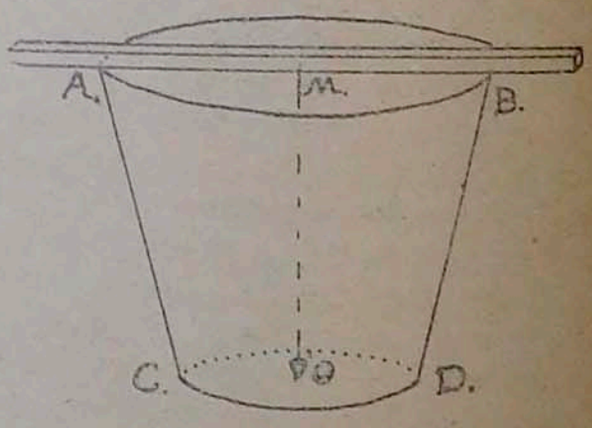


Fig. 1.



Para obtener la altura OM, conviene colocar una regla bien fuerte sobre los bordes de la cubeta y con una plomada, medir cuidadosamente la distancia que hay de los bordes de la misma al fondo.

Sea en el ejemplo propuesto:

Díametro AB. . . . .30 centímetros.
Díametro CD. . . . .25 centímetros
Altura OM. . . . . .35 centímetros.

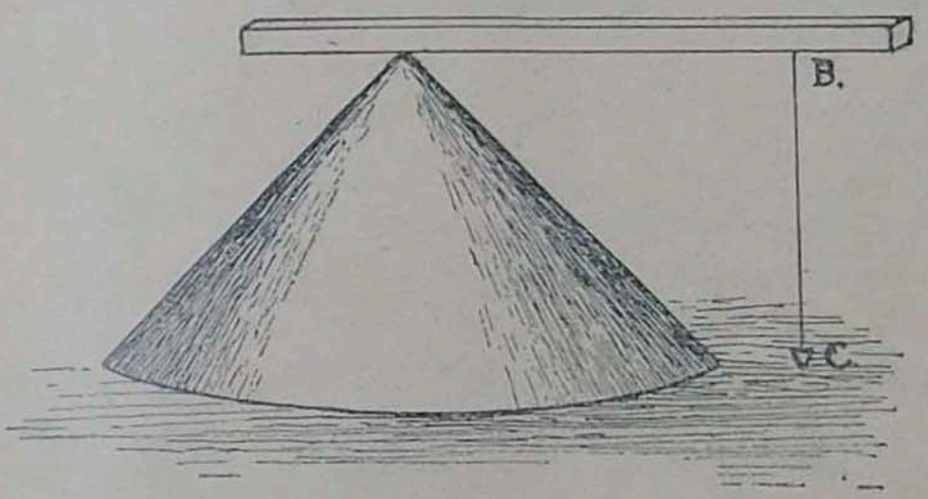
Según la regla se tendrá:

AB^2 cuadrado del diámetro AB=. 900
CD^2 cuadrado del diámetro CD=. 625
AB × CD producto de los
díametros. 750

Suma. 2275

2275 X 35=79625
79625 X 0.7854=62527.—Tercera parte del resultado anterior.

Fig 3.



20842 centímetros cúbicos (omitiendo las cifras decimales) o sea 20 litros y 842 centímetros cúbicos. Muy aproximadamente 21 litros.

Si se desea saber el volumen de una caja cuya tapa está inclinada con respecto al fondo (figura 2), o de cualquiera otro sólido de forma semejante, se procede así:

Se mide la arista AE, BF, CG, DH, y la suma de sus dimensiones se divide entre el número de aristas. Este resultado se multiplica por la superficie de la base o fondo de la caja. El producto es el volumen.

Cuando se quiere saber violentamente la cantidad de metros cúbicos o de hectólitros que hay en un montón de arena, grava, tierra o aún de grano, se comienza por dar al montón una forma regular. (Cono o prismo, figuras 3 y 4.)

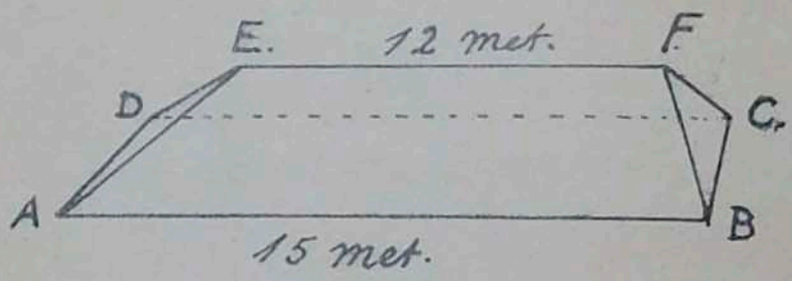
Si se trata de un cono, figura 3, se encuentra la superficie de la base como ya se ha dicho al tratar del volumen del tinaco (número anterior de *EL MAESTRO*)

Se mide, por medio de una regla colocada a nivel y una plo-

mada, la altura BC del cono. Se multiplica la superficie de la base por la altura y la tercera parte de este producto es el volumen.

Si el material no se puede disponer como anteriormente se expresa, se arregla de modo que tome la forma de un trozo de prisma triangular o cuña, figura 4, procurando que la base AB, CD

Fig 4.



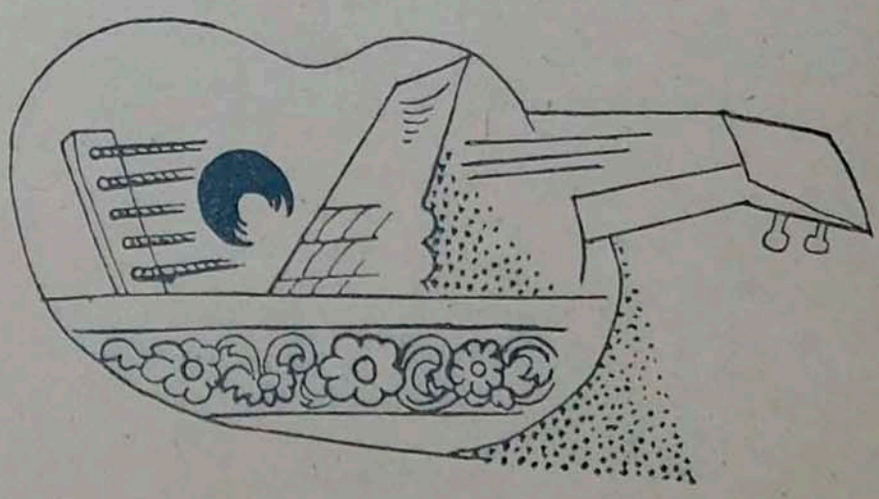
sea rectangular y que la arista EF quede a nivel y tan recta como sea posible.

Hecho esto se mide, como al tratarse del cono, la altura del punto E valiéndose de una regla a nivel y de una plomada. Se miden las aristas AB, CD y EF, se suman sus dimensiones, se multiplica la suma por la altura medida y por el ancho AD de la base. Dividiendo el producto por 6 se tiene el volumen.

Tomando las indicaciones de la figura 4, se tiene:
AB+BC+EF=42 metros.... Altura del punto E, 1.20.... ancho AD=2 metros.
$42 \times 1.20 \times 2 = 100.80$..... $\frac{100.80}{6} = 16.80$ metros cúbicos.

NOTA.—Es conveniente para evitar errores, expresar todas las medidas en metros o en centímetros. En el primer caso, se obtendrán metros cúbicos; en el segundo caso, centímetros cúbicos.

Metros cúbicos divididos por 10 dan hectólitros. Centímetros cúbicos multiplicados por 1,000 dan litros. Litros multiplicados por 100 dan hectólitros.



LA ENSEÑANZA DEL DIBUJO

LOS METODOS DEL PROFESOR CATTERSON-SMITH

TODOS los que—iniciados o profanos en el arte del dibujo, maestros o discípulos—hayan experimentado alguna vez la dificultad de "pintar" de memoria hasta los objetos de uso más familiar y más triviales (un par de tijeras, por ejemplo), harán bien en leer un pequeño e interesante libro que acaba de publicar el señor R. Catterson-Smith, exdirector de Educación Artística de la ciudad de Birmingham, Inglaterra.

Bajo el título de *Drawing from Memory and Mind Picturing* (*) el señor Catterson-Smith expone en su libro, en forma lúcida, atractiva hasta para el profano, y con gran acopio de ilustraciones, los métodos de enseñanza que por muchos años, y con admirables resultados, ha estado poniendo en práctica en la Escuela de Arte de Birmingham. Esos métodos son el fruto de largos y pacientes estudios dedicados a la investigación de las funciones de la memoria en relación con las obras de arte. Su exposición está llamada seguramente a abrir un nuevo y ancho campo a la enseñanza del dibujo en todas partes, y a darle a este arte el lugar que le corresponde, no sólo en la educación artística propiamente dicha, sino en el cuadro general de la educación moderna.

Hasta hace unos cuarenta años, el dibujo se enseñaba como un mero ornamento cultural, sin ningunos fines prácticos de educación bien definidos, y su estudio se reservaba casi exclusivamente a los aspirantes a la carrera de las Bellas Artes. Hoy, en cambio, se le considera como un elemento importantísimo de educación general, y su enseñanza se practica con esmero en todas las escuelas. Pero si es cierto que en los últimos tiempos ha habido una revolución saludable en cuanto al concepto educativo del dibujo, no puede decirse lo mismo en cuanto a los sistemas adoptados para su enseñanza, que en la mayor parte se limitan a perfeccionar la habilidad puramente mecánica del alumno para reproducir o imitar modelos y diseños, descuidando una función mucho más importante y útil, como es la de estimular su espíritu de observación, educar su memoria (para aprovechar inteligentemente todo lo que ésta ha atesorado, y que ha sido ya asimilado e individualizado)

(*) Sir Isaac Pitman and Sons. Litd. Bath, England.

y, en el caso de artistas, de desarrollar su facultad inventiva—úni-
ca capaz de producir obra de arte.

El señor Catterson-Smith es uno de los pocos educadores que ha comprendido la necesidad de reformar estos anticuados métodos de enseñanza del dibujo, haciéndolos más adaptables a su objeto, y más en consonancia con nuestras ideas modernas de lo que debe ser la educación.

"Si el objeto principal de la educación artística"—dice el señor Catterson-Smith—"es infundir el conocimiento del Arte en las masas, descubrir a los que están dotados de talentos especiales y, una vez descubiertos, desarrollar sus facultades imaginativas y creadoras de artistas, es muy discutible entonces la bondad de los métodos usuales de enseñanza, que consisten, en general, en la reproducción o copia directa de objetos y modelos." Los métodos que él ha puesto en práctica, son enteramente diferentes, y vienen a ser en cierto modo una continuación, aunque desde un punto de vista diverso, de las teorías expuestas por Lecoq de Boisbaudran hace tres cuartos de siglo, en su tratado sobre la educación de la memoria en relación con el Arte.

Catterson se dirige a la imaginación, no a la habilidad más o menos mecánica del alumno. "La imaginación"—dice Wordsworth—"no tiene nada que ver con las imágenes que son una mera copia fiel que el cerebro guarda de los objetos externos ausentes: es una palabra de un significado más alto, y que denota ciertas operaciones del cerebro sobre esos objetos." Y John Ruskin escribía en 1883: "Por imaginación entiendo, sobre todo, la facultad de ver cualquier cosa que describimos, como si fuera real: de tal suerte que viéndola como la describimos (o pintamos), observemos en ella ciertos puntos que hagan más vívida la descripción,—puntos que una *vaga memoria* no hubiera percibido, o que fácilmente se hubieran podido tomar de las expresiones de otros escritores." Dickens expresa un pensamiento semejante cuando dice en *David Copperfield*: "Cuando escribo, más que *recordar*, lo que hago es *ver y oír*."

Atento a este orden de ideas, el objeto principal que persigue el señor Catterson-Smith, es desarrollar en el principiante, no la mera habilidad para copiar o imitar lo que ve, sino su facultad inventiva y constructiva —creadora, en una palabra—. No es la reproducción fiel de un modelo u objeto cualquiera lo que debe interesar al alumno, sino la *concepción mental* que de él se forme, y que le sirva después para expresar ese modelo u objeto en términos de Arte.

No de otra manera procedían los grandes artistas griegos de la antigüedad, cuyas obras eran el resultado de concepciones mentales provenientes de la observación, de la memoria y de la experiencia, más bien que de la copia directa y fiel de objetos y mode-

los. En apoyo de esto, el autor cita las palabras del profesor Loewy en su tratado sobre la representación de la naturaleza en el arte griego primitivo: "Al lado de las imágenes que la realidad presenta a los ojos, existe otro mundo de imágenes, que viven ya, o que toman vida, sólo en nuestra mente, y que aunque sugeridas de hecho por la realidad, han sufrido sin embargo una metamorfosis. Todos los artistas primitivos, al imitar a la Naturaleza, tratan meramente de reproducir, con la espontaneidad de una función física, esas imágenes mentales: y así era como pasaba con los griegos."

El desarrollo de esta facultad de producir o percibir *imágenes mentales*, debe ser, en opinión de nuestro autor, el punto de partida de la educación del artista, y debe entrar en gran parte en el programa de todos los planteles en que se enseña el dibujo. Para lograr este objeto implantó en la Escuela de Arte de Birmingham un método original de enseñanza, que consiste en habituar a los alumnos a dibujar y modelar de *memoria*, valiéndose de imágenes mentales, ya sean conscientes o inconscientes, es decir, espontáneas.

El señor Catterson-Smith dice al alumno: "Quiero que veas con los ojos de la imaginación, no que des forma o que pienses *constructivamente*: más bien dejando que la imagen o imágenes lleguen a tu cerebro libremente. Si piensas y construyes, lo más probable es que en la mayor parte de los casos te equivoques; pero en cambio, tu libre *visualización* es muy posible que sea siempre justa y correcta. Porque tu *vista mental* ha obtenido su conocimiento de las cosas por medio de un flujo constante de imágenes transmitidas a tu cerebro del exterior—la presencia de millares de cosas que pasan por tus ojos sin que puedan analizarlas, y que forman un gran tesoro de imágenes en tu mente. De algunas de ellas, quizá puedas comprender la construcción, y en tal caso las evocarás en un momento dado; pero la gran mayoría escapan a tu análisis y comprensión. Puedes, sin embargo, evocar sus imágenes, y si dejas que éstas lleguen a tu cerebro libremente y sin esfuerzo, te será dado reproducirlas fielmente."

Claro es que estas imágenes mentales no deben confundirse con la imagen que persiste en la retina cuando se cierran los ojos después de haber mirado fijamente un objeto, especialmente un objeto luminoso. Esta última es una imagen óptica, que puede, no obstante, convertirse en imagen mental si la memoria la evoca; pero su valor en la educación artística es casi nula, como no sea en relación con el estudio del colorido.

Entre los métodos empleados por el señor Catterson-Smith, el más ingenioso quizá, es el que consiste en hacer que los alumnos dibujen *con los ojos cerrados* un objeto cualquiera cuya imagen mental han percibido de antemano. Naturalmente, esto

dibujos resultan defectuosos en línea y proporción, pero no en concepción, y generalmente reproducen con suficiente claridad y precisión el objeto imaginado. Después de hacer el dibujo con los ojos cerrados, el alumno procede a hacer un diseño acabado con *los ojos abiertos*, pero sin permitirle que copie el dibujo hecho a ciegas, ni que se guíe por él. La práctica constante y sistemática de esta clase de ejercicios, desarrolla en el alumno una facultad de *visualización* verdaderamente extraordinaria, como podrá ver cualquiera que se tome el trabajo de examinar las ilustraciones que presenta el autor.

Para desarrollar esta facultad en los principiantes, el maestro puede poner en práctica ejercicios como éste:

"Imaginen ustedes"—les dirá a los alumnos—"que tienen un disco de papel blanco en la mano: dóblenlo (todas estas operaciones mentalmente, por supuesto) en forma de semicírculo, y en seguida, en forma de cuadrante de círculo: imaginen ahora que con unas tijeras recortan una muesca en el ángulo formado por los lados del cuadrante (que corresponde al centro del disco), y otra en el centro de cada uno de estos lados. Finalmente, imaginen que desdoblan el papel y lo extienden sobre la mesa. El problema es dibujar ahora, *con los ojos cerrados*, el disco, mostrando los dobleces y las muescas hechas." Este ejercicio, uno de los más sencillos, permite variantes y modificaciones ilimitadas al maestro quien únicamente debe cuidar de no exigir demasiado esfuerzo de concentración mental al alumno, para que sus dibujos sean siempre el resultado de la visualización de las imágenes, y no de esa "vaga memoria" de que habla Ruskin.

Entre los dibujos hechos por los alumnos de la Escuela de Arte de Birmingham, de memoria y a ojos cerrados, hay algunos que podrían competir ventajosamente con las mejores copias y reproducciones directas de objetos y modelos de cualquier academia. Esos dibujos, por otra parte, abarcan un inmenso campo de experimentación y de estudio. El alumno empieza por dibujar (todo de memoria, como se ha dicho) hojas y plantas de sencilla estructura; pasa después a la combinación de unidades de ornato; en seguida a la reproducción de objetos proyectados por breves instantes en una pantalla, por medio de una linterna mágica. Más tarde se le hace que dibuje de memoria, objetos de todas clases vistos en una visita a un museo público. Viene, en seguida, el dibujo al dictado, que consiste en hacer que el alumno dibuje con los ojos cerrados, y después con los ojos abiertos, alguna combinación estructural, como un cubo a un ángulo determinado, arriba o abajo del horizonte visual, y que tiene superpuesta en cada una de sus caras, una pirámide cuadrangular, por ejemplo. Estos ejercicios sirven para aplicar los principios de perspectiva que el alumno recibe en clases especiales. Una vez adquirida práctica en

estos ejercicios, el alumno pasa a dibujar (de memoria también) animales en reposo y en movimiento, al diseño de artículos manufacturados, tales como cafeteras, jarras, etc.; al modelado, a la composición, a la ornamentación, etc., etc., y finalmente, al dibujo de la figura humana en todos sus aspectos.

Hay algunos otros ejercicios suplementarios que son dignos de mención, a saber:

El maestro muestra a los alumnos una parte de un objeto cualquiera, y les pide que dibujen el objeto completo. Muestra en una pantalla un animal cualquiera en una actitud determinada, y pide a los alumnos que dibujen ese mismo animal en *otra actitud*. Lleva a los alumnos a un cinematógrafo, y al volver a la escuela les hace dibujar algo de lo que vieron. El maestro hace una descripción verbal de un cuadro de una galería de pinturas, y pide a los alumnos que lo reproduzcan. (Ejemplo notable de esto, es una ilustración que representa un dibujo a colores hecho por los alumnos de la Escuela de Arte de Birmingham, basado en una descripción verbal de un cuadro de Antonio Pollajuolo, que los alumnos no habían visto nunca.)

De los resultados obtenidos en la aplicación de estos métodos, nada habla más alto que la serie de ilustraciones y ejemplos que presenta el señor Catterson-Smith en su libro. El señor F. Marley Fletcher dice de ellas:

"En ellas encontrará el maestro y el educador revelada una nueva fuente de inspiración en la enseñanza, y su estudio aumentará el conocimiento que ya poseemos de las facultades latentes que pueden ser capaces de desarrollo, para altos fines, en el Arte del porvenir."

Para concluir, séame permitido citar las palabras de Henry Wilson en su informe sobre la Escuela de Arte de Birmingham:

"Mi experiencia personal, y una larga observación de los resultados obtenidos, me han convencido de que el método de enseñanza ideado y puesto en práctica por el señor Catterson-Smith .....es el sistema que por tanto tiempo han estado buscando los dibujantes, los trabajadores y los maestros. Este sistema ofrece una solución al problema de la educación artística, que puede aplicarse de la manera más extensa posible a cualquier forma de la educación..... No solamente capacita al alumno para obtener resultados que parecen verdaderamente milagrosos si se les compara a los que se obtienen con los sistemas comúnmente en uso hoy día; sino que la aplicación de esos métodos, crea y desarrolla en un grado extraordinario la personalidad de cada alumno..... Apenas puedo imaginar, o desear, un beneficio más grande que el que recibiría la educación, si todos los planteles adoptaran los principios fundamentales del sistema de enseñanza que se practica en la Escuela de Arte de Birmingham."

J. F. U.

ENFERMEDADES DE LA VACA LECHERA

POR HERIBERTO RUIZ STANFORD

EN esta sección hemos tratado ya de los cuidados generales y de la alimentación más propia de la vaca lechera y de su cría; ahora, aunque de una manera elemental, trataremos de sus enfermedades más frecuentes, que son, a saber: la *mamitis* o inflamación de la ubre, los *meteorismos* o indigestiones gaseosas, las indigestiones sencillas y la tuberculosis, en la vaca; y las diarreas en la cría.

Por supuesto que no son estas todas las enfermedades a que está expuesta la vaca, pero sí las más comunes y por consiguiente las que debemos explicar en estos artículos de divulgación general y elemental. Las otras enfermedades, que omitimos porque no es posible hacer aquí un tratado completo de patología vacuna, no son tan frecuentes y resultan de causas especiales, de los diversos climas, etc.

Mamitis. La mamitis, o inflamación de toda o de parte de la ubre, es muy común en las vacas lecheras y se presenta bajo diversos aspectos según la parte de la ubre donde se localiza la inflamación. Sus causas son varias: la retención de la leche por taparse un pezón, heridas, desaseo de las camas, etc. También suele ocurrir debido a algún enfriamento, pero la causa más frecuente es la infección de la ubre, o penetración en ella de microbios que, hallando allí un medio favorable a su desarrollo, producen la inflamación.

Síntomas: Bien sea que un *gajo* (cuarto) o varios sean los afectados, se nota en toda la ubre un aumento de volumen; su piel se vuelve brillante, se pone dura, caliente y dolorosa; se observa a veces que el animal abre las piernas tratando de buscar mayor comodidad, y en el período intenso del malestar la vaca pierde su apetito, cesa de rumiar y entra en calentura.

Por lo que respecta a la leche, sufre cambios notables, como es de entenderse: se altera en su aspecto y composición; se forman coágulos en ella, debidos a la presencia de pus, y el escurrimiento es de un color amarillento y a veces sanguinolento. Cuando la enfermedad se presenta en una forma benigna, al cabo de tres o de cuatro días se observa la disminución de los síntomas indicados y poco a poco la leche va tomando sus caracteres normales; pero este caso es bien raro; lo frecuente es que la enfermedad tienda a des-

arrollarse hasta ocasionar la pérdida de la ubre y a veces la muerte de la vaca. En los casos más graves se forman abcesos, o sea colecciones de pus, ya superficiales o bien profundos en la ubre, y en ocasiones se presenta la terrible *gangrena*. Esta se da a conocer, cuando es superficial, por unas manchas de color violáceo o negruzco, pues cuando es profunda no es fácil determinar su aparición; y por último, se presenta la muerte del animal por una especie de envenenamiento de la sangre.

De lo expuesto se comprende la necesidad de que un facultativo examine al animal y determine la clase de mamitis de que adolece, así también como para que ordene el tratamiento más adecuado. Al hablar de esto, indicaré algunos medicamentos que pueden emplearse al principiar la enfermedad, a reserva de recurrir a un veterinario.

Al notarse la menor inflamación, aunque la disminución de la leche sea poca, debe de procurarse dar a la vaca enferma una cama limpia que se cambiará todos los días. Desde ese instante se dejará de ordeñar la vaca para vender la leche, y sólo se hará para evitar un recargo del líquido que puede ser perjudicial. La leche extraída de los gajos sanos puede, cuando mucho, darse como alimento a los cerdos, pero de ningún modo venderse como pura ni darse a la gente.

Una vez que la vaca esté en un medio lo más aseado posible, se le harán aplicaciones calientes de cocimiento de *tlalchichinole* o *toloache,* en las partes de la ubre inflamadas, y se hará ésto con un lienzo o con algodones limpios. Las aplicaciones se harán tres veces al día cuando menos, y durarán unos diez minutos cada una.

Es muy conveniente procurar que las tetas enfermas no estén tapadas, para lo cual se puede hacer uso de unos alambres delgados y de punta redonda, bien desinfectados. Lo mejor, desde luego, es el uso de sondas especiales. Una vez que se observa que la teta está destapada, se procede a aplicarle, con una jeringa de vidrio de punta delgada, una inyección de agua boricada al 3 por ciento, dos veces al día, mañana y tarde. Durante todo este período de cura, la vaca deberá mantenerse en un lugar abrigado.

Cuando la mamitis es, por decirlo así, de carácter no grave, es fácil por medio del tratamiento descrito detener el avance de la enfermedad y curarla; pero en el caso de la mamitis contagiosa o de la mamitis aguda, debe llamarse con la mayor urgencia a un médico veterinario.

Meteorismo. El meteorismo, o indigestión gaseosa de las vacas, es otra de las enfermedades más frecuentes de estos animales. La causan por lo general los gases que se forman en el primer compartimento estomacal (panza) de las vacas, producidos por la fermentación excesiva de los alimentos o por otros trastornos

digestivos, muchas veces ocasionados por cualquier cambio de alimentación.

Síntomas: El vientre aumenta de volumen, el animal muestra ansiedad y falta de apetito y deja de rumiar; sufre ligeros cólicos su respiración se acelera y la boca se le pone seca y la lengua pastosa.

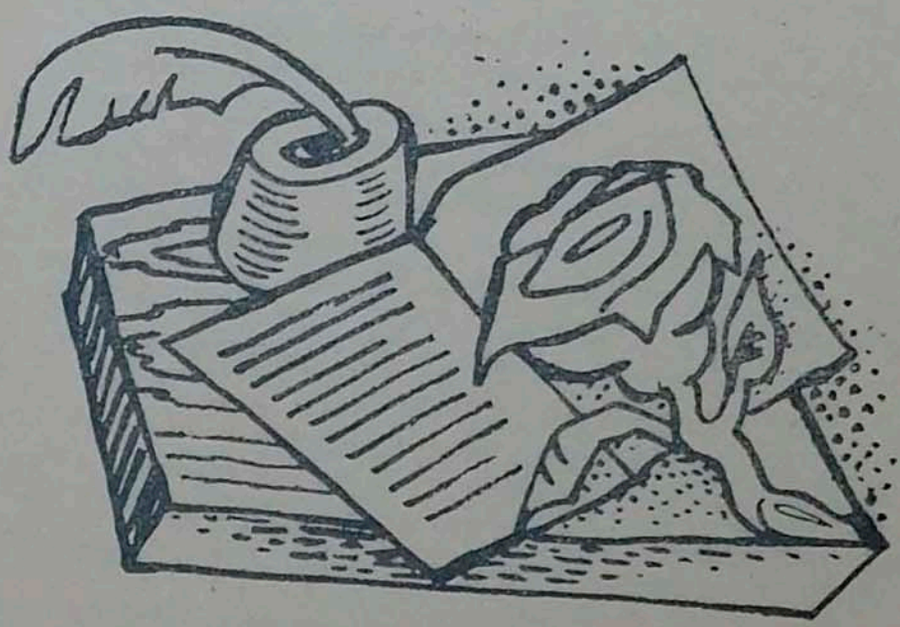
Por lo general las vacas tuberculosas son las más propensas a contraer esta enfermedad, la cual, sino se atiende debidamente causa la muerte por asfixia una media hora después de principiada.

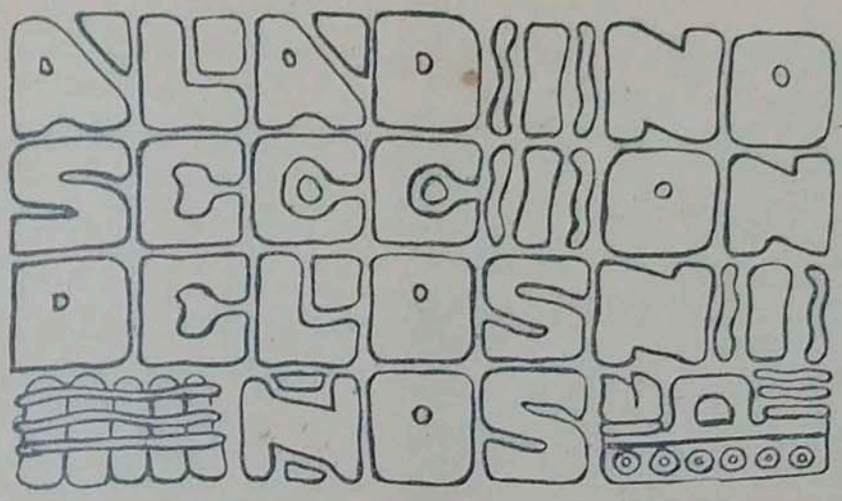
Su tratamiento es sencillo, pues sólo consiste en dar al animal enfermo un brebaje de la siguiente fórmula:

Infusión de Manzanilla.	1 litro.
Alcohol.	200 gramos.

o también:

Salol.	10 gms
Bicarbonato de sodio.	50 „
Eter sulfúrico.	5 „
Nuez vómica.	5 „
Agua.	C. B.





LA ODISEA

DESPUES de la guerra de Troya los griegos volvieron a su patria, pero el hado quiso que Ulises vagara errante durante varios años antes de llegar a su país, y la *Odisea* contiene la narración de sus aventuras durante estos años. El nombre griego de Ulises era Odiseo, y la palabra *Odisea* significa "referente a Odiseo."

Cuando los griegos se hicieron a la vela en la costa del Asia Menor, a fin de volver a su hermoso país, ninguno de los príncipes estaba más ansioso por llegar a su patria que el sabio y valiente Ulises. Pero a pesar de todos los esfuerzos de sus marinos, unos vientos adversos llevaron sus naves lejos de las islas de Grecia. En el hogar, su esposa Penélope y su hijo Telémaco aguardaban su regreso; pero aún hubieron de esperar durante diez años después de la guerra de Troya, y en este tiempo nuestro héroe tuvo veinte aventuras. Aquí mencionaremos sólo unas cuantas.

En vez de ser llevados hacia Grecia, los barcos de Ulises fueron empujados a lo largo de la costa del Asia Menor y, acosados por el hambre, él y sus hombres no tuvieron al fin más recurso que desembarcar y atacar a los habitantes de una pequeña ciudad, quienes huyeron despavoridos. Los griegos satisficieron entonces largamente el hambre y la sed que les devoraba. Mientras tanto los habitantes regresaron y les acometieron, matando a más de la mitad de los marinos que habían desembarcado. Los restantes pudieron difícilmente volver a sus barcos.

Ulises y aquellos de sus hombres que pudieron escapar, desembarcaron en la isla que en la actualidad se llama Sicilia y vagaron por ella hasta llegar a una gran cueva. En esta cueva hallaron enormes jarros de leche, y otras señales de que estaba habitada. Era, en efecto, la vivienda de uno de aquellos fabulosos gigantes

que, como los dioses y diosas de las antiguas leyendas, existían sólo en la imaginación del pueblo de aquella época. El gigante se llamaba Polifemo y hubiera sido difícil imaginar nada más feo y cruel. Tenía un solo ojo, colocado en medio de la frente. Era el jefe de una raza de gigantes de un solo ojo, llamados cíclopes.

Por la noche, mientras Ulises y su gente esperaban en la cueva, entró en ella el gigante conduciendo delante de sí un rebaño de carneros gigantescos y obstruyendo luego la entrada por medio de una piedra que no habrían podido mover veinte hombres juntos. Ulises se adelantó hacia él, y ofreciéndole un odre de vino—pues en aquel entonces en vez de botellas se usaban pellejos—pidió gracia para él y sus compañeros. El gigante bebió el vino, saboreándolo. Prometió una dádiva a Ulises por su regalo; pero, como procediera inmediatamente a comerse a dos de los griegos, apareció bien claro que no podía esperarse piedad de aquel monstruo.

Polifemo preguntó luego a Ulises cómo se llamaba; pero el príncipe era demasiado inteligente para darse a conocer, y respondió:

"Mi nombre es *Nadie;* mi padre, mi madre y todos mis compañeros me llaman lo mismo."

A lo cual replicó el gigante:

"¿Quieres saber cuál será mi dádiva? Bueno: *Nadie* será el último que comeré de todos tus compañeros; los demás le precederán: este será el regalo de hospitalidad."

Transcurrieron seis días de terror y el gigante cada noche disminuía en dos a los compañeros de Ulises, antes de que este sabio príncipe encontrara un medio de fuga. Durante la séptima noche, mientras Polifemo dormía tendido en el suelo. Ulises asió una enorme estaca de madera y ayudado por sus hombres, la introdujo en el ojo del gigante, cuyos quejidos de dolor despertaron a otros de los fabulosos habitantes de la isla, pero éstos no pudieron entrar en la cueva, gracias a la piedra que obstruía la entrada. Entonces, desde fuera, llamaron a su jefe, preguntándole qué le sucedía, a lo que respondió:

"Amigos, *Nadie* me mata, no con violencia sino con astucia."

A lo cual replicaron los demás:

"Puesto que nadie te hace violencia, solo como te hallas, no es posible que te libres de la enfermedad que el gran Júpiter te envía."

Dicho lo cual se marcharon, abandonándole. Pero todos los griegos juntos eran incapaces de mover la piedra y tuvieron que esperar hasta el amanecer, en que el gigante, aunque ciego, apartó a un lado la piedra a fin de dejar salir a su rebaño de enormes carneros. El mismo se sentó en la entrada para impedir que pudieran escaparse los griegos. Pero Ulises había sido lo bastante perspicaz para preverlo, y había atado a uno de sus hombres bajo cada

uno de los carneros, de manera que, cuando aquellos animales pasaron por la puerta llevaban consigo a todos los griegos. Ulises y su gente escaparon hacia sus barcos y así termina la tercera de sus aventuras sorprendentes.

Más curiosa es todavía la aventura de los griegos cuando en sus peregrinaciones caen en poder de una bruja llamada Circe, quien les ofrece vino que los transforma en bestias. Aquí también Ulises es demasiado prudente para caer en el lazo, y rehusa beber el vino, lo cual redunda en beneficio suyo, ya que la bruja no puede menos de admirar su talento, y por él devuelve a sus compañeros al estado natural.

Varias de las aventuras de Ulises son muy significativas y están llenas de enseñanzas para nosotros, si procuramos aprovecharlas. Una de las más interesantes es la aventura de las sirenas, bellos monstruos que se situaban a lo largo de la costa y cantaban tan dulcemente que los marinos sentían la tentación de dirigirse a tierra. Las sirenas no eran sino verdaderas furias, que mataban a cuantos desembarcaban.

Aquí la prudencia de Ulises salvó de nuevo a su gente. Tapó con cera los oídos de sus marinos, de manera que no pudieran oír el canto de las sirenas, y pasaron por aquel sitio sanos y salvos.

La aventura siguiente, consiste en el paso de las naves por entre un escollo llamado Escila y un terrible torbellino llamado Caribdis; Ulises consigue pasar con éxito. Pero vayamos al final

de estas extraordinarias aventuras y veremos a Ulises desembarcando felizmente en la costa de Itaca, la isla griega de la cual era rey.

Veinte años habían transcurrido desde que abandonó el país para tomar parte en la gran guerra contra los troyanos; y durante todo este tiempo, Penélope, que se ha hecho célebre por su bondad, su belleza y su sabiduría, estuvo aguardando pacientemente su regreso. Varios pretendientes habían deseado casarse con ella y habían ido al palacio diciendo: "Ulises ha muerto, de lo contrario ya habría vuelto." Pero ella los rechazó a todos, diciéndoles que no se casaría de nuevo hasta que terminara un lienzo que estaba tejiendo; pero como cada noche deshacía lo que había tejido durante el día, el lienzo nunca estuvo terminado.

Al llegar Ulises a su palacio, se hallaban allí varios de los príncipes que deseaban casarse con Penélope. Nadie conoció al rey (excepto su vieja ama de leche y su perro), porque había cambiado mucho en los veinte años de aventuras. Pero Ulises comunicó quién era a su hijo Telémaco, y entre ambos mataron a los príncipes que habían estado molestando a Penélope. Luego fué Ulises en busca de su esposa, quien al principio no podía creer que era su marido que había vuelto; pero, por último, su regocijo no tuvo límites al ver que su sabio y noble rey se encontraba salvo después de tan extrañas aventuras.

LOS VIAJES DE MARCO POLO

EXTRAORDINARIO es el caso, pero no por esto menos cierto, de un joven que movió a varios hombres a realizar aventuradas exploraciones por mares desconocidos a fin de descubrir y dar a conocer las ignoradas regiones del planeta.

De cuando en cuando habíanse emprendido antes viajes de exploración; pero, como los viajeros no escribían lo que habían visto, sus descubrimientos ninguna utilidad reportaban al resto del género humano. Marco Polo, joven de quince años y de constitución no muy robusta, acometió la empresa de viajar por países desconocidos y salvajes en busca del camino de China; pero después escribió las memorias de sus viajes dando cuenta de todo lo que había visto. Con sus narraciones, en que se describían lejanos países y la riqueza y esplendor de otros territorios, inspiró a otros hombres el deseo de visitarlos. En sus memorias refería Marco Polo cómo había llegado a tan extrañas tierras, y así los viajeros sucesivos no tenían más que seguir el camino que él había recorrido; pero sugirióles además el deseo de ir a ellas por mar.

Marco Polo era natural de Venecia; su padre y su tío, llevados del amor a los viajes, habían realizado ya el viaje a China, y al emprender una segunda expedición, resolvieron que el valiente Marco los acompañara. Debían atravesar abruptas montañas, áridos desiertos, países de sol abrasador y otros terriblemente fríos; el pobre Marco apenas podía sufrir al principio tan rudas fatigas, pero habiéndose repuesto después, todo lo resistió con valor hasta el final.

Llegaron, por fin, a China, donde un poderoso monarca, llamado Kublai Jan, los recibió con suma amabilidad. Marco creció en la corte y llegó a ser privado del rey; aprendió también varios idiomas y dió tales muestras de su buen ingenio que Kublai le envió de embajador a Cochinchina, a la India y a otros países. De regreso de cada una de estas embajadas, Marco daba cuenta al rey, no tan sólo del resultado de su mensaje, sino de las condiciones, topografía y demás particularidades de los países que había visitado, de las costumbres de la gente y negocios a que se dedicaba, de las ciudades más importantes, y por último, de los ríos y montañas. Jamás había tenido el rey un emisario tan hábil y en

El Rey Kublai Jan

agradecimiento a sus servicios colmó de riquezas a Marco, a su padre y a su tío.

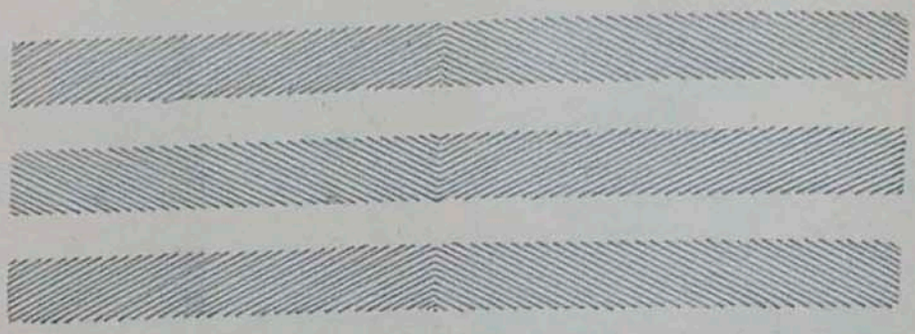
Los Polo desearon, por fin, regresar a Venecia, su patria, de la que habían estado ausentes por espacio de veintitrés años. El soberano sintió muchísimo su partida; pero al cabo, consintió en ella. Marco recordaba todo cuanto había visto y observado, y posteriormente lo escribió en un libro; mas por espacio de mucho tiempo, no se dió crédito a sus narraciones. Nadie podía, en efecto, creer en la existencia de países tan extensos como China y la India, poblados de millones y millones de habitantes; y, al leer lo que Marco Polo refería de las ricas sedas, de las deslumbrantes joyas y de los exquisitos perfumes y manjares, se consideraron sus relatos como pura fábula. Pero, andando el tiempo, y con los progresos de la cultura, echóse de ver que había cierto fondo de verdad en las memorias del célebre viajero veneciano, sirviendo esto de poderoso estímulo para que otros hombres estudiaran y concibieran atrevidos planes de realizar nuevos descubrimientos. El gran Colón, que vivió dos siglos más tarde, fué uno de los que estudiaron la obra de Marco Polo, de la que sacó gran provecho para concebir su plan de llegar por mar hasta la India.

A fin de comprender las dificultades con que tropezó Marco Polo para hacer creer la narración de sus viajes, bueno será recordar lo que les sucedió a él, a su padre y a su tío, cuando regresaron a Venecia. ¡Nadie los reconoció! Nadie quiso creer que el pequeño Marco Polo, que había salido de la ciudad siendo todavía un muchacho, hubiera llegado a ser un expertísimo viajero y un hombre de gran opulencia. A fin de vencer tanta incredulidad, los Polo

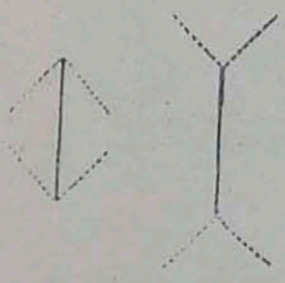
Marco Polo desembarcando en Ormuz

invitaron a sus antiguos amigos a una gran fiesta en la que se presentaron ataviados primeramente con trajes de satín carmesí, que trocaron después por otros no menos preciosos, y finalmente, aparecieron con los sucios y rotos vestidos que habían usado en sus peregrinaciones. Los amigos mirábanlos con sorpresa que aumentó hasta convertirse en asombro, cuando los tres anfitriones, arrancando los remiendos de sus destrozadas vestiduras, mostraron que estaban llenas de riquísimas joyas. Entonces sus conciudadanos creyeron, por fin, que aquellos desconocidos eran realmente los Polo, venidos de lejanos países.

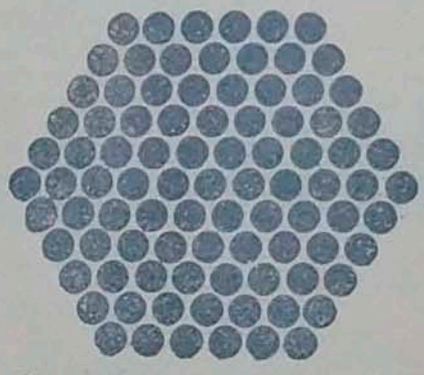
¿PODEMOS DAR SIEMPRE CRÉDITO A NUESTROS OJOS?



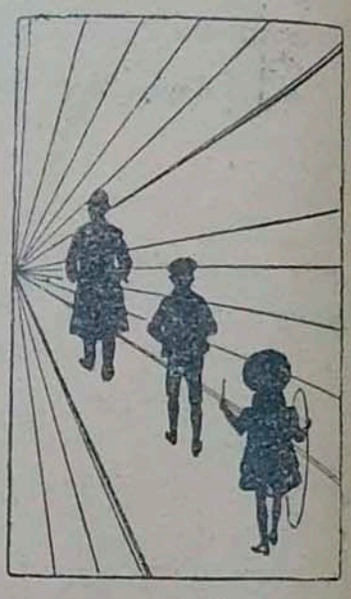
Si se fija la vista en los dos espacios blancos que hay entre las líneas parecerá que el espacio superior se ensancha en los extremos y el inferior se ensancha en el centro; sin embargo, las tres líneas son perfectamente rectas y paralelas.



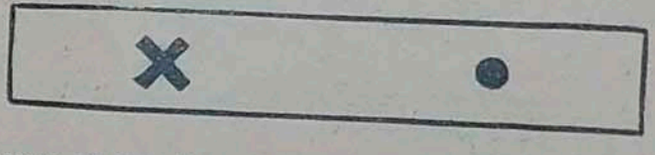
¿Cuál es la línea más larga? La de la derecha parece más larga que la otra, y no obstante, ambas tienen la misma longitud.



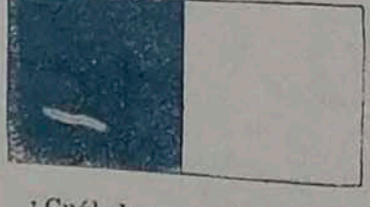
Si se les mira con mucha fijeza, parecerá que estos circulitos tienen seis lados, (como las celdillas de un panal de abejas), y sin embargo, todos son bien redondos.



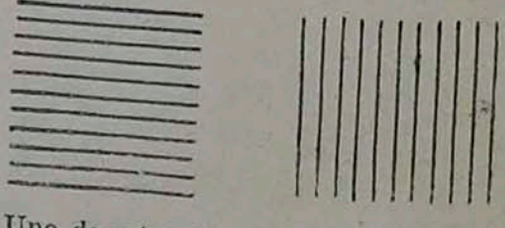
¿Cuál es el mayor de los tres? — El agente de policía— dirán muchos; y sin embargo, éste es el más pequeño, siendo la niña la mayor de las figuras.



Tenemos en los ojos un punto ciego, es decir, cierta parte que no puede ver. Se prueba esto, cerrando el ojo izquierdo y mirando la X con el derecho. Sosténgase esta página a 30 centímetros de distancia de los ojos, y váyase acercando a ellos poco a poco. Aunque se mire a la X, se verá también el círculo colocado a la derecha; pero llegará un momento en que éste desaparecerá. Si se acerca más el dibujo a los ojos, se vuelve a ver el círculo.



¿Cuál de estos dos cuadros es el mayor? Al parecer, el mayor es el blanco; pero en realidad, éste es más pequeño que el negro.



Uno de estos dos grupos de líneas parece más alto que ancho, y el otro más ancho que alto; sin embargo, tienen las mismas dimensiones en ambos sentidos.

EL GATO Y EL LORO

MADAMA Teófilo era una gata rubia, de la cual un escritor francés, Teófilo Gautier, refiere la siguiente encantadora historieta:

Tenía el pecho blanco, la nariz rosada, los ojos azules, y se llamaba Madama Teófilo por hallarse conmigo en los más amistosos términos, durmiendo al pie de mi cama, acurrucándose en el brazo de mi sillón cuando escribía, bajando al jardín para seguirme en mis paseos, asistiendo a mis comidas e interceptándome a veces algún bocado al llevarlo con el tenedor a mi boca.

Cierto día, un amigo que debía ausentarse por breve tiempo, confió a mi cuidado un papagayo que tenía. El loro, al sentirse transportado a tierra extraña, se encaramó, valiéndose del pico, hasta el tope de su percha y ya situado allí, silencioso y trémulo, comenzó a rodar los ojos, lleno de alarma.

Madama Teófilo no había visto nunca ningún loro, y aquel ser tan nuevo para ella, le causó evidentemente una inmensa sorpresa Inmóvil, cual un embalsamado gato de Egipto, miraba al ave con aire de profunda meditación, evocando todas las nociones de historia natural que había podido recoger en los tejados, en el corral y en el jardín.

Cruzaba por sus ojos guiñadores la sombra de aquellos pensamientos y pude descifrar tan claramente como si hubiese hablado en lenguaje humano, el resultado de su examen:

Decididamente, este bicho tan raro no puede ser una gallina verde.

Llegada a esta conclusión la gata saltó de la mesa donde había establecido su observatorio y se agachó en un rincón de la sala, con el vientre contra el suelo, las patas adelantadas, la cabeza baja, los lomos extendidos, como una astuta pantera, en espera de las gacelas que abandonan sus madrigueras para ir a apagar su sed en el lago.

El loro seguía aquellos movimientos con febril ansiedad; erizó sus plumas; hizo resonar su cadena; levantó agitado el pie y aguzó el pico contra el borde de su comedero. El instinto le decía que había un enemigo dispuesto a cometer alguna maldad.

En los ojos de la gata, fijos en el loro con fascinadora intensidad, leíase en un lenguaje que el volátil comprendía perfecta-

mente y no dejaba la menor duda: "Aunque verde, este pollo debe ser bueno de comer."

Seguía yo la escena con interés, pronto a intervenir cuando llegara el caso. Madama Teófilo se fué acercando al loro; agitó su nariz rosada, entornó los ojos, abrió y cerró sus zarpas. Corríanle ligeros estremecimientos de arriba a abajo del espinazo, como a un goloso que se relame ante un delicioso pollo trufado y deleitábase al pensar en el suculento y raro manjar pronto a ser engullido. Aquel plato extraño, tan nuevo para ella, despertaba su apetito.

De pronto doblóse su lomo como un arco tirante y de un salto elástico llegó al pie de la percha. El loro, viendo el peligro que corría, exclamó de pronto con voz baja y solemne:

¿Has almorzado Jaime?

Esta frase, causó un terror indescriptible en la gata, que dió un salto atrás. Una banda de trompetas, un estruendo de bombos y platillos, un pistoletazo disparado al oído no le hubiera producido un terror más loco. Todas sus ideas sobre los volátiles estaban trastornadas. Su cara expresaba claramente la trastornadora idea que repentinamente le había asaltado:

¡¡¡Este no es un pájaro!!! ¡Este es una persona! ¡Habla!

Entonces el papagallo comenzó a cantar, con voz ensordecedora, convencido de que el terror ocasionado por su disgusto había sido su mejor medio de defensa.

La gata vino corriendo hacia mí, dirigióme una mirada de interrogación, y como mi respuesta no le satisficiera, se metió debajo de la cama de donde fué imposible hacerla salir en todo el día.

Al siguiente, algo más valerosa Madama Teófilo, se aventuró a intentar otro tímido ataque, pero con igual fortuna que anteriormente.

Desde aquel instante echó un velo sobre lo ocurrido y dió por indiscutible que el pájaro verde era un individuo a quien debía tratarse con respeto.

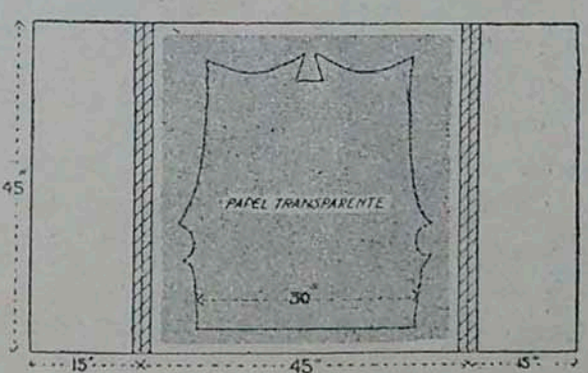
UN TEATRO DE SILUETAS

CON tijeras, goma, cartulina, papel y un pedazo de madera, cualquier niño un poco despejado puede construir un sencillo juguete que resultará muy divertido. Haremos las siluetas de la manera siguiente: cortaremos dos pedazos de cartulina de 0.35 centímetros, por 0.15. Luego cortaremos otro de 35 por 45 centímetros y del centro de éste recortaremos un espacio de 30 centímetros en cuadro. Con esto formaremos los bastidores y el telón. Luego, por medio de papel de goma, pegaremos los trozos primeramente cortados, a ambos lados de la pieza mayor, de manera que puedan plegarse. Mejor aún se hará con tela engomada.

El grabado nos muestra cómo saldrá el escenario. La cara exterior del conjunto puede forrarse de negro. En la interior taparemos la boca del escenario con un papel blanco traslúcido.

Ahora recortaremos cuatro figuras de cartulina fuerte, dándoles una altura de 7,5 centímetros, y una forma tan fantástica y cómica como sea posible, a fin de hacer el juego más entretenido. En el pedazo de madera de 30 por 15 centímetros, haremos seis hendiduras de bastante profundidad y largura para colocar en ellas las figuras.

Luego se toma papel fuerte para hacer cuatro cucuruchos



LA ARMAZÓN DEL TEATRO

destinados a cubrir las figuras; y para salir con nuestro intento se plega el papel como en los paquetes de forma cónica, usados en las tiendas de comestibles. En el pico del papel se cose un anillito. El cucurucho debe tener 10 centímetros de altura por 5 de diámetro.

Se toma entonces una varilla de unos 80 centímetros de lon-

gitud, en cuyo extremo se fija un trozo de alambre de unos 30 centímetros que termine en gancho.

No necesitamos ya más que una vela para proyectar las sombras.

Los presentes tratarán de adivinar las siluetas. Colóquese el escenario sobre una mesa, como se ve en el grabado, y detrás una vela encendida.

LAS FIGURITAS PARA EL TEATRO DE SILUETAS

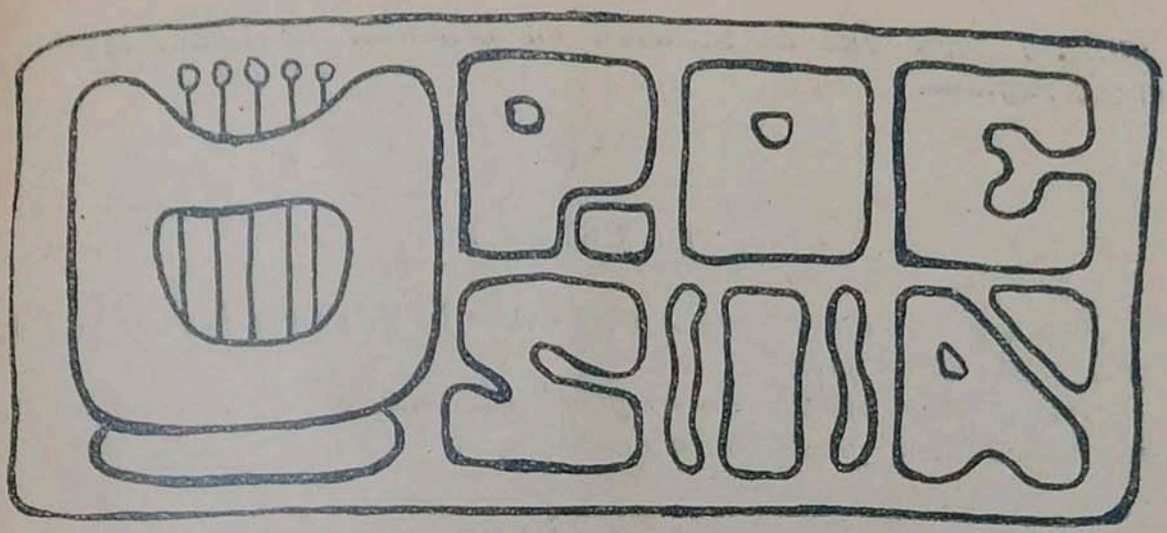
Uno de los jugadores coloca en las hendiduras las diferentes figuras recortadas. Las demás luces de la habitación deben estar apagadas. Otro de los jugadores se adelanta hasta el escenario con uno de los cucuruchos u ocultadores, puestos en un alambre. Se levanta el telón; y guiado sólo el jugador por las sombras que en el papel transparente proyectan las figuras y el ocultador, procura poner éste sobre una de aquellas. Mientras el ocultador está encima de las sombras se le puede mover en cualquier dirección. Pero una vez que toca una sombra se le ha de bajar inmediatamente. Entonces se le desengancha del alambre con cuidado y se pone otro para continuar el juego.

Mucho extrañará ver que en lugar de tapar las figuras, los ocultadores se han colocado a gran distancia de ellas.

El encargado de las figuras cambiará de sitio la vela y los recortes para desorientar a los jugadores.

El que tapa más figuras gana; pero puede convenirse en que el juego sea por tantos.

El director del juego no habrá de hacer ninguna indicación y la vela deberá colocarla a la suficiente distancia para evitar que se quemen los cucuruchos.



SIETE PINTURAS

en las que sonríe mi hombrecito

I

EL VUELO

No pudo dar sus primeros pasos sino con una naranja en cada mano.

Un arbusto resiste más al viento cuando está cargado de frutos.

II

SU CANCION

Canta para adormecerse. Inclinada sobre él, su madre le reprende.

Pero él quiere, por de pronto, arrullar su canción.

III

LOS DOS PRISIONEROS

Acabó por descubrir que su rana de jade estaba junto a la puerta.

Se fué a meterla en la jaula donde gorjeaba su pájaro.

IV

EL FUEGO

Como las fieras de la montaña Kao-chan, sólo del fuego tiene miedo. El menor tizón lo asusta.

Debo decir que se esfuerza en espantar al tizón, lanzando roncos rugidos.

V

EL ESPEJO

Busca a su madre, que acaba de salir. Levanta las esteras. La busca hasta en el espejo.

¡Ahora da saltitos de alegría! Se parece tanto a su madre, que cree haberla encontrado en el espejo.

VI

LAS ESTAMPAS

Ya sabe imitar el ladrido del perro, el mugido de la vaca y los rebuznos desordenados del asno. También sabe reconocer a estos animales en las estampas que le enseño, designándolos por sus gritos.

Es tan lindo, que los hombres y las bestias de las estampas permanecen inmóviles.

VII

LA INUTIL PEREGRINACION

Los viajeros exaltan la belleza de una tarde de nieve en Hua-chan, la música de la campana del crepúsculo en el monasterio de U-tchien, el color del cielo de Tsu-kiang, el encanto de una noche de lluvia en Wao-tai.

Yo no iré a Hua-chan, pues el cuerpo de mi niño es bermejo como la nieve en el crepúsculo; ni a U-tchien, porque su voz es más conmovedora que la campana de un monasterio; ni a Tsu-kiang, pues todo un cielo, lavado por la brisa, está en su mirada.... Pero tal vez iré a Wao-tai, a fin de evocar cierta noche de lluvia en la que una mujer concibió un niño, que tengo por la duodécima maravilla del Imperio.

CHANG-WU-KIEN

Traducción de F. Orozco Muñoz.—Berna, mayo de 1921.

MARGARITA

I

SILENCIO, los lebreles
de la jauría maldita!
No despertéis a la implacable fiera
que duerme silenciosa en su guarida.
¿No veis que de sus garras
penden gloria y honor, reposo y dicha?

Prosiguieron aullando los lebreles.....
¡los malos pensamientos homicidas!
y despertaron la temible fiera.....
¡la pasión que en el alma se adormía!
y ¡adiós! en un momento,
¡adiós gloria y honor, reposo y dicha!

II

Duerme el anciano padre, mientras ella
a la luz de la lámpara nocturna
contempla el noble y varonil semblante
que un pasado sueño abruma.
Bajo aquella triste frente
que los pesares anublan,
deben ir y venir torvas visiones,
negras hijas de la duda.

Ella tiembla.... vacila y se estremece....
¿de miedo acaso, o de dolor y angustia?
Con expresión de lástima infinita
no sé qué rezos murmura.
Plegaria acaso santa, acaso impía,
trémulo el labio a su pesar pronuncia,
mientras dentro del alma la conciencia
contra las pasiones lucha.

¡Batalla ruda y terrible
librada ante la víctima, que muda

duerme el sueño intranquilo de los tristes
a quien ha vuelto el rostro la fortuna!

Y él sigue en reposo, y ella,
que abandona la estancia, entre las brumas
de la noche se pierde, y torna al alba,
ajado el velo..... en su mirar la angustia.

Carne, tentación, demonio,
¡oh! ¿de cuál de vosotros es la culpa?
¡Silencio!.... El día soñoliento asoma
por las lejanas alturas,
y el anciano despierto, ella risueña,
ambos su pena ocultan,
y fingen entregarse indiferentes
a las faenas de su vida oscura.

III

La culpada calló, más habló el crimen....
Murió el anciano, y ella, la insensata,
siguió quemando incienso en su locura,
de la torpeza ante las negras aras,
hasta rodar en el profundo abismo
fiel a su mal, de su dolor esclava.

¡Ah! Cuando amaba el bien, ¿cómo así pudo
hacer traición a su virtud sin mancha,
malgastar las riquezas de su espíritu,
vender su cuerpo, condenar su alma?

Es que en medio del vaso corrompido
donde su sed ardiente se apagaba,
de un amor inmortal, los leves átomos
sin mancharse en la atmósfera flotaban.

ROSALIA DE CASTRO

LAMENTACION

OIDME niños:
Ha muerto vuestro padre.
De sus sacos raídos
os haré dos pequeños chaquetines
y unos pantaloncitos
de los suyos tan viejos.
Deben guardar sus bolsas
las cosas que tenía:
Sus llaves y centavos
de tabaco cubiertos.
Daré a Dan los centavos
para guardarlos en una alcancía;
las llaves serán de Ana
para sonarlas juntas.
La vida irá adelante
mientras se olvida al muerto;
la vida irá adelante
aunque mueran los buenos.
Ana, toma el almuerzo
y Dan tu medicina!
La vida irá adelante;
no puedo recordar por qué motivo.

(*Traducción de José Gorostiza*)

SONÈTO

NO sólo en este cuarto, cuando recién nacida,—
terminada la larga vigilia misteriosa
de aquella noche inmensa—mi saludo a la vida
se desgarró en el aire como se abre una rosa,

sino que en toda parte donde el dolor se aferra
al vientre dilatado, grité con pulmón pleno.
Hija de toda madre, nativa de la tierra,
¡jamás cuarto ninguno me contendrá de lleno!

Hoy que el calor se agota del corazón del mundo,
hogar no tengo en donde ampararme del frío;
gasto mi aliento en vano soplando un moribundo

fuego que ya no puede calentarme siquiera;
me duelen las espaldas! y de dolor y hastío
recogiera los dioses de mi casa, y me fuera.

(Traducción de J. Glenton)

EDNA ST. VINCENT MILLAY

•

SOY EL ARBITRO DE MI DESTINO

EN la noche profunda que me cubre
Bajo su inmenso palio, negro como el abismo,
A aquellos dioses que existir pudieran
Las gracias doy rendidas por mi indomable espíritu.

El cruel zarpazo de homicida ambiente
Hallóme siempre impávido: jamás lancé una queja;
Y al golpe rudo de la hostil fortuna,
Sangrando, pero erguida, yo llevo la cabeza.

Más allá de las lágrimas y enojos
De estos terrenos lares, sólo culmina inmenso
Y pavoroso lo desconocido.
Nada importa: la muerte me encontrará sereno.

Quizá esté mi redención lejana:
Tal vez un riguroso e inmérito castigo
El negro arcano reservarme pueda;
No importa; ¡Soy el árbitro de mi alma y mi destino!

(Traducción de F. González Garza)

WILLIAM ERNEST HENLEY

PIECECITOS . . .

PIECECITOS de niño,
azulosos de frío,
cómo os ven y no os cubren,
¡Dios mío!

Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre, ciego, ignora
que allí donde os posáis
una flor de luz viva
dejáis;

Que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

HIMNO AL ARBOL

ARBOL hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo:

hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que duerma la memoria
del país azul de donde vengo.

Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia,
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:

haz que revele mi presencia,
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre los otros ejercida.

Arbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa perfumada,
el del follaje amparador,

el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas:

hazme en el dar un opulento.
Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme:
¡las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme!

Arbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir:

hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dió a los mármoles helenos
un soplo de divinidad.

H I M N O A L A R B O L

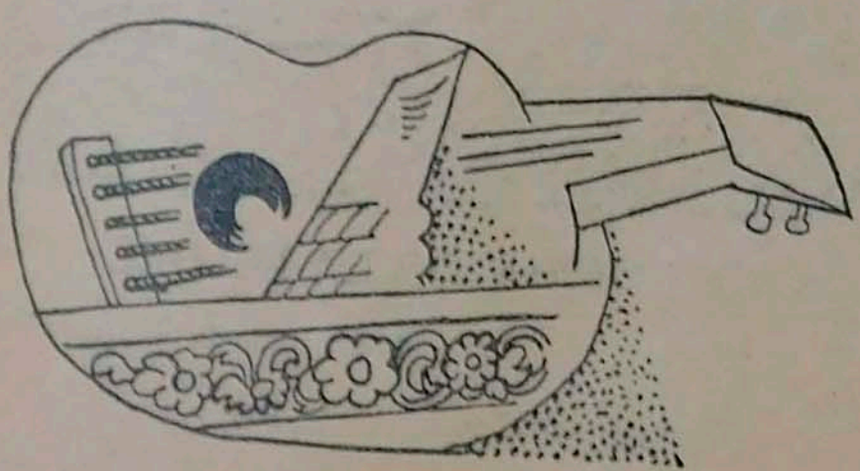
Arbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada tibio nido un ser:

dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano—inmenso—
rama no hallaron para hogar!

Arbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador:

haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor,—
asuma mi alma un invariado
y universal gesto de amor!

GABRIELA MISTRAL



EL POEMA DE LA MADRE

A doña Luisa F. de García Huidobro

1.—ME HA BESADO

ME HA besado profundamente y ya soy otra; otra, por el latido que duplica mis venas; otra, por el aliento que se percibe entre mi aliento.

Mi vientre ya es noble, como mi corazón, más noble que mi corazón.... hasta encuentro en mi hálito una exhalación de flores: ¡todo por aquél que descansa en mis entrañas blandamente, como el rocío sobre las hierbas!....

2.—¿COMO SERA?

¿COMO será? Yo he mirado largamente los pétalos de una rosa y los palpé con delectación. Quería esa suavidad para sus mejillas. Y he jugado en un enredo de zarzas, porque me gustarían sus cabellos así obscuros y retorcidos. Pero no importa si es tostado, con ese rico color de las gredas rojas que aman los alfareros, y si sus cabellos lisos tienen la simplicidad de mi vida.

Miro las quiebras de las sierras cuando se van poblando de nieblas y hago con la niebla una silueta de niña, de niña dulcísima, que pudiera ser eso también.

Pero, por sobre todo, yo quiero que mire con el dulzor que él tiene en la mirada, que tenga el temblor leve de su voz, cuando me hable, pues en el que viene quiero seguir amando a aquel que me besó profundamente.

3.—SABIDURIA

AHORA sé para qué he recibido veinte veranos la luz sobre mí y me ha sido dado que cortara las flores por los campos. ¿Por qué, me decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cálido y de la hierba fresca?

Como el racimo azulado me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Este que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, éste era mi vino y mi miel.

Para éste yo recé, para traspasar del nombre de Dios mi barro con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó como una brasa la belleza, porque recoja de mi carne su ardor inextinguible.

4.—LA DULZURA

POR el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón desde que va en mí el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas, para que los demás miren y comprendan el por qué de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan las codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente, porque ahora creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos sobre los que velan inclinados.

5.—LA HERMANA

HE VISTO una mujer abriendo un surco. Sus caderas están henchidas, como las mías, por el amor, y hacía su faena curvada sobre el suelo.

He acariciado su cintura, y la he traído conmigo. Beberá leche espesa de mi mismo vaso y gozará de la sombra de mis arredores, puesto que va grávida de gravidez de amor. Y si mi seno no es generoso, mi hijo allegará al suyo, rico, sus labios.

6.—EL RUEGO

¡PERO no! ¿Cómo Dios dejaría enjuta la yema de mi seno, si El mismo amplió mi cintura? Siento crecer mi pecho, subir como el agua en un ancho estanque, calladamente. Y su esponjadura echa sombra, como de promesa, sobre mi vientre.

¿Quién sería más pobre que yo en el valle si mi seno no se hermedeciera?

Como los vasos que las mujeres ponen para recojer el rocío de la noche, pongo yo mis senos ante Dios; le doy un nombre nuevo, le llamó EL HENCHIDOR, y le pido para ellos el licor de la vida.

¡Todo el amor de mi corazón suba a enriquecer mi pecho, para aquél que llegará buscándolo con sed!

7.—SENSITIVA

YA NO juego en las praderas y temo columpiarme con las mozas. Ya soy como la rama con fruto. Estoy débil, tan débil que el olor de las rosas me hizo desvanecer esta siesta, cuando bajé al jardín.

Y un simple canto que viene en el viento, o la gota de sangre que tiene la tarde en su último latido sobre el cielo, me turban, me anegan de dolor. De la sola mirada de mi dueño, si fuera dura para mí esta noche, podría morir.

8.—EL DOLOR ETERNO

PALIDEZCO si él sufre dentro de mí; dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de éste que está en mí y a quien no veo.

Pero no creáis que únicamente me traspasará y estará trenzado en mis entrañas mientras lo guarde. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos de mí, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta, que por siempre mi llanto y mi sonrisa comienzan en tu rostro, hijo mío!

9.—LA QUIETUD

YA NO puedo ir por los caminos; tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos. Pero traedme aquí, poned aquí, a mi lado, las macetas con flor, y tocad la cítara largamente, pues yo quiero para él anegarme de hermosura.

Pongo rosas sobre mi vientre, digo sobre el que duerme estrofas eternas. Recojo en el corredor hora tras hora el sol acre. He de destilar, como la fruta, miel, pero hacia mis entrañas. La luz colore y lave mi sangre. Para lavarla también, yo no odio, no murmuro. ¡Amo, solamente amo! Que estoy tejiendo en este silencio, en esta quietud, un cuerpo, un milagroso cuerpo, con venas y rostro, y mirada, y depurado el corazón.

10.—IMAGEN DE LA TIERRA

NO HABIA visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos, con sus criaturas (seres y frutos) en los anchos brazos.

Voy conociendo el sentido maternal de todo. La montaña que me mira también es madre y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hombros y sus rodillas.....

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente, que las breñas hacían todavía invisible. Yo soy como la quebrada; siento cantar en mi hondura este pequeño arroyo, y le he dado mi carne por breña hasta que suba hacia la luz.

11.—PALABRAS AL ESPOSO

ESPOSO, no me estreches. Lo hiciste subir al fondo de mi ser como un lirio de aguas. Déjame ser como una agua en reposo. ¡Amame, ámame ahora un poco más! Yo ¡tan pequeña! te duplicaré por los caminos; yo ¡tan pobre! te daré otros ojos, otros labios, con los cuales gozarás el mundo; yo ¡tan tierna! me hendiré como una ánfora por el amor, para que este vino de la vida se vierta de mi.

¡Perdóname! Estoy torpe al andar, torpe al servir tu copa; pero tú me henchiste así y diste esta extrañeza con que me muevo entre las cosas.

Séme más que nunca dulce. No remuevas ansiosamente mi sangre; no agites mi aliento.

¡Ahora soy sólo un velo; todo mi cuerpo es solamente un velo bajo el cual hay un niño dormido!

12.—LA MADRE

VINO mi madre a verme; estuvo sentada aquí a mi lado, y por primera vez en nuestra vida, fuimos dos hermanas, que hablaron del tremendo trance.

Palpó con temblor mi vientre y descubrió delicadamente mi pecho. Y al contacto de sus manos me pareció que se entreabrían con suavidad de hojas mis entrañas y que a mi seno subía una onda láctea.

Enrojecida, llena de confusión, le hablé de mis dolores y del miedo de mi carne; caí sobre su pecho; ¡y volví a ser de nuevo una niña pequeña que sollozó en sus brazos del terror de la vida!

13.—EL AMANECER

TODA la noche he padecido, toda la noche se ha estremecido mi carne por entregar su don. Hay sudor de la muerte sobre mis sienes; pero no es la muerte, ¡es la vida!

Señor, te llamo ahora Dulzura Infinita, para que lo desprendas blandamente de la red de mis vísceras!

Nazca ya y mi grito de dolor suba en el amanecer, trenzado con el canto de los pájaros.

14.—LA SAGRADA LEY

DICEN que la vida ha menguado en mi cuerpo, que mis venas se vertieron como los lagares; más yo siento el alivio del pecho después de un gran suspiro.

—¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en mis rodillas!

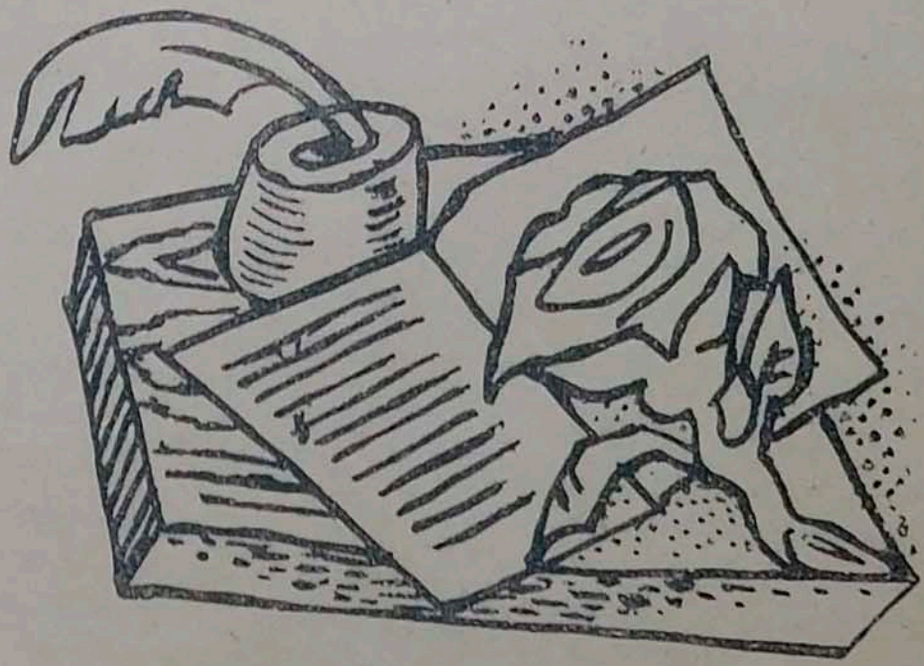
Y yo misma me respondo:

—Una que amó, y cuyo amor pidió, al recibir el beso, la eternidad.

Me mire la tierra con este hijo en los brazos y me bendiga, pues ya estoy fecunda y sagrada, ¡como sus palmas y como sus surcos!

Temuco, Chile, 1920.

GABRIELA MISTRAL



Libros que se Hallan a la Venta en el Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública

***

PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL
- DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA -

TRADUCCIONES DIRECTAS DEL GRIEGO

HOMERO	LA ILIADA	2 Vol.	tela inglesa	Precio	$	2	50
,,	LA ODISEA	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1	50
ESQUILO	TRAGEDIAS	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1	50
EURIPIDES	TRAGEDIAS	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1	50

DE VENTA EN EL EXPENDIO DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, CALLE DEL LIC. VERDAD, NUM. 2 (EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL). NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERIAS

Esta Revista recibe la colaboración de todos sus lectores, e invita a cuantos se interesen por el bienestar colectivo a usar de sus páginas escribiendo sobre cualquier tema de interés nacional o universal. No se devuelven originales.

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana.

Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis. Mexico, D. F.

No podemos atender un solo pedido de los números uno al cuatro, pues están completamente agotados. Esta Revista a partir del número anterior, es gratuita para los lectores de marcada pobreza y para el resto del público costará $ 10.00 DIEZ PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 5.00 CINCO DOLARES en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Gante, 3 o Apartado Postal 105 bis. México, D. F.

Nos decimos: Amemos a la patria. ¿Y en qué consistirá esto de amar a la patria? Los poetas, que son seres instintivos, nos la representan como una mujer bella y deseable que sea nuestra amada, o como una noble matrona que sea nuestra madre.

Pero más bien que como a madre y como a novia debiéramos los mexicanos, amar a nuestra patria como a hija.

Pues si es cierto que hemos heredado patria, la patria que nos legaron nuestros mayores, es más verdad aún que nos toca HACER PATRIA. *Gran misión es la de nosotros de estas generaciones, tan grande como la de los ilustres abuelos que veneramos. La patria mexicana que mañana será en un todo la madre de nuestros nietos, será obra nuestra, hija nuestra.*

Es muy niña todavía. Tiene instintos que requieren dirección y educación. Está aprendiendo sus primeras letras. Necesita ayuda, necesita cariño, necesita enseñanza.

Su cerebro es el cerebro de millones de mexicanos que no saben leer.

La patria seguirá siendo una indita analfabeta hasta que el dón de las letras sea posesión de todo mexicano. Amemos a la patria difundiendo la enseñanza.

Es más noble ser maestro voluntario de nuestros conciudadanos que ser soldado. Y mejor ama a la patria quien enseña a sus vecinos, a sus compañeros o a sus peones a leer, que quien nada hace sino estremecerse cuando oye el himno o saluda la bandera.

El corazón de la patria es el corazón de millones de mexicanos inconscientes de la belleza de las cosas mexicanas. La patria seguirá siendo una indita que no tiene noción de su hermosura y la echa a perder, hasta que todo mexicano sepa ver en las cosas de México tanta belleza como el italiano ve en las cosas de Italia y el francés en las de Francia.

No puede haber patria sin arte nacional reconocido y apreciado. Mal aman a la patria quienes desfiguran nuestras ciudades con barrios de imitación europea; quienes intentan hacer arte extranjero. Amemos a la patria desarrollando su propio genio artístico, amando su arte por sobre toda imitación de arte que no sea expresión de la raza.

Las manos de la patria son las manos de millones de mexicanos que las tienen torpes. Amemos a la patria, hagámosla bella, educando todas nuestras manos a hacer algo hermoso. Sepamos todos o modelar barro, o dibujar, o tejer, o tocar un instrumento musical. Entonces tendrá cada uno su consuelo, su diversión, con qué calmar su pena o llenar sus ratos de ocio. ¡Que esta patria hija nuestra sea doncella juiciosa de manos hábiles, capaz de hacerse ella misma su ropa y sus adornos!

METOECUS

Todas las dudas sobre asuntos de la vida práctica, de educación, de organización familiar y social, etc., que se tengan, pueden ser estudiadas por los redactores de esta Revista. Haga usted sus preguntas con el más sincero propósito a la Dirección de "EL MAESTRO," 1ª de Gante núm. 3, o Apartado Postal 105 bis, México, D. F., quien las contestará en el tono de sencillez y claridad que la pregunta exija.